

Bajo la sombra del guamúchil



Bajo la sombra del guamúchil.

Historias de vida de mujeres indígenas y campesinas en prisión.

© Rosalva Aída Hernández Castillo, (Coordinadora)

CIESAS. Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social

IWGIA. Grupo Internacional de Trabajo sobre Asuntos Indígenas

www.iwgia.org

Ore-media

www.oremedia.org

Edición libro: Elena de Hoyos y Rocato

Diseño editorial: Carmina García

Diseño de portada: Cassandra Rodríguez, Carmina García

Imágenes elaboradas por internas / Taller de Pintura

"Construyendo sueños". Instituto de Cultura de Morelos

Filmación: Carlos Flores Arenales

Realización del video: Meztli Rodríguez y Rosalva Aída Hernández

305.42
B123b

Bajo la sombra del guamúchil: Historias de vida de mujeres indígenas y campesinas en prisión / coordinación Rosalva Aída Hernández.--México : Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social : Grupo Internacional de Trabajo Sobre Asuntos Indígenas, 2010. 148 p. : il. ; 20 cm. : 1 dvd (son : ca. 41 min.)---(Libro & Video)

ISBN 978-87-91563-88-1

1. Violencia contra las mujeres - México. 2. Mujeres en prisión 3. Racismo y sexismo en el sistema penitenciario 4. Violación - México. 5. Mujeres - Condición jurídica, leyes, etc. - México. 7. Mujeres mexicanas - Historias de vida. 8. Centro de Readaptación Social de Atlacholoaya, Morelos. I. Hernández, Rosalva Aída, coord.

Para la reproducción total o parcial de esta obra

solicitar el permiso expreso de sus editores

aidaher2005@yahoo.com.mx

bajolasombradelguamuchil@gmail.com

Primera edición de libro & video

DR © 2010, Rosalva Aída Hernández Castillo y colaboradoras

CIESAS / IWGIA / Ore-Media

Impreso y hecho en México.

ISBN: 978-87-91563-88-1

Bajo la sombra del guamúchil

HISTORIAS DE VIDA DE MUJERES
INDÍGENAS Y CAMPESINAS EN PRISIÓN



Libro & Video

ÁGUILA DEL MAR, ALEJANDRA REYNOSO, CARLOTA CADENA,
ELENA DE HOYOS, GUADALUPE SALGADO, LEO ZAVALETA,
LUPITA, MIRANDA, ROSALVA AÍDA HERNÁNDEZ,
ROSA SALAZAR, SUSUKI LEE CAMACHO

Agradecimientos

La publicación de este libro-video fue posible gracias al apoyo del Grupo Internacional de Trabajo sobre Asuntos Indígenas (IWGIA) y de la organización Ore-Media; agradecemos en especial a Alejandro Parellada, quien siempre ha apoyado nuestras iniciativas y ha sido cómplice de nuestros sueños por construir un mundo más justo.

La investigación, en el marco de la cual se realizaron los talleres de Historias de Vida, fue parte del proyecto “Globalización, derechos indígenas y justicia desde una perspectiva de género y de poder: una perspectiva comparativa” (Proyecto Conacyt U51240-S), coordinada por María Teresa Sierra y Rosalva Aída Hernández.

El Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social nos dio el apoyo institucional para realizar la investigación y publicar este libro-video. Nuestro agradecimiento a su directora Dra. Virginia García Acosta y al sub-director Dr. Diego Iturralde. Asimismo a la Dra. Soledad Gonzalez Montes, por su dictamen académico y por el apoyo solidario que siempre ha dado a los proyectos desarrollados con y por hombres y mujeres indígenas.

La Lic. Margarita Ríos, sub-directora del área femenil del Cereso Morelos, nos abrió las puertas del penal y dio su apoyo permanente a esta iniciativa.

Meztli Rodríguez y Carlos Flores Arenales nos apoyaron de forma voluntaria en la elaboración del video. A pesar de las condiciones adversas en que se filmó, Meztli logró armar el rompecabezas de imágenes y voces para darle sentido a nuestra propuesta. Agradecemos también a Mercedes Pisoni, quién de forma desinteresada e incondicional, capturó los materiales que están contenidos en esta obra.

Elena de Hoyos y Rocato se encargaron del proceso de edición del libro, poniendo no sólo su trabajo, sino su corazón y su compromiso con las internas en esta tarea.

A todas las mujeres que compartieron sus vidas y experiencias para que fueran plasmadas en este libro, nuestro afecto y sincera gratitud por su valentía y generosidad.

Contenido

Introducción: Historias de exclusión,
Rosalva Aída Hernández / 9

1. Flor de Nochebuena: Nacieron mujeres, ahora se aguantan,
Susuki Lee Camacho / 19

2. Altagracia: Apenas si teníamos para sobrevivir
Carlota Cadena / 31

3. Morelitos: Su palabra contra la mía
Susuki Lee Camacho / 37

4. Leo: ¿Quién te dijo que las mujeres tienen derecho a enamorarse?
Carlota Cadena y Leo Zavaleta / 51

5. Luz: viendo transcurrir la vida desde una silla de ruedas
Guadalupe Salgado / 79

6. Miranda: Todavía no acabo de entender
Miranda / 75

7. Lupita: No quiero a una mujer que no me dé hijos
Lupita / 85

8. Perla Negra: Desde que nací, la violencia ha sido parte de mi vida
Alejandra Reynoso / 95

9. Sol: Lo has perdido todo ¡Que Dios te bendiga!
Águila del Mar / 115

Epílogo: El derecho femenino a la palabra escrita
Elena de Hoyos / 135

Introducción: historias de exclusión

Rosalva Aída Hernández



El guamúchil es el árbol de los corrales y vigilante de los caminos.

Por alguna razón que desconocemos gusta de la presencia humana, pues acostumbra proliferar donde hay frecuente tránsito de personas.

En el área femenil del Centro de Readaptación Social de Atlacholoaya (Cereso) Morelos, el guamúchil es la única área verde que les permite a las internas sentir-

se cercanas a la naturaleza y olvidarse por momentos del contexto penitenciario que las rodea. Las mujeres indígenas y campesinas se han apropiado de este espacio donde, según nos explica una de ellas: “el verde del guamúchil, los pájaros que en él anidan y las risas de los niños que les llegan desde las áreas de juegos, las hacen sentir que no están encerradas”

Bajo la sombra del guamúchil nos habla de la experiencia de mujeres indígenas y mestizas (casi todas de origen rural) presas en el área femenil del Cereso Morelos, donde 206 mujeres y 15 niños han sido aislados de la sociedad, por un sistema de justicia que ve en el castigo y en el encarcelamiento una solución ante la incapa-

cidad de un modelo social, que con la exclusión y la pobreza ha contribuido a producir la criminalidad.

Organismos internacionales han señalado que los índices de delincuencia están directamente relacionados con la falta de desarrollo económico, la mala distribución de recursos públicos y la persistencia de la iniquidad y la injusticia social.

Estas publicaciones, libro y video, se proponen acercarnos a dichas experiencias de inequidad, a través de las voces y los escritos de nueve internas que, en el marco del taller de Historias de vida, han llevado a cabo desde 2008 a la fecha, en el área de mujeres de dicho reclusorio (conocido como “el femenino de Atlacholoaya”); más los escritos de otra interna.

En el taller, las participantes se dieron a la tarea de documentar y escribir la historia de otras compañeras presas indígenas y campesinas que no contaban con el privilegio de la escritura. Este proceso colectivo permitió crear nuevos lazos de solidaridad entre las mujeres indígenas y no indígenas, y abrió un espacio para reflexionar en torno al machismo y al racismo que marcan a la sociedad mexicana y que influyeron en la cadena de injusticias y exclusiones que terminaron por privarlas de su libertad.

Esta doble publicación (libro y video) incluye también poemas y reflexiones que se escribieron durante el desarrollo de otro taller que auspicia el Instituto de Cultura de Morelos, denominado Mujer: escribir cambia tu vida, efectuado entre 2007 y 2008.

Se trata pues de un esfuerzo colectivo que realizamos, la también académica, activista y escritora Elena de Hoyos y una servidora, junto con el grupo de diez reclusas y escritoras en formación, internas en dicho centro de reclusión; tarea a la que le hemos dedicado casi tres años y que son el fruto de los talleres mencionados.

Durante estos años hemos aprendido de ellas más de lo que logramos enseñarles, nuestros diálogos con cada una de las internas nos forzaron a ver nuestras propias vidas con otros ojos. Aprendimos que la necesidad de cambiar este sistema de justicia discrimi-

natorio, es una urgencia no sólo para las mujeres que han sido apresadas injustamente, sino para todos los que estamos afuera, para Elena, para mí, para nuestros hijos, que corremos el peligro de caer en sus “garras” en cualquier momento, pues en México estar en la cárcel es casi un “accidente” que le puede suceder a cualquiera.

Este trabajo es un esfuerzo por compartir y denunciar estas injusticias, que surge no de una iniciativa “altruista” por salvar a alguien, sino de una convicción política de que para salvarnos a nosotras mismas, tenemos que denunciar, aunque sea a través de estrategias limitadas como las editoriales, las injusticias que mantienen a miles de mujeres alejadas de sus hijos y sus familias.

Según un informe presentado por el Congreso de la Unión, en México, en los últimos cinco años, se incrementó el número de mujeres que han sido privadas de su libertad 19.89%, en contraste con 5% de aumento entre la población masculina. La principal razón del aumento tiene que ver con su participación en el narcomenudeo. Esta tendencia se reproduce entre la población indígena, donde 52% de las mujeres han sido detenidas por delitos contra la salud. Las mujeres indígenas se han convertido en rehenes de la guerra contra el narcotráfico, pues para demostrar su “efectividad” en la lucha contra el crimen organizado, el gobierno mexicano está encarcelando a personas de los sectores más vulnerables: las mujeres campesinas, pobres y muchas de ellas indígenas.

Las reformas estructurales neoliberales han profundizado la marginación de los pueblos indígenas, obligándolos a migrar hacia el norte y en muchos casos a buscar en la siembra o transportación de sustancias ilícitas una forma de sobrevivencia ante la crisis de la producción campesina. Otras veces son forzadas ha hacerlo por los propios narcotraficantes.

Las historias que aquí compartimos ponen en contexto estos “delitos contra la salud” y nos ayudan a entender las razones por las que algunas de ellas decidieron violar la ley o en el peor de los casos simplemente guardar silencio cuando sus esposos o sus hijos se involucraron en actos ilícitos.

Estas historias también nos muestran que el encarcelamiento de las mujeres, el desarraigo de su comunidad, el abandono de sus hijos y la desestructuración de la vida familiar, no es la solución para alejar a las comunidades indígenas, pobres y campesinas de las redes del narcotráfico. No es tampoco la mejor manera de demostrar que las reformas multiculturales han hecho más accesible la justicia para la población indígena del país. Sólo una política social que dé alternativas económicas al campo mexicano y que parta de la redistribución de la riqueza y del verdadero reconocimiento de los derechos culturales y políticos de los pueblos indígenas, podrá contrarrestar el avance del narcotráfico en tierras indígenas, así como rurales, y alejar a hombres y mujeres campesinos de las redes del crimen organizado.

Las historias aquí reunidas no son excepcionales, tan sólo son ejemplo de las múltiples historias de violencia sexual, racismo, discriminación y violencia de Estado que comparten muchas de las 11 mil 252 mujeres que se encuentran presas en los 402 centros de reclusión existentes en México.

Cuando llegué a Atlacholoaya por primera vez me movía el interés académico y político de conocer las condiciones de vida de las mujeres indígenas presas. A través de algunas redes personales logré ir como invitada a uno de estos talleres que se desarrollan en el “femenil”, y fue precisamente en el de Mujer: escribir cambia tu vida, que coordinaba Elena de Hoyos. Tenía más de un año de antigüedad, con la participación de entre 10 y 12 internas que estaban interesadas en aprender a escribir literariamente. La mayoría de las participantes eran mujeres presas con algún grado de escolaridad que iba desde la primaria terminada hasta estudios técnicos. Ninguna de ellas era indígena. Al presentarme y explicarles mi interés por conocer y escribir las historias de vida de mujeres indígenas presas, surgió la iniciativa por parte de ellas mismas de que yo les enseñara la metodología de elaboración de historias de vida y ellas pudieran ser quienes entrevistaran y escribieran las historias de sus compañeras indígenas presas.

Este fue el inicio de un nuevo espacio de diálogo y construcción colectiva de conocimiento que me ha planteado nuevos retos como académica y como activista. En el taller Historias de vida participaron entre 10 y 15 internas; el número fluctuaba pues algunas salieron libres a lo largo de los dos años y medio que duró el mismo y otras más se integraron. El taller tenía, de manera formal, el objetivo de “capacitar a las participantes en la técnica de elaboración de historias de vida, como un recurso literario y de reflexión sobre las desigualdades de género”.¹

En el marco del taller, que se realizó primero semanalmente y después quincenalmente, desde octubre del 2008 hasta junio del 2010, cada una de las participantes trabajó en el propio proyecto de elaboración de una historia de vida de alguna compañera indígena presa. Una vez al mes, las compañeras cuya historia se estaba sistematizando, asistían al taller a escuchar los avances, comentar o cuestionar las representaciones que sobre sus vidas estaban haciendo las integrantes del taller. Varias de las participantes optaron por escribir sus propias historias. Una de las mujeres indígenas, al final de los dos años, aprendió a escribir y optó por completar la historia escrita por su compañera, añadiendo detalles y matices a la versión original.

Mi intención en el trabajo de este taller fue facilitar los diálogos interculturales entre indígenas y no indígenas y promover la reflexión crítica en torno a las cadenas de desigualdades étnicas, genéricas y de clase que posibilitaron su reclusión. Las participantes empezaron a elaborar sus propias teorizaciones y reflexiones que han integrando a las narrativas biográficas, que adquieren formas híbridas y novedosas, que van más allá de las meras historias de vida. Con el objetivo de socializar este conocimiento, las participantes mantuvieron durante algunos meses una columna en la gaceta mensual *Y ahora qué sigue...*, editada por Elena de Hoyos en el mismo penal. En el artículo de presentación del taller, una de las internas describía la importancia de este espacio para construir puentes entre mujeres diversas dentro del penal:

“Considero importante el taller de Historias de vida porque me abre la puerta a un mundo desconocido, el cual debe atenderse para eliminar las desigualdades que se viven en el país, principalmente. Por otra parte, es un medio para sensibilizar corazones y crear una hermandad entre mujeres de diferentes clases sociales. En mi pequeño espacio del área femenil, donde habitan diversas mentes, costumbres y convicciones de mujeres. Es interesante tomar el reto de unir nuestras voces y plasmar historias de vida, liberarlas de este lugar y conseguir que el exterior conozca y reflexione sobre la realidad que aquí se vive. Este taller hará posible la unión entre mujeres que buscan un fin común. Es un medio para ayudarnos entre nosotras siendo las portavoces de historias reales. En lo personal, me permite vivir una experiencia nueva en el mundo de la escritura y sentirme orgullosa de apoyar a quienes han guardado silencio por mucho tiempo, con mi escritura seré portavoz de aquellas que se atrevan a contar su historia. Para las mujeres analfabetas este taller esta siendo un medio para liberar su historia, desahogarse con un oído dispuesto a escucharlas y recuperar el valor de ser mujer que la sociedad les arrebató”.²

Fue gracias a estos diálogos que Susuki Lee Camacho, una mujer de ascendencia coreana, que inició el taller con una actitud de desencanto y desconfianza hacia las internas, se acercó a la realidad de las mujeres indígenas de Guerrero, a través de la vida de dos mujeres nahuas, cuyos seudónimos son Flor de Noche Buena y Morelitos. Ellas le abrieron el corazón y le compartieron sus historias, que fue escribiendo e intercalando con reflexiones sobre su vida y sus propias experiencias de exclusión. A lo largo de estos dos años, Susuki fue abriendo poco a poco su corazón, y de la mujer dura y distante de los primeros meses, se fue convirtiendo en una compañera solidaria y reflexiva que enriquecía nuestros talleres con sus opiniones sobre el racismo, el sexismo y la desigualdad.

Carlota Cadena, por su parte, optó por acercarse a dos mujeres tlapanecas, Altagracia y Leo, a quienes les ofreció su pluma y su amistad. Con su sonrisa siempre presta y su sentido del humor,

las hizo reír en medio de los recuerdos tristes que removió con sus entrevistas. Carlota fue siempre la alegría de nuestro taller y nos contagió con su optimismo por la vida. A lo largo de estos diálogos, Leo aprendió a escribir y decidió completar la historia escrita por Carlota con una nueva versión más detallada, en la que vemos reflejada su nueva identidad, que ella misma describe como un “renacimiento”. “Soy otra”, nos dice, “aquí aprendí no sólo a escribir, sino a mirar de frente y a hablar en voz alta, ya no quiero usar seudónimo, como le había dicho a Carlota en un principio, quiero usar mi verdadero nombre, Leo Zavaleta, y que todos sepan que esta es mi historia”.

Otra de las amistades que consolidaron en el marco del taller fue la de Guadalupe Salgado y Luz, una mujer campesina de La Montaña de Guerrero, que quedó inválida por un accidente cerebral. Luz tiene problemas para hablar y Guadalupe aprendió a entenderla y se convirtió en su traductora, sus balbuceos inteligibles para nosotras, se fueron tornando en palabras a través de la pluma de Guadalupe Salgado. Fue reconstruyendo su historia a la vez que se convertía en su amiga, su enfermera, su cuidadora, usando las habilidades que había desarrollada cuidando a su propia hija, que sufría de parálisis cerebral. Al finalizar la historia de Luz, Guadalupe fue liberada y abandonó Atlacholoaya, no sin antes encargarnos a todas las compañeras del taller que no nos olvidáramos de Luz y que la integráramos a nuestras actividades. Ahí estuvo Luz con nosotros hasta la última sesión, donde con mucho esfuerzo logró expresarse y agradecer todo lo compartido.

Otras, como Miranda, optaron por escribir su propia historia. Ella es de Apaxtla de Castrejón, una comunidad náhuatl del estado de Guerrero, pero ha vivido gran parte de su vida en Morelos. Como a varias de las participantes del taller le cuesta escribir, y ésta es su primera incursión en los talleres literarios. Miranda es más bien una comerciante nata: trabaja el mosaico veneciano, la costura, el tejido y siempre está comprando y vendiendo. En el taller aprendimos a conocerla y a contactar con su lado

luminoso. Es una mujer fuerte: durante los meses que trabajamos juntas uno de sus hijos fue asesinado en una riña y su cuerpo traído al penal para que ella pudiera despedirlo. La vimos quebrada de dolor por la pérdida y vimos también como se levantó para seguir adelante, comerciando, escribiendo, anhelando como todas el día de su liberación. “Por mis hijos que están allá afuera, tengo que seguir adelante”, nos decía.

Lupita se acercó a nosotras cuando ya habíamos terminado un ciclo en nuestro taller de Historias de vida, e iniciábamos la preparación de este libro colectivo. Había leído en la gaceta las historias de vida de sus compañeras y ella también quería compartir la suya: “Un día me decidí y me dije: ‘voy a contar mi historia, voy a tomar un papel y a escribir, y se lo voy a dar a la maestra’”. Es esta misma decisión la que marca su carácter y esta misma alegría la que la lleva a reconstruir su historia desestimando el dolor que le ha dado la vida. Hasta el recuerdo más trágico, termina con alguna frase de optimismo.

Alejandra Reynoso también aprendió a escribir en reclusión, y decidió contarnos la historia de una mujer náhuatl cuyo seudónimo es Perla Negra. Alejandra pasó de manera sorprendente de aprender las vocales a escribir poesía, con una sensibilidad que te estremece. Es una mujer hermosa, con una ternura que seduce. Es casi imposible no quererla de manera inmediata cuando uno la conoce. Sus reflexiones en nuestro espacio colectivo muchas veces nos conmovieron hasta las lágrimas. Es una mujer que ha tocado el fondo del abismo y ha podido salir nuevamente sin llenarse de resentimiento. Alejandra es amor a pesar del dolor y es eso lo que nos comparte.

Doña Rosa Salazar era de las mujeres campesinas y analfabetas que pocas veces se acercaban al espacio de los talleres, si no era para vender algún alimento. Pero un día se quedó en la puerta escuchando a sus compañeras leer sus textos. Empezó a visitar nuestro taller, ya no sólo para vender comida, sino para oír

lo que ahí se leía. Después de varias sesiones nos comentó que estaba aprendiendo a escribir y que le gustaría asistir como oyente, aunque ella no podía escribir su vida ni le interesaba que nadie más la escribiera. “Duele mucho recordar el pasado, sabe. Prefiero escuchar lo que otras escriben”.

A lo largo de los últimos dos años, Rosa empezó a participar de manera más activa en el taller. Dando su opinión sobre los temas que se discutían y algunas veces escribiendo textos con sus reflexiones.

Finalmente, nuestro libro cierra con la colaboración de Águila del Mar, la poeta del grupo, quien fue una inspiración para todas, por su gusto por la palabra escrita, pero también por su audacia para abordar el erotismo y la sexualidad en sus textos, sin olvidar nunca la crítica aguda al machismo y al sexismo que caracterizan a la sociedad mexicana. Su historia, como su vida, rompe con los esquemas preestablecidos. Ella decidió “irse por la libre” y más que una historia de vida, escribió un relato entre erótico y policiaco, que es tal vez el germen de una futura novela.

Todas estas mujeres, tanto las que escribieron y como las que compartieron sus historias, son sobrevivientes de un sistema sexista y racista que ha marcado sus vidas. Pero ninguna ha asumido la identidad de “víctima”, cada una a su manera ha aprendido a resistir y confrontar los esquemas que las encarcelan dentro y fuera del penal.

Tengo que reconocer las limitaciones de este tipo de trabajo, que no atenta ni desestabiliza al sistema penitenciario, ni a sus efectos de poder sobre los cuerpos y mentes de las mujeres presas. Parto de reconocer estas limitaciones y a partir de ellas, tratar de aportar estas reflexiones y acciones para la transformación de un sistema de justicia corrupto, sexista y racista, que no sólo afecta la vida de las mujeres presas, sino que es una amenaza latente para mí y para todas las mujeres que estamos fuera.

Sabemos que se trata de un trabajo de hormiga, limitado, que se ha propuesto acompañar los procesos de reflexión crítica y el

trabajo de denuncia sobre las injusticias, el racismo y el sexismo del sistema penitenciario de las propias internas

Esperamos que el presente libro-video sea una manera de liberar sus voces y pueda contribuir, aunque sea mínimamente, a crear conciencia entre la sociedad mexicana y a mejorar las condiciones de vida de miles de mujeres cuyos cuerpos y mentes pretenden controlar los estados neoliberales.

¹ Programa del taller de Historias de vida, coordinado por Aída Hernández y registrado en la Subsecretaría de Readaptación Social del Estado de Morelos.

² Y ahora qué sigue... Año 1, núm. 8, p. 3.



Las historias aquí reunidas no son excepcionales, tan sólo son ejemplo de las múltiples historias de violencia sexual, racismo, discriminación y violencia de Estado que comparten muchas de las 11 mil 252 mujeres que se encuentran presas en los 402 centros de reclusión existentes en México.

1. Flor de Nochebuena: Nacieron mujeres, ahora se aguantan

Susuki Lee Camacho



Recuerdo muy bien mi primer encuentro contigo, fue ese día en que me subieron al dormitorio. Yo me encontraba medrosa, no sabía qué hacer. Miraba aquella construcción de cemento, árida y fría: de un lado dos niveles y del otro, tres. Unas escaleras con pasamanos me conducían a la celda, a simple vista no pude darme cuenta de cuantas celdas había, ni como se llamaban. Subí por las

escaleras, y ahí estabas tú, querida amiga, que me mirabas dulcemente, con una amplia sonrisa. Te ofreciste a ayudarme con mis cosas, en el camino a la celda que sería mi habitación.

Recuerdo claramente la tranquilidad que transmitía tu voz cuando me dijiste “No te preocupes, un día tú también vas a poder abandonar este lugar. Puedes contar conmigo siempre para lo que se te ofrezca. Si alguien te molesta, dime, que para ella también tengo...”, reíste inyectándome confianza.

Hasta el día de hoy has cumplido tu promesa, querida Flor de Nochebuena, y gracias a ti y a tu paciencia conmigo, he crecido. Descubrí como tú la magia de sentirme libre entre las rejas. La escritura ha sido para mí una forma más para escaparme de este encierro y hoy quiero compartirla contigo contando tu historia.

Flor de Nochebuena nació Santa María Soyatla, una comunidad náhuatl del estado de Puebla. Me dice que allá nació, pero más tarde su mamá se la llevó a otro lugar, San Miguel Ayotla. Comenta

que contaba con 15 días de nacida y que ahí creció. También fue a la escuela hasta segundo año porque su mamá enfermó de gravedad. Sólo escuchó decir a su padre que trabajando en el campo, un animal la había picado.

Ella reconstruye sus recuerdos de infancia diciéndome: “Más tarde la trasladaron al hospital más cercano. Un día mi padre llegó diciendo que a mi mamá se le estaban pudriendo sus manos y el doctor dijo que no la iba a atender. La regresaron a la casa y una vecina la empezó a curar con hierbas hasta que sanó; pero nosotros comenzamos a sufrir más de hambre, ya que nos llevaron a casa de la vecina. Después de esta enfermedad, yo ya no estudié porque la escuela estaba a más de media hora de camino. Los primeros días acudí, pero como lo hacía sola, tenía mucho miedo. Iba la mayor parte del camino llorando. Pensaba que alguien me espiaba para violarme. Opté por no ir. Más tarde me dediqué a pedir de casa en casa comida o cambiaba trabajo por comida para mi mamá y mis hermanitos”.

Continúa describiendo la pobreza de su pueblo: “Allá en mi pueblo, San Miguel Ayotla, municipio de Ahuazotepec, Puebla, teníamos que acarrear agua para tomar, lo hacíamos cada tercer día, procurando que nos alcanzara, para no tener que ir cada rato. La verdad es que teníamos que caminar por lo menos hora y media para llegar al ojito de agua de donde la sacábamos. A lo lejos se veía el llano, árido, seco y uno que otro arbolito”.

En el momento, al oírla, me imagino algo muy parecido al desierto, donde hay escasez de agua, calor y depredadores.

“El ojito no tenía mucha agua y, por lo consiguiente, la racionábamos al máximo. No te puedes imaginar cómo eran las noches, los mosquitos se te metían hasta la nariz y como el calor no te permitía estar cubierto, lo que hacíamos era espantarlos recogiendo excremento de vaca seco y prendiéndole fuego, cuando el fuego se apagaba, el humo que soltaba mantenía a los mosquitos lejos de nosotros. El humo podía durar toda la noche, dependiendo del tamaño del excremento y así nos manteníamos protegidos de los molestos

mosquitos. El humo duraba también porque nuestras noches eran cortas, pues teníamos que levantarnos muy temprano, a las cuatro de la mañana para hacer el desayuno, que constaba de unas tortillas recalentadas y tecito de hojitas, con muy poca azúcar. Mi mamá nos decía: 'Para el sábado que le paguen a tu papá comeremos molito'. Pero esa era una promesa que pocas veces se cumplía, pues cada vez que era día de paga, el patrón salía con que mi papá le debía dinero y se lo descontaba de su sueldo; mi papá con tal de no perder su trabajo aceptaba estas injusticias. Además era difícil para él enfrentar al patrón, pues no sabía leer ni escribir y apenas si hablaba español, sólo podía saludar, despedirse y decir 'hasta mañana'. Así apenas si salía un poco de dinero de su trabajo de toda la semana, teníamos que conformarnos con lo poco que teníamos, consolarnos con sentirnos unidos entre todos los hermanos.

"Tal vez por la frustración ante tanta injusticia, por el coraje guardado o a saber por qué, se desquitaba con nosotros, y cuando decidía que tenía que pegarnos lo hacía por todo. Por ejemplo, si nos tardábamos mucho en llevar el almuerzo hasta donde trabajaba, nos iba muy mal. Yo tenía únicamente 12 años, era la menor, y con mis hermanas Florentina y Evelina, que tenían 16 y 18, nos poníamos en camino a las seis de la mañana, el camino era largo, caminábamos como dos horas para llegar a donde trabajaba mi papá. Lo acompañábamos a comer y le ayudábamos a limpiar la milpa, recuerdo que por ser la menor, mis hermanas me consideraban, y me exigían poco en el trabajo del campo, dejaban que yo me concentrara en el trabajo doméstico. A las 10 ya íbamos de regreso a la casa para ayudarle a mi mamá en la comida, en lo que recorríamos todo el camino caminábamos otras dos horas, y a las 12 veníamos llegando con mi mamá. Íbamos cansadas, pero en vez de descansar, teníamos que prender la lumbre para hacer algo de comida con las hierbitas que mi mamá había recolectado. Había que apurarnos, para llevar de nuevo el almuerzo a mi papá, pero esta vez debíamos llevarnos la ropa sucia para lavarla en el río. Así se nos iba el tiempo entre ir y venir, concentradas en lo que teníamos que hacer, cuando menos pensábamos se nos hacía de noche. Después del trabajo,

llegaba mi papá muy cansado, enojado porque tenía la siembra a medias, y al otro día tenía que regresar a lo mismo. Con ese humor no toleraba ni que nos riéramos ni cuchicheáramos. Mis hermanas y yo esperábamos a que se durmiera para poder platicar.

En esos tiempos vivíamos todos en una casita de palitos, con techo de palma, el piso estaba hecho con lodo y ceniza batidos, pero siempre muy aplanado, sin piedras. Ahí dormíamos todos en una sola pieza, nuestros petates muy cerca el uno del otro, no teníamos ni una mesa para comer. Comíamos sobre el mismo petate, en una cazuela, cerca del fogón donde cocinaba mi mamá. Como todas las casas de la región, nuestra casita no tenía ventanas, solo una puer-tita por la que entrábamos y salíamos, cubierta durante el día con una sábana. Cuando teníamos visitas, las recibíamos afuera, sacá-bamos los petates y los poníamos debajo de un arbolito, y mientras los adultos platicaban, nosotras nos íbamos a leñar, pues nunca podía faltar la leña en nuestra casa. Pero no recibíamos muchas visitas, pues no teníamos muchos vecinos; no era un pueblo en el que vivié-ramos todos juntos, sino que eran caseríos dispersos en la montaña, la casa más cercana estaba a medio kilómetro, y sólo había como cuatro o seis casas en las inmediaciones.

San Miguel Ayotla era un pueblo pequeño, de calles de terracería donde todas las casitas eran como la nuestra, de palma, sin agua potable, luz o drenaje. Tratábamos de sobrevivir con la siem-bra de temporal, pues no había riego, ni siquiera pozas para nadar. Abundaban los guajes, la palma y el otate. Cuando era época de secas la gente trabajaba el chiquihuite, haciendo petates, aventadores, tanates... Cuando llegaban las lluvias sembrábamos milpa, cacahuete, sorgo. Era difícil la vida en nuestro pueblo; como no te-níamos ni letrinas nos íbamos tras los matorrales a hacer nuestras necesidades.

Lo más duro venía en los tiempos de lluvia, entonces nos cu-bríamos con hules y tratábamos de caminar siempre acompañadas, porque los caminos eran muy oscuros y nos daba miedo. Todos en el pueblo hablábamos náhuatl, solo algunos sabían algunas pala-bras en español.”

Mientras la escucho, reflexiono un poco y le digo, entre broma y broma: “Me imagino cómo te sentías, es como si yo llegara a otro país y no pudiera comunicarme con la gente, por no hablar el idioma, eso sí que debe de haber sido muy difícil.”

Continúa su historia narrándome los recuerdos de la niñez: “En aquel tiempo únicamente hablábamos náhuatl”. Muy seria me dice que no todo era tan malo allá en su pueblo. Me cuenta que se hacían ferias, que empezaban en marzo, cuando se festeja la Virgen de la Encarnación, y terminaban hasta abril. Había procesiones, juegos, jaripeos... Con un dejo de melancolía en su voz, continúa su narración:

“Esas fiestas eran de los pocos momentos de diversión, era de lo que más me gustaba de mi pueblo. Pero muchos renegaban porque no había suficiente dinero para hacerlas.” Pero los recuerdos tristes casi opacan esos breves momentos de felicidad, pues Flor de Nochebuena, me describe lo difícil que era vivir sin luz, sin agua potable, sin lo más mínimo: “Nos alumbrábamos siempre con candil. No me gustaba nada tener que caminar tanto para traer el agua para tomar y guisar. Era un pueblo árido, pobre, controlado por hombres muy machistas que creían que nosotras éramos sus sirvientas, teníamos que estar siempre a su disposición. No se preocupaban por averiguar si teníamos deseo de tener relaciones con ellos o no, sólo tomaban lo que querían.

“Uno de los recuerdos más tristes que tengo de esta época, fue una vez que mi mamá nos mandó a dejar una tortillas al campo, a un lugar que quedaba muy lejos. Yo no quería ir, tenía miedo, era como si presintiera algo, como si mi corazón me avisara de que corría algún peligro. Yo tenía 12 años y mi hermana Florentina, 16; y ella me dijo ‘no tengas miedo manita, yo te acompaño’. Fue así que obedecí la encomienda, tomé mi chiquepextle y me eché a andar con mi hermana por el monte. Cuando llevábamos una hora caminado, pasábamos por unos barrancos y me di cuenta que dos hombres nos venían siguiendo, y le advertí a mi hermanita. Ella me dijo: ‘no tengas miedo, estamos juntas, yo vengo contigo.’ Pero los hombres nos alcanzaron. Jalieron a Florentina de las trenzas y la tiraron al

suelo. Yo quise ayudarla, pero apenas si pude moverme cuando el otro hombre me dio alcance. Por más que les rogamos, abusaron de nosotras, nos golpearon y nos amenazaron con matarnos si decíamos algo. Estábamos, lastimadas y asustadas y en cuanto pudimos continuamos nuestro camino.

“Al regresar a la casa íbamos sucias y golpeadas y mi papacito se sorprendió al vernos, pero no le quisimos decir nada, inventamos una historia de que nos habíamos caído al querer cruzar un barranco. El se malició lo que había pasado, pero no logró sacarnos una palabra. Teníamos mucho miedo de que al decirle la verdad, él intentara vengarse y nuestros violadores lo mataran”.

Veo la tristeza reflejada en su rostro al recordar este episodio tan doloroso de su vida. No puedo dar crédito a lo que me cuenta, no puedo creer que exista gente tan mala que haya sido capaz de hacerle tanto daño a una niña de solo 12 años. De sus ojos rasgados brotan unas lágrimas que bañan su tez morena. No puedo evitar llenarme de rabia, de impotencia. La imagino sola con su hermana, gritando, pidiendo auxilio, sin que nadie responda a su llamado, sin que nadie escuche su lamento.

Ella prosigue con su historia diciéndome: “Lloré, lloré mucho, manita. Siempre soñé con casarme de blanco y en ese momento me di cuenta que eso nunca pasaría.” Los sollozos interrumpen su narración, respeto su silencio, pero después de unos segundos continua contando: “Mi mamá empezó a sospechar que algo me pasaba y un día se acercó a preguntarme si estaba bien. Entonces no aguanté más y le conté todo lo que había pasado, ‘Recuerdas –le dije– aquel día que nos mandaste a dejar tortillas al campo, pues unos hombres nos violaron a mí y a mi hermana Florentina.’ Me abrazó llorando, y me dijo: ‘No te apures hijita, te haremos justicia, y si nadie se quiere casar contigo por eso, puedes estar siempre con nosotros.’

“Esa noche, cuando llegó mi papá, al enterarse, se puso como loco, dijo que los buscaría para cobrarse la afrenta... Fue como si envejeciera de repente, se veía más cansado que de costumbre, aunque no expresara sus sentimientos, nos dábamos cuenta de que lo que

nos había pasado le dolía en el alma. Yo por ser la más pequeña, era entonces la consentida de mis papás, y mi violación les dolió más que nada.

“Pasó el tiempo y una tarde mi papá nos llamó a mi hermana y a mí y nos dijo: ‘Ya enfrenté a los que las violaron y maté a uno de ellos, el otro ya me las pagará tarde o temprano.’ Yo pensé en ese momento que su venganza nunca podría devolverme mi honra, pero si eso le consolaba, pues ni modo. En aquel entonces las mujeres no opinábamos, únicamente obedecíamos, así que yo no le dije nada. En medio de estas experiencias tan difíciles, mi mamá siempre nos apoyo, nos aconsejaba, nunca nos maltrataba. Ella nos decía: ‘Suficiente con su padre mis niñas, como para que yo también las chicotee.’ Mi papá en cambio, era muy duro, él decía: ‘Yo ordeno y ustedes obedecen.’ Cuando el gritaba, todas temblábamos. Tal vez es por eso que ahora, si alguien del sexo masculino me grita, siento mucho miedo y empiezo a temblar...

“Había mucha violencia en mi familia, mis padres no se llevaban bien. Hasta parece que aún escucho la voz de mi mamá diciéndole a mi padre: ‘No les grites a las niñas, viejo, o de grandes van a ser muy burras’ y mi papá le contestaba: ‘Así es como tiene que ser, tú no te metas, nacieron mujeres, ahora se aguantan.’ Pero los gritos no eran nada comparados con la manera en que golpeaba a mi mamá, ella no se defendía, sólo aguantaba y cuando le preguntaba por qué le pegaba él le decía: ‘Las mujeres sólo sirven para criar hijos y atender al marido.’ Para él, ni nosotras ni nuestra madre teníamos ningún valor. Con esa idea nos quedamos mis hermanas y yo.”

Toma un respiro en su narración y trata de encontrar en su memoria algún recuerdo grato que pueda compartirme para compensar todo el dolor y el sufrimiento de lo que me ha contado y continua relatando.

“Pero tengo también recuerdos bonitos de mi niñez. De niña me encantaba andar en burro, subirme a los árboles. Cuando me mandaba por el agua, me entretenía bañándome en el río. Como me gustaba sentir el agua sobre mi cuerpo. No importaba que fueran apenas las seis de la mañana.

“Entre los recuerdos simpáticos que tengo de mi niñez, está aquella vez que me mandaron a cuidar pípilos al monte. Tenía más o menos diez años, estaba chica y no sabía mucho de eso. Un día se me escaparon los pípilos, intenté detenerlos y maté a uno. Estaba muy asustada, no sabía qué hacer. Estaba segura de que mi papá me molería a palos. No tuve alternativa, tenía que buscar una excusa y como a veces los cerdos se comían a los pípilos, pensé: ‘Haré como que se lo comió un cuchí.’ Tomé una piedra de regular tamaño y con esta le pegué en la cabeza hasta desprendérsela del cuerpo. La idea era que pareciera como si el cerdo lo hubiera hecho. Llegué con ese cuento a la casa y me lo creyeron. Pero otra vez, por estar subida en un guaje no me di cuenta y se me perdió otro. Cómo la vez anterior, dije: ‘el gavilán se lo llevó amá.’ Mi mamá ya no dijo nada al respecto, pero desde entonces no volvió a mandarme a cuidar a los pípilos, porque según decía, yo se los mataba.

Después cuando fui más grandecita, como a la edad de 13 años, me junté con el que fue mi marido. Sufrí mucho porque mi suegra no me quería y a escondidas de mi marido me golpeaba. Con las cucharas de madera llegó a descalabrarme. Yo era muy chica y no entendía que eso no estaba bien.”

Flor de Nochebuena se queda pensando y me explica que tal vez si hubiera hecho mejor las cosas, su suegra la hubiera querido. Prosigue su relato: “Siempre vociferaba: ‘le voy a decir a tu macho para que te golpee’. Yo siempre respeté a mi suegra pero ella nunca me quiso. Pero mi esposo sí me quiso a pesar de que le decían que yo era muy fea, una india negra e ignorante. Pero con el tiempo él empezó a cambiar conmigo y me golpeaba, hasta que mejor me fui con mis padres. Después me di cuenta de que estaba embarazada. Pero el bebé no nació a consecuencia de tantos golpes. Un día conocí a otro muchacho y me junté con él, con quien procreé 15 hijos, de los cuales me viven 10; el resto murió por diferentes causas, ya que éramos muy pobres, y a veces no alcanzaba la comida, entonces comíamos tortillas con chiles unos y otros no.

“Los mayorcitos eran los que se aguantaban el hambre con frecuencia. Mi marido siempre me golpeaba con todo, y a mis hijos también. Decía que así tenía que ser, porque no le gustaba que bus-

cara el pan para mis hijos, porque lo iba a engañar con otro, cosa que nunca pasó por mi mente así que nos aguantábamos el hambre.

Algunas veces me metía a las milpas para tener un poco de maíz y así hacerles tortillas con sal, así pasó el tiempo. Más tarde me nació una niña enfermita. Jamás pudo caminar ni creció como debía. Mi esposo decía: 'Ruégale a Dios que se muera, para qué quieres una hija así'. Yo contesté que 'hasta que yo muera velaré por mi muchachita.' Empezaron a crecer mis hijos y cuando le pedían comida a su papá, él los drogaba. Se llevaba al campo a los más grandes, para que lo ayudaran a trabajar. Esto hacía cuando no lo dejaban en paz. Mis hijos contaban con ocho y 10 años. Yo no podía decir nada porque eran golpizas que me daba si quería defender a los chamacos. En una ocasión me dije que ya no me importaban los golpes y me fui a cortar zacate; me pagaron 50 pesos por todo el día; eso me pagaban por día, con eso podían comer aunque fuera frijolitos mis hijos. Tenía que cruzar ríos. Un día el agua me arrastró cuando quise cruzar un río con mi niño; dejé que la corriente me arrastrara, pero no solté a mi chamaquito hasta que Dios quiso que me atorara en unas ramas y, más tarde, con mucho trabajo, pude salir del río.

Una tarde llegó mi hermana y me preguntó que si mi marido tenía marihuana; le contesté: 'no sé.' 'Al rato viene,' le dije, 'y ya le pregunto. Vuelve por la noche.' Cuando ya estaba mi marido y no le quiso dar. Mi hermana me dijo 'es que mi hijo quiere tantita. Sabes que él es adicto.' A mí me dio pesar y le di de lo que le encontré a mi marido. Después llegó la policía y me dijo que estaba detenida por venta de drogas. Yo no hablaba español y casi no entendí que decían los judiciales. Ellos me explicaron que dijera que le vendí marihuana a mi hermana y les dije: 'pero no le vendí, le regalé.' No supe lo que escribieron, porque ellos hicieron mi declaración, y cuando me llamaron para recibir mi sentencia me dijeron que pasaría diez años aquí. Tengo ahora seis años. Durante este tiempo algunas compañeras se apiadaron de mí y me corregían mi español. Me enseñaron nuevas palabras. Con lo poco que aprendí de ellas he logrado comunicarme, pero sigo sin entender qué fue lo que realmente pasó.

“Cuando llegué a este lugar algunas se burlaban de mí porque no podía hablar el idioma. Otras me hacían males o cobraban de más, sabiendo que yo no sé hacer cuentas. Pero hubo otras que pelearon mi causa. Ahora ya más tranquila bordo mis servilletas que más tarde vendo a cambio de cosas que necesito. Espero transcurrir el tiempo y algún día me reunirme otra vez con mis chamacos y mi niña enfermita, a los que extraño mucho porque desde que llegué no los volví a ver. Espero con Dios que los encuentre bien y todavía me recuerden.”

Así terminó Flor de Nochebuena su historia, un testimonio de las muchas injusticias que como mujer, pobre e indígena, le tocó vivir desde que nació. Lo que aprendí a lo largo de nuestras múltiples conversaciones me hace verla a ella y ver la vida misma con otros ojos. Si alguien me preguntara porqué la elegí a ella para contar su historia, la respuesta sería que “desde el primer instante en que la vi supe que ella tenía algo que enseñarme. Supe que sería la fuente para plasmar a través de su relato, la historia de una pequeña heroína. Sus experiencias buenas y malas y la manera en que ha crecido como persona con este sufrimiento, me ha hecho pensar en cómo una oruga insegura se convierte en una espléndida mariposa: tenaz, emprendedora, siempre sonriente ante lo adverso”.

Como el ave fénix, ha resurgido ante la adversidad de la prisión, volviendo a nacer de entre las cenizas. La escucho y me reanima, en momentos de angustia me ayuda a renovar mis fuerzas. Quiero agradecerle con este escrito a Flor de Nochebuena todo lo compartido. Mil gracias, y aunque el destino algún día nos separe, por siempre mis recuerdos de nuestros diálogos y tu ejemplo me ayudarán a recuperar la energía que me mueve a continuar.



Una mujer con mucho miedo

Rosa Salazar

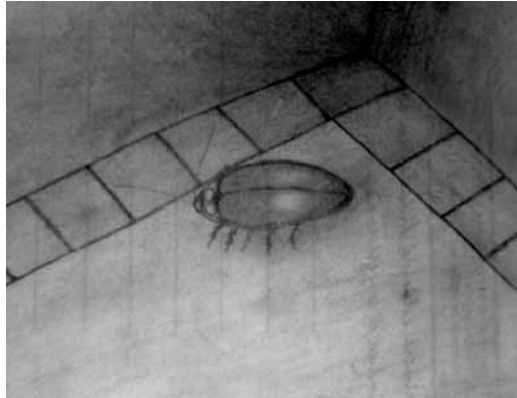
Había una mujer que le tenía mucho miedo a su esposo, porque la maltrataba psicológicamente, moralmente y verbalmente. Su vida estaba llena de malos tratos, de falta de cariño, de falta de comprensión. Sin embargo, ella lo amaba a pesar de los golpes; lo perdonaba y no escuchaba sus palabras groseras.

Un día él le regaló un celular, pero era sólo para controlarla, pues quería saber siempre donde estaba. Se ponía furioso si no la encontraba. En su enojo, él le rompía la ropa y la lastimaba, era un hombre muy malo. Ella era una mujer con mucho miedo. No se valoraba, no sabía lo que valía como mujer. No sabía que ella merecía que la amaran, que no la humillaran, que la respetaran, que fueran amorosos con ella. Ella no sabía que merecía que correspondieran a sus caricias, que dialogaran con ella, que la amaran. No lo sabía, porque era una mujer con mucho miedo.

Hoy enfrento el dolor con valentía

Susuki Lee Camacho

El escribir o ser parte del taller de Historias de vida me ha dado la oportunidad de desencapsular recuerdos enterrados en mi memoria. Al escuchar las historias de distintas compañeras, que todo el tiempo han estado compartiendo conmigo en el cautiverio, me doy cuenta de cómo había pasado desapercibido para mí su pasado, el por qué de su estancia en este lugar. Pero al escuchar hablar de sus tristezas, soledad, penurias y demás cosas de boca de quienes escribo sus historias, me impulsa a desenterrar mi pasado con temor a burlas. Hoy enfrento el dolor con valentía. Quizá hace año y medio podía haberle parecido a Elena de Hoyos una rata insegura, con miedo, pero ahora entiendo que a todas nos sucede algo que nos deja heridas. Las mías van sanando poco a poco, sé de antemano que esto es un proceso, tal vez un poco largo, pero, también sé que no estoy sola, gracias a Aída y a Elena lograré llegar a la cima.



Atada a estas cuatro paredes

Miranda

Lo que me gusta de ser mujer es desempeñar mis labores como mujer y como hombre, porque desde el principio de mi infancia, aunque mi padre me hacía desprecio de ser mujer, yo siempre le dije que yo podía ser mujer y a la vez hombre. Esto es mi orgullo.

Que Dios me dio el valor de poder hacer las cosas o trabajos que el hombre desempeña en el campo yo también, porque sabía agarrar la yunta de bueyes, mulas y arar la tierra. Ese es mi orgullo que Dios me dio. Poder demostrar eso y cumplir con la obligación de mujer con mi marido e hijos. Cuando Dios me socorrió con 10 hijos y sólo me viven seis, tres mujeres y tres hombres, los cuales me siento orgullosa de mis hijos así como de mi mamá que fue la que me enseñó a poder sobresalir, adelante en la vida.

Que Dios me permita seguir viviendo para poder seguir superándome a pesar del lugar donde me encuentro, atada a estas cuatro paredes.

2. Altagracia: Acepté hacerlo, a pesar de mi miedo

Carlota Cadena



Este es un día muy hermoso pues estamos en el mes de marzo. Es día 26 para ser más exactas, es el inicio de la primavera y ésta se puede sentir en el ambiente. Desde temprana hora los pajarillos con sus trinos y sus cantos, con su alegre revolotear, nos anuncian que algo está cambiando en el ambiente. Aquí en el Cereso, estos cambios de clima hacen

una verdadera diferencia en el ánimo de todas las que estamos aquí adentro. El esplendor del sol al salir me recuerda que este es un día más y que tengo que iniciar con mis actividades.

Decido ir a buscar a Altagracia para empezar a escribir su historia. Ella suele sentarse en el lado de la “vinculación,” donde se sientan las sentenciadas, pues es la más amplio. Se encuentra a espaldas del Cendi --pequeña escuelita para los hijos de las internas--, yendo del dormitorio hacia abajo, a mano izquierda.

De alguna manera se han ido formando grupos al interior de la cárcel, y cada grupo escoge un espacio en donde acostumbran a sentarse. Altagracia se sienta con las señoras pueblerinas, que buscan la sombra del guamúchil, para ponerse a coser o hacer artesanía. Desde el guamúchil se pueden ver los juegos en donde los niños salen a divertirse y siempre se están escuchando los ruidos de los pájaros. Creo que en este pequeño jardín, es el lugar en donde nos sentimos más libres. El verde de los árboles, lo pájaros que en

ellos anidan y las risas de los niños que nos llegan desde sus áreas de juegos, nos hacen sentir que no estamos encerradas.

Llego al área de vinculación y empiezo a buscar con la mirada a mi compañera Altagracia. Ahí está ella, de frágil figura y de mirada profunda, que refleja también entusiasmo. Está haciendo su trabajo de tejido, sentada en una silla que por su corta estatura deja sus piecitos colgando, ya que si se sienta bien, no alcanzan a tocar el suelo. Cuando me ve, sonrío y deja que me acerque. Ha aceptado compartirme su historia, la conozco poco, pero las veces que hemos hablado, ha sido muy cordial conmigo. Sé que es indígena de Guerrero, que no sabe escribir y esto me hace decidirme a invitarla a escribir su historia. Empezamos por su niñez y como muchas mujeres del campo me describe la manera en que de niña se convirtió en mujer casándose a muy temprana edad. Comienza la narración:

“Me llamo Altagracia. Soy hija de Fernanda Pérez y del señor Pantaleón Vargas. Nací en el estado de Guerrero. Mi pueblo se llama Tlacotepec, municipio de Tlacoapa, donde se habla el idioma tlapaneco. Me crié con mis abuelos. Éramos tres hermanas; yo era la mayor y me crié en el campo, pues yo cuidaba las chivas y después de cuidarlas, ‘huerteaba.’

“Desde los ocho años ayudaba en la huerta, sembraba picante, cebolla, ajo, sandía, melón, tabaco. Cuando tenía solo 11 años tuve mi primer novio, me rogó mucho para que me casara con él y finalmente a los trece años acepté ser su esposa. Viví muy feliz una corta temporada, pues lo mataron tres meses después de que nos casamos. Murió víctima de los problemas de mi propia familia. Yo sufrí mucho con esta pérdida. Una de mis tías que se llamaba Avelina había dejado a su marido, y él para vengarse de mi familia decidió robarme para hacerme su mujer. El rumor corrió en mi pueblo y esto me decidió a casarme, pero nunca pensé que mi decisión le iba a costar la vida a mi esposo, pues como el marido de mi tía no pudo llevarme a la fuerza terminó asesinándolo a él.

“Como es costumbre en mi pueblo, después de la muerte de mi marido, estuve otros dos meses viviendo con mis suegros, pero después de un tiempo decidí regresar con mi familia. Primero volví

a la casa de mis abuelos, pero tenía que ganarme la vida y me fui a trabajar con unos tíos, allí estuve durante un año, pero luego regresé a mi pueblo.

“Allí regresé de nuevo a trabajar la huerta de mis abuelos y fue cuando estaba ayudándoles a ellos con la huerta que conocí al papá de mis hijos. Me anduvo hablando como un año, fuimos novios, y después a mis 16 años comenzamos a vivir juntos. Tuve un total de once embarazos, pero sólo ocho hijos me vivieron. A los 17 años nació mi primer hijo, Francisco. Mi marido trabajaba en el campo y yo en la casa hacia ollas, pues mi suegra hacia trastes de barro y me enseñó el trabajo de alfarería.

“Al año y medio tuve otra hija, Juana. Después de otro año y medio nació María. Exactamente 18 meses más tarde tuve otra niña que murió a los tres días de nacida. Durante este embarazo tuve un susto muy grande, pues unos hombres se querían llevar a una prima a la fuerza. Pienso que ese fue el motivo de la muerte de mi hija, pues después del susto le di el pecho. Año y medio después nació mi hijo Gerardo y a los 18 meses, mi hija Rosalba. Luego nacieron Patricia, Carmela y un niño que se llamó Adelfo. Mi décimo hijo se llamó Abel, pero él y Adelfo murieron casi al mismo tiempo, pues se enfermaron de sarampión. Lo recuerdo con mucha tristeza porque murieron por falta de atención médica y aunque hice lo que pude, los remedios caseros no funcionaron y mi marido me decía que él no podía hacer nada, pues no creía que de sarampión se fueran a morir. Y así fue que uno murió el 2 de marzo y otro el día 3.

“Año y medio después de la muerte de esos dos niños me embaracé de un niño al que le puse por nombre Sabino. Después de Sabino volví a embarazarme, apenas tenía tres meses mi bebé cuando salí embarazada de nuevo y nació mi hija pequeña a quien llamé Natalí. Después de este parto nos vinimos de Guerrero para Cuernavaca y llegamos a vivir a los patios de la Estación, colonia El Vergel y allí mi marido comenzó a trabajar de albañil, pero como eran ocho hijos y aparte yo y mi esposo, diez miembros en la familia, el dinero no alcanzaba. Yo veía que las cosas iban de mal en peor, pues tenía que mandar a mis hijos a la escuela, vestirlos y calzarlos. Me

puse a hacer tamales, atole y pan, y salí a vender. También mandaba a los niños a vender tamales, a que me ayudaran a sacar lo del gasto. Me levantaba a las 5 de la mañana y a las 10 ya estaba horneado el pan. Después del pan, seguía con los tamales y el atole.

“Era muy pesada la vida para todos en la familia, los niños desde chicos empezaban a trabajar, pero mi marido al ver que yo me buscaba la vida, se hizo más flojo y desobligado, pues había temporadas de más de un año en las que no trabajaba y yo lleva-

ba todos los gastos de la casa. Pagaba: agua, luz, las cooperaciones de la escuela de mis hijos.



“Fue en esta época, en la que las cosas se habían puesto muy difíciles para la familia y apenas si podíamos sobrevivir con la venta del pan y los tamales, que una mujer llamada Alondra se acercó a mí. Ella se había dado cuenta de lo mucho que trabajaba y lo poco que ganaba; y me dijo que se compadecía de mí y que por eso me iba a ayudar a ganar un dinero extra y me

propuso vender droga. Cuando salía a vender mi pan ella me entregaba la droga. Nos veíamos en un baldío cerca de mi casa, pues yo nunca supe a donde vivía. Se me hizo fácil, pues después de tantos años de trabajar y sufrir carencias, pasar por tantas necesidades, acepté hacerlo a pesar de que tenía miedo.

“Ella me convenció que de esa forma pronto iba a salir de pobre. No me costó trabajo convencer a mi marido, pues él era el más interesado en que yo tuviera otra entrada de dinero, pues se daba cuenta de que con este nuevo negocio siempre había dinero en la casa, y él menos necesidad tenía de trabajar. Pero lo más triste fue que como al mes o al mes y medio de que yo había empezado a

vender la droga, me cayeron los judiciales. También había puesto en mi casa un pequeño estanco y vendía cerveza, refrescos, dulces y cohetes. Y cuando iba a despachar unos cohetes, llegaron los judiciales y nos agarraron a mi hija Juana, a mi marido y a mí. Mi hija también vivía ahí en el mismo terreno, tenía su casita donde vivía con sus seis chamaquitos y estaba embarazada. Tengo resentimiento con el papá de mis hijos, pues él tuvo la posibilidad de ayudar a mi hija Juana para que se fuera, y en vez de hacerlo fue él que más la hundió con sus declaraciones. No se puso a pensar que tenía a sus chamaquitos todavía muy chicos y que les iba a hacer mucha falta. Traicionó a su propia hija, y en vez de defenderla, la echó de cabeza.

“Él, que era quien más se beneficiaba de mi trabajo, se fue de los separos. En cambio mi hija y yo nos quedamos presas. Pues yo declaré que él no sabía nada y que nada tenía que ver con mi negocio. Además estaba enfermo y yo quería que se fuera, pues pensé que así mis hijos contarían con el apoyo de su padre. Pero no fue así como yo pensaba, ya que desde el momento en que yo caí aquí él se encargó de terminar con lo poco que yo había logrado obtener allá afuera. Con el fruto de mi trabajo, con la tiendita que tanto me costó levantar. Empezó vendiendo los trastes, el refrigerador, las ollas que yo había comprado para mi negocio y terminó vendiendo hasta los muebles.

“Por último se deshizo del terreno en donde mi hija y yo teníamos la casa. Nos quedamos sin nada. Lo bueno es que a mi hija Juana le dieron la sentencia mínima de cinco años. El año pasado salió libre. Lo malo es que yo me quedé. Tengo ya siete años en este lugar y me dieron de sentencia 10 años y 100 días. Cada día pienso hasta cuando voy a salir de este lugar. Pero a pesar de estar presa le doy gracias a Dios porque tengo 58 años y cuando llegué aquí no conocía las letras y en estos años he aprendido muchas cosas buenas, he aprendido que valgo mucho como persona y esto me da fuerzas para salir adelante con los trabajos que hago. Aquí tejo, bordo, hago servilletas, manteles y voy a la escuela. También estoy aprendiendo a hacer bordado con listón. Sin embargo, estoy muy sola, pues no cuento con el apoyo de mi familia, no como yo quisiera.”

Hienas

Águila del Mar

Me gusta ver comer a las hienas
burlarme desbocadamente
cuando se arrancan
pedazos de carne
tragando lenguas

Escucho sus risas burlonas
desmenuzando secretos
sin vida propia
comen en manadas
vísceras venenosas

Falsas bellezas, burbujas frágiles
mujeres hienas enmascaradas
tragonas hambrientas



3. Morelitos: Su palabra contra la mía

Susuki Lee Camacho



Cuando observo tu lento andar y figura de aspecto frágil, pienso en todo lo que debiste caminar por la vida. Es esta experiencia la que ha hecho de ti un contenedor de sabiduría y tal vez por mi deseo de transportarme al pasado, de conocerte mejor o simplemente de adquirir un poco de esa sabiduría que al pasar de los años has sabido utilizar que decido invitarte a escribir tu historia. A ciencia cierta no sabría decirte por qué, pero aquí estoy, tratando de hacer posible que por este medio se conozca a Morelitos desnudando, tal vez, parte de tu introspección.

Me encuentro dentro de la celda de Morelitos, como todas nuestras celdas es un lugar pequeño, de aproximadamente tres por dos, contando baño y cama. La cama es tan solo una plancha de concreto con una esponja que hace las veces de colchón. Hay también una mesita donde comer, arriba de ésta hay una repisa que le sirve para poner sus pocas pertenencias. Me invita a sentarme y a tomar un vaso de agua y así comienza por decirme que nació en Huizacotla, municipio de Atlixac, Guerrero.

Sus padres también fueron oriundos del mismo lugar. Ahí nacieron y murieron. El “rancho” se componía de unas cuantas casitas hechas de palma y lodo y sin muebles. Me describe su vida en este pueblo diciendo:

“Dormimos en un petate; comemos sobre él. Cocinábamos afuera en un fogón y en tiempos de lluvia lo hacíamos adentro. El rancho estaba alejado de las poblaciones grandes, estábamos rodeados por cerros. Cuando necesitábamos abastecernos de nuestras cosas, caminábamos hasta el pueblo. Ahí no teníamos doctor o drenaje, menos luz y agua potable. Para conseguir agua teníamos que acarrearla en burros, si tenías bestias, y si no pues a pie. Nos hacíamos aproximadamente treinta minutos de la casa al ojo de agua. Nuestro trabajo consistía en sembrar maíz, calabaza, frijol. De eso nos alimentábamos. También se pastoreaba ganado, chivos; otros criaban pollos.

“La gente de mi pueblo habla en su mayoría náhuatl. Entre mis recuerdos gratos esta mi vida en mi rancho. Era una vida tranquila, casi todos nos conocíamos y la gente era muy amigable. Aunque también había cosas que no me agradaban y que siguen existiendo, por ejemplo, el que no haya luz, agua potable, doctor, escuela, alumbrado público y algunas cositas que se necesitan para vivir bien.

“Nosotros éramos en esa época seis miembros de la familia. Mi papá, mi mamá, mis dos hermanos y mi hermana y yo. Yo era la última de todos. Mi mamá y yo llevábamos una relación estrecha. Se podría decir así porque en lugar de renegar de mi sexo siempre decía: “que bueno que fuiste mujercita, así tendré con quien platicar sin sentir vergüenza de algunas cosas.” En cambio mi papá fue más ‘pegalón’ y nos gritaba por todo. Casi siempre se encontraba de mal humor.”

Mientras la escucho describir a su padre, pienso en mi propio papá, en la suerte que tuve de no tener un padre violento, por el contrario, me sentaba en sus piernas para cantarme “Amor chiquito” y yo me sentía su princesa.

No sucedió así con Morelitos, quien me relata una infancia con violencia. Dice además: “Mis papás siempre se mordían entre ellos. Cuando no era la manita del metate, era su cinturón el que iba a dar a la espalda me mi mamá. Algunas veces porque le faltaba sal a la salsa, otras porque no estaba su comida en el momento que lo pedía.”

Interrumpo su narración y le comento que en mi casa también pasaba esto. Pienso que eso era lo más común entre los matrimonios de antes, porque entre mis padres pasaba exactamente lo mismo. La diferencia es que los míos peleaban por dinero, mientras nosotros permanecíamos como espectadores. Al oírme, Morelitos apunta: “Si, pero a ti no te tundían, y eso hace la diferencia.” Luego continúa su relato:

“De pequeña recuerdo que me gustaba mucho jugar en el campo. Lo aprovechábamos mis primas y yo para corretearnos en los claros del campo. Las veces cuando nos mandaban a cuidar los chivos, nos poníamos a jugar; la mayor parte del día nos la pasábamos cortando flores, bañándonos en el río o simplemente nos echábamos de panza debajo de un árbol a platicar de los muchachos que vivían por ahí cerca. Creo además que esos fueron mis mejores años. Pero también tengo recuerdos tristes de mis niñez, como el no tener con que vestirme. Mi pobre madre guardaba los costales de azúcar que conseguía por ahí, para hacernos unos trapitos que nos taparan el cuerpo. Nunca usé zapatos y a veces se me hincaban las piedras en los pies o se me metían las espinas. Entonces me sentaba para sacarme las espinas de los pies y poder seguir caminando.

“Recuerdo muy bien que le pregunté a mi mamá cómo nació, y ella me dijo: ‘Aquí no hay forma de pesar a los recién nacidos, sólo decimos si está gordito o pellejudo. Tú estabas muy chiquita y pellejudita, hasta se pensó que no te lograrías, pero gracias a Dios aquí estás, a pesar de que la partera no se encontraba cerca. Cuando empezaron los dolores, en medio de la noche, sin más compañía que mi machete, tuve que caminar como una hora. El regreso ya lo hicimos en bestias. No era motivo de celebración un nacimiento, sólo aumentaba el trabajo y escaseaba la comida. Así, un acontecimiento

de esos, lejos de sentir alegría, nos enfadaba peor aún si nacía niña, decían: <¡Ay, otra vieja! Esas nada más dan guerra, no sirven para nadita la cosa>. Pero si nacía un niño los comentarios eran de felicitación para el papá. Se oía decir: <Ora sí, un machito pa' que nos ayude en el campo y nuestro apellido no se pierda. Ojalá nacieran puros machitos>’."

Sin embargo, me comenta Morelitos: "Mi mamá era distinta. Ella me decía: 'qué bueno mi'ja que naciste mujer; así me canso menos con el quehacer de la casa'. Me pegaba a veces porque no teníamos que contestar al regaño, tuviéramos razón o no; también por mirarlos a la cara cuando nos llamaban la atención. Eso siempre sucedía con mi papá. Casi siempre me trató como a alguien más en la familia. Nunca me hizo cariños o me habló de otra misma manera. Siempre me dijo: '¿por qué tuve viejas?' Mi papá era el que más me pegaba, pero nunca hubo alguien para defenderme. ¡Jamás! Ni mi madre se atrevía a llevarle la contra, a ningún un hombre, ¡menos aún, si se trataba del jefe de familia!

"Con mis hermanas me llevaba mejor, platicábamos de mil cosas y casi siempre jugábamos juntas. No así con mis hermanos, ellos se mantenían a distancia, pues pensaban: 'Los hombres no juegan con las viejas, ellos sólo deben andar y jugar con niños, si no se hacen amanerados.' No recuerdo bien si peleaban o no, yo no me fijaba mucho en ellos.

"Recuerdo que un día mi hermana no se fijó y pisó a un pollito y lo mató. Para que no se dieran cuenta de lo sucedido, hicimos un hoyito, lo enterramos hasta con flores y cruz. Cuando llegó mi papá nos pegó tanto que hasta ahora no se me olvida, él dijo: 'en vista de que nadie fue, les voy a pegar a las dos.' Y es que yo no quise delatar a mi hermana, por eso cuando me preguntó yo le dije: 'es que no sé, apá'."

La escucho y yo regreso a mi infancia para preguntarme: "¿valió la pena haber crecido en un colegio interno? Quizá no habría recibido tundas, pero siempre creí que lo mejor era tener a sus padres cerca. Morelitos interrumpe mis pensamientos para contarme:

“En aquel entonces sólo hablaba náhuatl, pues fue mi primer idioma. Ahora a fuerza de sobrevivir he tenido que aprender a medio hablar español.

“Entre mis hermanos y yo el trato era distinto, por ejemplo a mis hermanos se les servía más porque mi madre pensaba que ellos eran los que más trabajan, mientras que a nosotras no; ya que para mis padres sólo servíamos para criar hijos. Del mismo modo, cuando ellos llegaban de trabajar se acostaban a descansar y las hermanas teníamos que seguir con el quehacer. Lo mismo sucedía siempre que los chamacos se iban al campo y nosotras las mujeres rara vez lo hacíamos. Por lo general ayudábamos al acarreo de agua, lavar la ropa de todos en el río y moler nixtamal en el metate para hacer las tortillas. Allá en mi pueblo no había molino, ni escuelas, tampoco clínica, es por eso que nunca fuimos a la escuela. Oíamos a nuestros padres decir: ‘mejor tener la barriga medio llena, que la cabeza llena de letras.’ Así es que ni malos o buenos ratos tuve de estudiante; ya que nunca pisé una escuela en lo que conocí. La vida en el rancho no daba para tener grandes planes; ahí no se pensaba en otra cosa que no fuera sobrevivir. A los niñas, desde pequeñas, se nos enseñaban manualidades; a los hombres casi siempre los llevaban al campo y a las mujeres se nos enseñaba a vender el producto manual. Otras veces, se nos cargaba con flores y hortalizas para venderse o cambiarse por frijol, entre otras cosas.

“En las fiestas del pueblo los niños participábamos poco, generalmente lo hacían los adultos o jóvenes. Las fiestas del pueblo eran escasas, porque el dinero era poco, sólo a los santos que creíamos más importantes se les festejaba: como el 12 de diciembre, una celebración que a mí me gustaba mucho. Porque se hacían danzas en honor de la Virgen de Guadalupe y la gente se disfrazaba de animales, moros, de algunas deidades ancestrales; también había vaqueros. Pero no todas las personas podían participar en estas danzas, esto generalmente se sorteaba. Los niños éramos enseñados a respetar al mayor y si éste nos gritaba o agredía no podíamos decir nada; las quejas se las dábamos a los padres, ellos sabían qué hacer.

“El trato entre niños y niñas era diferente: al niño siempre se le decía que él era el que mandaba en la casa y a nosotras se nos decía que al hombre no se le contesta y que es una bendición tener hijos, porque de lo contrario no sirves para nada. Nuestra religión decía que el jefe de familia es el hombre. Todos cuando podíamos asistir a la iglesia, lo hacíamos a una sola. No había más que una y era la católica. Cuando acudía al catecismo la monja nos decía: ‘no es bueno cambiar de marido; una mujer decente sólo se casa una vez y para siempre, le salga como le salga el marido. Para ser una buena mujer tenemos que aguantar nuestra cruz.’

“En ese entonces el cortejo se trataba de atajar a las muchachas. Si una muchacha le gustaba a alguien, la espiaba al salir de su casa y por allá le tapaba el paso; esto sucedía unas cuatro o más veces hasta que la muchacha aceptaba ser su novia. Los noviazgos se hacían sólo verbales. ¡Jamás podías agarrarle la mano al novio ni mucho menos darle un beso en la boca! El noviazgo era para platicar nada más, ya fuera a escondidas o con el consentimiento de los padres. Los noviazgos no siempre eran con planes de matrimonio; a veces, pues, si no se entendían, cortaban con la relación.

“Recuerdo mi primer prometido. Cuando me dijo que fuéramos novios, yo sentí muy bonito; enseguida él me pidió un regalo como señal de pacto, yo le di uno de mis aretes y a cambio me dio su pañuelo, quizá hasta hoy seguiríamos casados, pero las tradiciones de mi pueblo no me lo permitieron. El que después se convirtió en mi esposo, fue el encargado de separarnos, todo con el pretexto de que no podía casarme con un <fuereño>. Un día que hubo un baile en mi comunidad, él se enteró de quien era mi novio, entonces lo correteó en compañía de otros, argumentando que los fuereños no podían tener novias del pueblo, porque las muchachas éramos sólo para los de ahí. Hasta la fecha lo sigo recordando con mucho cariño,” me dice Morelitos.

Continúa con su narración, y con un poco de tristeza me cuenta que en su adolescencia no le explicaron nada de la menstruación. Me describe esta primera experiencia traumática diciéndome: “La primera vez que sangré me asusté mucho. Sentía vergüenza a

la vez, porque habíamos ido a otro rancho donde mis papás fueron invitados, así que yo no sabía qué hacer o porqué sangraba. Como mi ropa se manchó, mi mamá discretamente me llevó un trapo. Después fuimos a rinconcito donde nadie nos viera y me dijo como debía usarlo, pero sin explicarme el porqué de lo sucedido.”

¡No puedo creerlo!, le dije a Morelitos. A mí mi mamá me lo explicó desde antes que llegara el momento, así pues, cuando tuve mi primer periodo corrí a decírselo a mi papá y este salió a comprarme toallas. No hubo necesidad que me dijeran como usarlas, porque desde antes sabía el procedimiento. Morelitos un poco sonrojada retoma el tema y dice: “Tú porque eres de ciudad, pero en mi rancho era otra cosa; únicamente la abuelita nos decía que no tomáramos cosas agrias o muy frías para evitar los cólicos, pero nada más. Poco después de mi primera menstruación me casé. Fue entonces cuando conocí las relaciones sexuales. Mi novio primero me llevó a la fuerza, por allá en el campo me agarró. Yo gritaba mientras corría, pensé que tal vez sentiría lástima por mí y ya no me haría nada, pero entre más suplicaba, él se ponía como loco. Y por fin logró su propósito. Para mí no fue algo agradable, todo lo contrario, sentí asco, en lugar de quererlo, lo aborrecí. Yo llegué a pensar que eso siempre pasaba entre parejas. A consecuencia de eso me casaron. Obedecí el mandato, pero no entendía por qué tenía que quedarme para siempre con ese hombre que me había lastimado, si yo sólo quería seguir siendo niña y no señora con obligaciones e hijos.



“Mi madre nunca me habló de lo que me pudiera pasar o cómo debía actuar. En su momento ellos nada más hablaban de la pobreza y los problemas en la familia. En el rancho si una mujer sostenía relaciones antes de casarse o las tenía pero no se casaba, se quedaba así hasta hacerse vieja. En ese entonces no se admitía a una muchacha que no fuera virgen. Todo lo contrario, si se sabía que ya habías tenido relaciones y no te habías casado te excluían en los grupos de señoritas y los muchachos en los bailes no te sacaban a bailar. Generalmente una mujer que ya no era virgen y seguía soltera, andaba exclusivamente con casados. Lo que yo aprendí en mi pueblo es que la mujer casada no puede andar con otros; ella debe darse a respetar y guardarse únicamente para el marido, de lo contrario no es digna de juntarse con las señoras casadas. Pienso que esas mujeres no valen nada.

“En mi comunidad no había actividades de diversión. Casi siempre aprovechábamos el tiempo trabajando en el campo, ya sea que trabajando en hacer cinta para sombrero, cortes de alguna flor; en sí, no había muchas obligaciones. Cuando se llevaban a cabo las fiestas del pueblo, los jóvenes teníamos poca participación. Una de ellas era acompañar a los adultos en los rezos, repartir colación y limpiar cuando se terminaba.

“En mi pueblo las diferencias entre hombres y mujeres eran muy marcadas y desde pequeños nos educaban de manera muy distinta y las reglas que teníamos que seguir también eran diferentes. A nosotras no se nos permitía estar solas con el novio u opinar sobre labores del hogar, o decidir cuantos hijos deseábamos tener. No así a los muchachos. Ellos, por ejemplo, hacían lo que querían, sin rendir cuentas de sus actos a sus padres, menos a la madre y llegaban a la hora que deseaban, no se les censuraba para nada, no se cuestionaban sus actos. Las muchachas decentes no debíamos reírnos con nadie. Allí como se usaba el rebozo, si alguien se te acercaba, nos tapábamos con él la cara y nos agachábamos sin contestar al muchacho, así que se cansaba y se retiraba.

“Los cargos no eran para chicos, se necesitaba tener edad adulta, de preferencia casados y señores grandes de edad madura.

Nunca jóvenes, y mujeres ni mencionarlo, porque sólo servíamos para criar hijos y limpiar la casa. Si alguna mujer reclamaba su derecho a participar o a tener algún cargo la sacaban de la asamblea entre insultos, risas y demás.

“Yo me casé a la edad de trece años. A mi esposo lo conocí ahí mismo en mi rancho, crecimos juntos. Mis recuerdos al lado de él fueron muy tristes, pues fue muy desobligado; me golpeaba por todo, argumentando que era por culpa mía. Por cada niña nacida eran reproches para mí. Decía que ni para parir servía. Nunca arribaba gasto a la casa, pero eso sí, para golpearlos tenía esposa e hijos. Yo le decía: ‘aquí está mi lomo, desquítate contra él, pero a mis niños déjalos en paz.’ Siempre pensé en dejarlo, pero él me amenazaba, diciendo: ‘Si me dejas te mato o te dejo inválida, para eso eres mi mujer, aguántate. Además, quién te va a querer, ya no vales y estás llena de chamacos.’

“Mi pobre madre, cuando quería defenderme, se le iba encima; así que ella a veces prefería rezar para que no me golpeará tanto. A los catorce años nació mi primera hija. Reyna para mí fue una experiencia muy bonita, en parte porque estaba muy chica y porque pensaba que así ya no me sentiría tan sola y el maltrato por parte de mi esposo sería más soportable. La llegada del resto de mis hijos hizo más llevadera mi vida. Nos quisimos mucho, ellos han sido siempre mi razón de vivir, mis confidentes, mi apoyo moral.

“Me acuerdo que un día me levanté más temprano que de costumbre, porque mi chamaco, el menor, deseaba comer guajes; entonces nos alistamos para ir por ellos. A mí se me ocurrió invitar a una de mis primas quien tiene un esquinclé igual al mío, para que no se sintiera tan solo mi hijo. Llegamos donde estaban los árboles de guaje y enseguida los chamacos se pusieron a cortarlos. Más tarde almorzamos. Así después regresamos a la casa. Esto paso en dos ocasiones. La segunda vez, llevé a mis cuatro hijos. Mi niña siempre quería andar tras su padre, pero a mí nunca me gustó. Soy de la idea de que prefiero cuidarla yo y no su papá. Entre otras cosas a los hombres los dejaba en libertad de hacer lo que les viniera en ganas,

al fin ellos no pierden nada. Pero a mi niña sí había que cuidarla más, pues ella sí tenía mucho que perder. A mí nunca me agrado golpearlos, muy de vez en cuando los chicoteaba porque no obedecían o porque hacían males, pero casi siempre nada más los regañaba. Pero con su papá era distinto, él siempre los golpeaba hasta dejarlos a veces desmayados. La esperanza de que él cambiara terminó, porque antes y después del nacimiento de mis hijos mi esposo siguió siendo el mismo.

“Mi niña en la casa me ayudaba con el quehacer, mientras yo prendía el nixcomal, ella amasaba la masa para hacer las tortillas. Los chamacos no hacían nada porque ellos son hombres y el quehacer de la casa es para las mujeres. Yo no hice diferencia entre mis hijos. Los quiero por igual y también me llevo bien con ellos.

“Hasta ahora recuerdo el día que llegue a este lugar: contaba con 63 años. Parece que fue ayer. Yo estaba unos días antes de mi detención trabajando en limpiar un terreno para más tarde poder sembrar. Por la tarde abordé el autobús que me llevaría a México. ¡Qué lejos estaba de pensar en que ese día sería el último día en que vería mi choza! Mientras viajaba pensé en todo momento en regresar a mi pueblo y sembrar para mi sustento. En esas estaba cuando aproximadamente a las 11 o 12 de la noche, no recuerdo bien, el chofer nos despertó y dijo que bajáramos del autobús. Al hacerlo me asusté mucho. Ahí frente a mí estaban incontables soldados. Enseguida nos rodearon. Para eso, en el rincón del autobús se encontraban unas maletas y como yo iba a un lado, me dijeron: ‘¿Esto es suyo verdad?’ les contesté que no, que sólo llevaba una bolsa con semillas, ciruelas, un poco de frijol chino que pensaba regalar a mi pariente. Así es como respondí. Pero ellos me dijeron: ‘Cómo que no abuela, no se haga la chistosa, si usted viaja a un lado del bulto.’ Por más explicaciones que di, fue su palabra contra la mía. Más tarde me llevaron a los “separos” mis cositas y la supuesta carga no apareció, pero ellos se mantuvieron en decir que era mía. A los tres días me trasla-

daron al Cereso, donde alguien me leyó una supuesta declaración que yo hice, pero yo no había dicho nada, si con trabajos hablaba español.

“Por más intentos que hice para que entendieran que no había dicho la mayoría de cosas que estaban ahí escritas, no me creyeron y me sentenciaron a once años y ocho o nueve meses. La reacción de mi hijo fue de llanto e impotencia, pero él no podía hacer nada por mí, porque él también está en las mismas circunstancias que yo. Aquí la única visita somos él y yo, porque nadie más viene a vernos.

“Mi llegada al Cereso fue buena, dijera yo, porque enseguida pensé que me golpearían; pero fuera de levantarme a las 6 de la mañana para hacer mi talacha, todo está bien. Las compañeras en su mayoría son amables conmigo. Recuerdo el día en que me enfermé, llegué a pensar que me moría.

Las compañeras me escribieron cartas de ánimo, incluso Elena de Hoyos me visitó. Cuando la vi parada junto a mí, no la reconocí, hasta que me habló, oí el tono de

¡Qué lejos estaba de
pensar en que ese día
sería el último en que
vería mi choza!

su voz por demás dulce. Enseguida me sentí en confianza. A mi regreso las compañeras me recibieron con abrazos y sonrisas. Mis momentos de alegría son cuando hay algún convivio, o cuando me animan diciéndome: ‘ya mero te vas Morelitos.’ Entonces mi cara se ilumina de felicidad, porque pienso en mi chocita, en mi hijo y en el campo. Existen momentos muy tristes en este lugar. Por ejemplo, para mí la Navidad era símbolo de reunión familiar, allá en mi rancho, aunque pobremente, pero juntos. Aquí las compañeras sólo se reúnen con gente ruidosa o conflictiva. Las ancianas como yo y algunas que no les gusta convivir con ellas, nos tachan de amargadas y a la menor oportunidad nos hacen víctimas de burlas e insultos.

“Las actividades aquí son muchas, pero alguien de mi edad nada más puede aspirar a reunirse con algún grupo religioso; por

las mañanas y noches, dependiendo de la persona que me alquila para bordarle sus servilletas, es como me apuro. Al terminarlas sé que con lo que recibiré podré comprar mi jabón. Y así sucesivamente, hasta lograr tener lo indispensable, pienso mientras bordo: 'con estos veinte pesos ya me alcanza.' Aquí por lo general las mujeres que reciben visita y tienen pareja en el área varonil son quienes alquilan a otras internas para su limpieza, lavado de ropa, entre otras cosas. Casi siempre a las más pobres, a las amoladas, a las que somos del campo nos humillan, y más si somos indígenas. En este lugar existen los grupos de las que tienen posibilidades económicas, que son las mismas protegidas por las autoridades del Cereso. Otro grupo son las lesbianas, en su mayoría conflictivas, donde no tienen cabida las 'espantadas' como ellas nos llaman. Nosotras somos del grupo indígena y humilde, algunas urbanas se juntan con nosotras, nos enseñan a hacer manualidades, pero ellas también sufren las consecuencias de estar con nosotras.

"Así es como vemos transcurrir el tiempo, entre el bordado, tejido y listas de asistencia, ya que carecemos de medios económicos como para comprar material que nos piden en los diferentes cursos."

He concluido la historia de Morelitos. En ella descubro situaciones que antes no comprendía: como cuando llegué a este Cereso. Mi primera impresión de las compañeras fue compararlas con pirañas por el hecho de observar como se devoran entre ellas. Alguien más las llamó hienas, por su marcada hipocresía y falta de valores. Sin embargo, después de escribir las historias de Morelitos y Flor de Nochebuena, pienso que por ese pequeño grupo de personas con nobleza y honestidad, vale la pena seguir intentándolo.

Morelitos: el escribir tu historia ha sido para mí una puerta abierta, la cual me permitió viajar a tu pasado; incluso me atrevo a decir que has dejado en mí el legado de tu esencia por la vida y quizá yo podría describir mi experiencia contigo con mil detalles, sin embargo en esta ocasión con simplicidad permíteme darte las gracias por compartir conmigo la grandeza de tus años.

Recuerdo de mi niñez con mi mamá

Rosa Salazar

Rosa era una muchacha bonita. Le gustaba mucho salir con su mamá porque ella le decía que era bonita. Ella era gordita, trenzada. A su mamá le gustaba peinarla con trenzas. Y su abuela le llamaba siempre “mi niña bonita”; a su papá le gustaba que fuera gordita. Cuando ella tuvo 14 años se puso delgada, era talla 32, quiero estar como antes, pero...



El sueño de agua sucia

Alejandra Reynoso

Caminaba en una calle llena de agua sucia que me llegaba a la cintura, había varias personas que sacaban a los niños, yo tenía a 2 niños en mis brazos y no sabía que hacer porque

una ancianita se estaba ahogando. Comencé a llorar con tristeza porque no podía salvar a la señora, pero caminé hacia la anciana y le dije que se agarrara de mi pantalón y comencé a caminar hacia arriba donde creí que estaría a salvo, pero entre más caminaba, más me hundía con los dos niños y con la señora; entre más caminaba me sentía más débil, sentía que me desmayaba, no tenía fuerzas pero no quería que los niños se ahogaran. La señora se cansó de luchar por su vida porque me dijo que tratara de salvar a los niños, que ella estaba cansada de luchar pero que yo podía luchar porque estaba joven y puedo hacer muchas cosas para ayudar a las personas, la dejé en una tabla y seguí caminando, no podía salir de esa agua sucia que me rodeaba y las personas que buscaban la salida no la encontraron, e igual que yo estaban desesperadas, yo no supe que fin tuvieron los niños porque me desmayé y cuando desperté estaba en mi cama.



Mi sexo cautivo

Águila del Mar

No juzguen mi moral
ni se espanten de mis
actos impuros
elijo ser virgen o serpiente
con el sexo cautivo
tengó un carácter un solo cuerpo
Elijo la cama donde me acuesto
y mi semental para montar
Elijo dar rienda suelta a mis
deseos reprimidos, animal salvaje
bajo la mirada de los
cíclopes, sometida
a reglas puritanas.
Noches solitarias
era nómada siempre sola
soy cautiva, sigo sola
tengo frío
mi invierno no acaba.
Sueño con caricias y besos
escondidos
Me gusta ser mujer
para plasmarme
con una pluma
viajo a través de la imaginación
y le hago el amor
a la nada.

4. Leo: ¿Quién te dijo que las mujeres tienen derecho a enamorarse?

Carlota Cadena y Leo Zavaleta

Una primera versión de esta historia fue escrita por Carlota Cadena en base a una serie de entrevistas que le hizo a Leo Zavaleta, pero a lo largo de los casi dos años que duró nuestro taller de “Historias de vida”, Leo aprendió a escribir y quiso completar su historia, incluyendo detalles que había olvidado en las largas entrevistas con Carlota. Con su letra temblorosa, insegura todavía, pero reflexiva y contundente en su narración, nos entregó varias páginas escritas a mano que nos sirvieron para completar esta versión. Es así que esta narración ha sido escrita a cuatro manos, a la vez que se fue construyendo entre las autoras un vínculo de solidaridad y amistad que ha venido a hacer más tolerable la difícil vida de la prisión.



Leo es prima hermana de Altagracia, otra compañera cuya historia escribí en nuestro taller y por lo cual pensé que podría interesarle contarme su vida para nuestro libro colectivo. Los sufrimientos de Leo durante su niñez, son muy parecidos a los que pasó su prima Altagracia, y muchas otras mujeres que estamos aquí adentro, espero que esta historia nos ayude a entender las injusticias por las que pasó y por las que hemos pasado muchas de las que vivimos en Atlacholoaya.

Comenzamos por su infancia, ella nació en un pueblo llamado Hacienda Vieja, Guerrero, el 6 de noviembre de 1959. Es la primera de ocho hermanos, de los cuales vivieron seis, pues uno

murió de cinco años y otro de 42. Sus abuelos hablaban el idioma tlapaneco, pero ella nunca lo aprendió. Pasó su infancia entre Hacienda Vieja y el pueblo de Tlacotepec, éste también en el estado de Guerrero, en donde vivía su padre. Porque sus papás estaban separados, vivió un tiempo con su madre y otro, con su padre. Ella recuerda esta etapa de vida:

“Mi papá me llevó a vivir con él desde mi primer añito de edad, a partir de entonces fui muy feliz, aunque esta felicidad me duró muy poco, si hubiera podido eternizar esos años, hoy estaría con él, pero no pudo ser así, la fatalidad del destino nos separó. Aunque fueron pocos años los que viví con él, lo recuerdo muy bien, su imagen se quedó grabada en mi memoria. Quizá no tanto su rostro, pero sí muchos detalles de mi vida con él. Por ejemplo, cuando quería cortar una fruta de un árbol, me tomaba en sus brazos y me levantaba tan alto como podía, diciéndome ‘anda mi niña, tú puedes,’ o corría a levantarme cuando me caía. Recuerdo como me enseñó a pescar, como corría a abrazarlo cuando llegaba del trabajo. Él cubría mi carita de besos. Era su única hija, pues su mujer tenía puros hombres, por eso me tenía bien consentida. Melquíades era su esposa, pero yo le decía mamá.

Un día, cuando yo tenía siete años, lo invitaron a una fiesta, se despidió de mí y de Melquíades, diciendo ‘regreso temprano.’ Nadie imaginaba lo que iba a pasar. Esa misma madrugada llegaron unos hombres a avisarle a Mel que mi papá nos quería ver. Mi madrastra me vistió y nos fuimos con mis hermanos. Cuando llegamos encontramos a mi papá tirado en un petate, todavía con vida. Nos dijo: ‘acérquense para darles mi bendición’. Mi abuela ya estaba ahí y nos acercó a todos para que nos despidiéramos de él. Vi como se fue quedando dormido, y al ver su cara con expresión tranquila, pensé: “Mi papi duerme”. Pero más tarde vi como lo ponían en una camilla para llevarlo de regreso a nuestra casita de palma. La cuadrilla donde lo mataron quedaba como a dos horas de camino de nuestra casa, íbamos con el cuerpo pero yo seguía sin entender. Hasta el otro día que lo llevaron al panteón y observé como lo baja-

ban a un pozo envuelto en un petate y le echaban tierra encima; me di cuenta que se había ido para siempre. Comencé a llorar. Después le pregunté a mi hermano mayor porqué le echaban tierra encima y él me explicó, llorando, que nuestro papá estaba muerto que le habían dado un balazo cuando venía de regreso a la casa.”

Leo recuerda esta pérdida con mucha tristeza, pues dice que su padre fue un buen hombre, pues nunca le pegó o la maltrató, únicamente recuerda cosas buenas de él. Cuenta que era un hombre muy alto y delgado; de ojos claros, pelo chino y muy patilludo.

Siempre cargaba un arma grande con la cual amenazaba a su mamá y le decía que si algo malo le pasaba a su hija, con esa arma la iba a matar, pues ellos estaban separados y le preocupaba que alguna de las parejas de su mamá le pudiera hacer algo a Leo. Sus temores estaban bien fundados, pues su padrastro la violó a la edad de cinco años, de lo cual nunca se enteró su papá, la única que se enteró fue la abuela materna, a quien Leo se acercó llorando y lastimada, pero ella le aconsejó que nunca se lo dijera a nadie, que guardara el secreto, porque su padre podría matar a su mamá como muchas veces lo había advertido. Su abuela le insistió en que se trataba sólo de un sueño, a pesar de que en su cuerpo ella podía sentir las huellas de la violación. Leo me cuenta que le llevó años entender que había vivido una violación. “Yo nunca supe que alguien me había violado. Yo nomás sentí ese dolor y sentí que algo me metieron en mi vagina, por eso dije que había sido un palo, porque yo nunca supe que fue. Hasta que tuve once años de edad y otro hombre me tomó a la fuerza, entendí lo que había pasado.”

En su narración describe la manera en que su vida cambió a partir de la muerte de su padre: “Recuerdo como pasaron los días, al principio lo extrañaba mucho porque todos los días iba gente al rezo y llevaban a sus hijos. Yo me ponía a jugar con ellos. Cuando terminó el novenario me sentí cada vez más triste, su ausencia me llenaba el pecho. Un día que mi abuela me vio llorando me dijo: ‘Ves aquel lucero, ese es papá, desde allá te cuida.’ Pero no fue cierto, porque como al mes apareció mi verdadera madre y mi vida cambió

por completo. Yo ya la conocía, pues en algunas ocasiones mi papá me llevaba a verla, pero yo no la quería. Por eso cuando llegó, mi corazón dio un vuelco, como si presintiera todo el sufrimiento que se avecinaba. Me abracé con todas mis fuerzas de mi madrastra, pero mi madre vociferando, de un tirón me separó de la única mujer que hasta entonces me había querido y cuidado. Así comenzó mi calvario.

“Cuando llegamos a su casa, sus otros hijos, que eran mis medios hermanos, se miraron como diciendo ‘otra boca más, menos va a alcanzar la poca comida que tenemos.’ Entonces comprendí que las cosas no andaban bien, éramos muy pobres y sólo comíamos una vez al día. Por las noches nos daban un té y tres galletas. Desde entonces comenzó mi martirio y mi amarga realidad. A los ocho años comencé a trabajar en el campo, me pagaban cuatro pesos por jornada, con los cuales compraba maíz para hacer nixtamal, para hacer tortillas y darles de comer a mis hermanos, pues mi mamá todos los días desde temprana hora se dedicaba a hacer trastes de barro para vender, pues prácticamente ella era padre y madre para nosotros, ya que desde que se separó de mi padre, sólo tuvo parejas ocasionales, pues únicamente vivían temporalmente con ella. Por esta razón todos somos medios hermanos, tenemos diferentes padres.

“Por su trabajo, mi madre se venía muchas veces a Morelos a vender sus ollas y nosotros nos quedábamos con mis abuelos, así que teníamos que convivir con mis primos y mis tíos, los cuales nos hacían muchas maldades, pues a mí y a mis hermanitos nos amarraban, y como algunos eran más grandes que yo, nos lastimábamos entre nosotros, pues mis parientes nos hacían muchas cosquillas y así amarrados, al movernos nos golpeábamos sin querer. A mí sus juegos me daban mucho coraje, porque ellos se divertían sin importarles que nosotras nos lastimáramos.

“En esa época también comíamos muy mal, porque mi abuela no tenía que darnos de comer. Recuerdo que ella calentaba agua, le ponía limón y sal y con una tortilla cada quién, nos daba

de comer. Era lo único que había: agua con tortilla. Otras veces ponía a hervir un huevo y echaba el huevo duro cortado en pedacitos al agua caliente. Esa era nuestra comida. Recuerdo muy bien que era tanta el hambre, que mi hermanita más pequeña, se comía los chintetes casi vivos. A mi abuela le daban a cuidar las chivas y las vacas a cambio de eso le daban maíz, para que nos diera de comer y nosotras teníamos que ayudarle a cuidar los animales. Nos íbamos a las casas a pedir las tortillas duras, había veces que nos las daban ya enlamadas, las lavábamos y así nos las comíamos. Cuando mi mamá llegaba otra vez, era cuando nos compraba un poco de ropita o algo para comer.

“En mi pueblo había caciques que controlaban la tierra y la gente pobre trabajaba para ellos. Eran hacendados que tenían mucho dinero, tierras, ganado y muchos peones. A los que agarraban las yuntas les llamaban gañanes. Los caciques tenían muchas mujeres, tomaban a las que querían. Mi mamá fue mujer de uno de esos caciques y con él tuvo tres hijos.

Los niños también trabajábamos limpiando la milpa. A mí me pagaban cuatro pesos al día. Pero para que me ganara esos cuatro pesos tenía que sacar el surco como lo sacaban los hombres. Para hacer un surco trabajaba un montón hasta terminaba mareada. Si no terminaba todo el surco no me pagaban los cuatro pesos y entonces mi mamá me pegaba.

Me acuerdo con tristeza que yo nunca tuve un juguete, ni siquiera tiempo para jugar, ni para ir a la escuela. Pues mi mamá decía que no podíamos perder el tiempo yendo a la escuela, porque teníamos que ayudarla en la casa. Eran tiempos muy tristes, porque mi mamá me golpeaba mucho y para que aprendiera a echar tortilla nos quemaba las manos con las tortillas calientes y me las machucaba con el meclapil. De mi mamá nunca supe lo que era una caricia, un cariño o un te quiero, jamás. Pero lo que más me dolía eran las diferencias que hacía entre mis hermanas y yo, ellas sí iban a la escuela, podían jugar, a ellas les compraban ropa nueva, aunque fuera corriente, pero nueva. Mientras que a mí me vestían con ropa

usada. Cuando le reprochaba a mi mamá, ella me contestaba que su padre se las compraba y que como yo era huérfana no había quien me comprara nada. Yo tenía un hermano mayor, pero él no aguantó los maltratos y se fue de la casa, sólo venía a visitarnos de vez en cuando. Poco a poco me di cuenta de que mi madre nunca me quiso.

“Un día, por ejemplo les compró una muñeca a mis hermanas, yo se las pedí un ratito prestada, pero me dijeron ‘tú ya estás grande para jugar con muñecas.’ Entonces busqué unos trapos viejos y me hice una muñeca de trapo. Mis hermanas fueron con el chisme con mi mamá y ella me la quitó y la rompió dándome unas cachetadas: ‘No te da vergüenza que ya estás tan grandulona para jugar con muñecas, ellas están chiquitas,’ me dijo. Yo no aguantaba tanta injusticia, entonces le comencé a gritar: ‘Dime entonces cuando fui niña para ti, desde que llegué a vivir contigo me hiciste grande y apenas tengo diez años. No soy grande como tú dices y sin embargo desde que tenía la edad de tus hijas ya me mandabas a trabajar al campo.’ Entonces me dio otras cachetadas, diciéndome ‘lárgate a lavar la ropa.’

“Cuando llegué al río, mientras remojaba la ropa me quedé pensando que si me muriera, me quitaría de sufrir y me iría al cielo con mi papá. Entonces se me ocurrió una idea: en la orilla del río había una planta que daba una flor parecida a los alcatraces, tenía un corazón apetitoso color naranja y se sabía que era venenosa. Caminé hacia la planta para comérmela, mientras pensaba en mi padre y en que pronto estaríamos juntos. Comencé a comerla, tenía un sabor amargo y baboso. Cerré mis ojos para tragármela más rápido. Entonces escuché la voz de mi abuelita que me decía: ‘Qué haces mocosa taruga.’ Yo le contesté que quería morir para estar con mi papá, ‘mi mamá no me quiere, me pegó y me rompió mi muñeca.’ El veneno de la flor comenzó a hacer efecto y me empezó a doler el estómago, entonces mi abuelita les gritó a mis primas para que le hablaran a un señor que era curandero y vendía medicinas de todo tipo; él se llamaba José Valles. No sé qué tantas cosas me hicieron, aparte de lavarme el estómago. Me fui quedando dormida y cuando

desperté mi mamá estaba furiosa, porque mi abuelita le había pegado. Ella si me quería y se preocupaba por mí, me regañó y me dijo: 'chamaca tonta por poco y te mueres, ¿quieres irte al infierno?, Dios no perdona a las personas que se quitan la vida.' Yo le prometí que no lo volvería a hacer.

"Fue ella, mi abuela materna, la que me dio cariño, ella sí nos trataba bien. Ella nos hablaba en su idioma, entendíamos mucho, pero no lo aprendimos. Cuando mi mamá se iba a Cuernavaca a trabajar ella nos cuidaba; le ayudábamos a juntar el algodón o bolas de cacahuananche para hacer jabón o higuerilla para hacer aceite. Mi abuela estaba criando a otras tres nietas que le había dejado una hija que desapareció, una de estas niñas era Altagracia, mi prima que también está aquí en Atlacholoaya.

"Pero un día mi madre decidió separarme de mi abuela. Nos fuimos a vivir a un lugar que se llama Las Ventanas, ahí vivía una hermana de mi madre, estaba lejos como a ocho horas de camino.

Era un lugar muy frío, no había ningún servicio. Igual que en Hacienda Vieja, también íbamos a traer agua al río e íbamos al baño de <aguilita>. Sólo que ahí había más trabajo. Parecía que las cosas iban a mejorar porque había más comida, se sembraba mucho la papa, las habas y otras cosas más. Ahí mi madre se juntó con otro hombre.

"Todo estaba tranquilo, pero aunque tenía como 11 años, en la casa teníamos una tiendita, mi mamá había salido de compras y a mí me había dejado a cuidar la tienda y a mis hermanos; pero también me había dicho que acarreará agua. Cuando planeaba hacerlo, llegó un hombre a la tienda a comprar unos refrescos y se quedó



buen rato. Yo no sabía qué hacer porque no podía cumplir el encargo de mi mamá hasta que el hombre se fuera. Estuve esperando buen rato y hasta que llegó mi mamá, salí corriendo a acarrear el agua para que no se enojara. Cuando salí, el hombre me empezó a seguir y me llevó a la fuerza a un monte. Ahí me tuvo toda la tarde y después me llevó a su casa. El era un hombre de veintitantos años, se llamaba Severiano, yo era todavía una niña, tan sólo tenía 11 años, todavía no me venía mi menstruación.

“Me tomó a la fuerza, con brusquedad, ni siquiera me hizo una caricia. Haga de cuenta que era un animal. Después me empezó a reclamar que ya no era virgen, me agarró de los hombros y me sacudió. Me dijo: ‘¿quién se acostó contigo antes?’; yo no entendía la pregunta, no sabía de que me estaba hablando. Todavía que me había tomado a la fuerza me reclamaba que no fuera virgen. Fue hasta entonces que entendí lo que me había pasado con mi padrastro, no había sido un sueño como decía mi abuelita, sino una violación.

“Después de que este hombre abusó de mí, ensilló un caballo que tenía, se subió en la bestia y a mí me llevó caminando descalza porque había perdido las chanclas cuando me robó. Me llevó a un lugar llamado Toro Muerto, en donde me tuvo secuestrada y siguió abusando de mí. Después me dejó encargada con sus primas, y se fue a traer a sus hermanas y a su mamá a un pueblo que se llamaba Paraíso, quería que su mamá hablara con la mía para avisarle que ya era su mujer. Yo lo único que quería hacer era escaparme, estaba segura de que no quería quedar con ese hombre.

“Mi mamá y mi tío finalmente me encontraron. Cuando llegaron le dije a mi mamá que quería regresar con ella, porque ese hombre me había llevado a la fuerza y yo no lo quería, pero mi mamá no quiso llevarme, pues me dijo que ahora me tenía que aguantar y quedarme como mujer de mi violador, pues si no lo hacía, iba a ser el juguete de cualquier hombre. ‘Si no te quedas con él, vas a ser hasta de los perros’, me dijo. Desde su forma de pensar yo ya no tenía ningún futuro si no aceptaba casarme con el hombre que había abusado de mí, pues para ella una mujer que ya había estado con algún hombre y ya no era señorita, ya no valía nada. Yo tenía

mucho coraje contra ella, porque no me había cuidado, había dejado que su amante abusara de mí y ahora quería que me quedara con este hombre que me había tomado a la fuerza.

“Como mi madre me rechazó y yo no quería quedarme con ese hombre, decidí irme a vivir con mi tío, que era cuñado de mi mamá, mi tío Pifas. Mi hermano mayor ya vivía con mi tío, pues no había querido seguir viviendo con mi mamá por el mal trato que nos daba. A él le conté todo lo que me había pasado y cómo esta violación me había hecho entender que lo que viví de chiquita, no había sido un sueño, sino que mi padrastro había abusado de mí. Él se enojó mucho con mi mamá y decidió traerse a mis dos hermanitas chiquitas que vivían con ella, pues corrían el mismo peligro. Después de unos días, el hombre me fue a buscar a casa de mi tío, pues quería pedir mi mano para casarse conmigo, pero yo no lo quería ni tenía ninguna intención de casarme con él, pues yo era únicamente una niña. Llegó armado con sus dos hermanos, pero mi tío y mi hermano también tenían una escopeta y le dijeron que yo no lo quería, que me había llevado a la fuerza y que no era mi voluntad vivir con él. Los corrieron, pero sabían que iban a regresar. Allá no había autoridad con quien poner queja, era la ley del más fuerte.

“A mi tío le dio miedo de que ese hombre regresara y me llevara a la fuerza, porque según su forma de pensar yo ya era su mujer y tendría derecho de hacerlo si lo hubiera querido. Entonces mi tío para quitarse problemas me fue a entregar de nuevo con mi abuelita. Pero para ella recibirme era una gran carga, pues ya había quedado viuda y era responsable de otros tres nietos aparte de mí, por lo cual no pudo recibirme y me llevó con otros tíos. No parecía haber lugar para mí en ningún lado, después de que ese hombre abusó de mí.

“Estos tíos vivían en un pueblo que se llama San Miguel y no habían tenido hijas, puros hombrechitos, así que me recibieron encantados. Yo le ayudaba mucho con la cocina. Andábamos juntos para todos lados, pero como nada es eterno cuando cumplí 13 años, mis tíos me regresaron a Hacienda Vieja. Para ese entonces mi

madre y mis hermanos ya estaban también de regreso en el pueblo y vivían con mi abuelita. Todo parecía tan tranquilo, que no sospechaba que mis sufrimientos no habían terminado.

“Empecé a sufrir el acoso de varios hombres. Las ideas que había en mi pueblo es que si ya habías estado con un hombre, ya cualquiera podía usarte y dejarte. Las mujeres que no tenían quien las defendiera y que ya habían tenido un <fracaso>, ya cualquiera las tomaba y las usaba. Eran unos chacales, unos animales, pienso yo. Un día me dejaron sola con los niños más chiquitos. Todos se había ido a trabajar y yo me quedé a hacer la comida. Estaba yo moliendo cuando llegaron unos muchachos que eran mis vecinos, así que no me asusté. El mayor se acercó a mí para saludarme, y me empezó a decir que quería que fuera su mujer, yo le dije que no que era muy chica para casarme. Él me amenazó que si no aceptaba ser su novia, que me iba a llevar a la fuerza, que le haría una seña a sus acompañantes para que le ayudaran a raptarme. Yo me asusté y le dije que estaba bien, que me aceptaba con la condición de que esperara seis meses y que durante ese tiempo no se me acercara. Se llamaba Pedro y se encargó de correr la noticia de que yo era su novia y que nadie se debía acercar a mí.

“Pero yo tenía otros planes. Todo ese tiempo me la pasé buscando cómo salir de ese lugar. Un día mi hermano le dijo a mi mamá que se pensaba llevar a una muchacha. Entonces mi mamá le dijo: ‘se me ocurre una idea, le voy a decir a don Juan que nos preste dinero para que se vayan a Cuernavaca, tu novia, tus hermanas y tú.’ Don Juan era un señor ya grande, de unos 50 años, pero era muy rico y seguido pasaba por ahí porque vendía ropa. Era casado y mi madre se llevaba bien con él. Nos dijo que al día siguiente don Juan pasaría por nosotros y nos llevaría a Tlacotepec, a tomar un carro para Cuernavaca, Morelos. Este señor vivía en Tlacotepec y nos llevó a casa de sus padres, dos viejitos que nos trataron muy bien y nos dieron de cenar y un lugar para dormir. Yo estaba feliz por dos razones: porque por fin me escaparía de Pedro, con quien no me quería casar y porque me iba a subir por primera vez a un

carro. No dormí en toda la noche por la emoción. Al otro día nos paramos muy temprano para tomar el autobús. Don Juan nos llevó hasta la terminal, pero cuando nos íbamos a subir al carro, le dijo a mi hermano que no le alcanzaba el dinero para los cuatro y que yo me tenía que quedar. Yo le dije enojada que 'por qué yo, porque no se quedaba otra de mis hermanas.' Me respondió: 'No te preocupes, yo mismo te voy a llevar en ocho días con tus hermanos.'

"Don Juan me regresó con sus papás y yo pensé que me iban a poner a trabajar, pero don Juan se fue y me extrañó mucho que los viejitos no me dejaran hacer nada, ellos tenían sirvienta que se encargaba de todo. Pasaron tres semanas y de don Juan, ni sus luces. Yo estaba preocupada, cuando de repente apareció. Yo le reclamé que porque me había engañado, él me tomó de la mano y me sentó en la sala, ahí me contó que mi mamá me había vendido. Me dijo que no había venido porque estaba preparando el rancho donde yo iba a vivir, 'tú ahí vas a ser patrona, vas a tener tus sirvientas para que te ayuden con la comida para los peones, yo no voy a vivir contigo porque tengo otra mujer, pero voy a ir de vez en cuando a dormir contigo.' Yo estaba muy asustada, pero aún así me atreví a contestarle: '¿No se da cuenta de que soy sólo una niña y que no lo amo, usted es un señor que podría ser mi abuelo!' No le hizo ninguna gracia mi respuesta, y me contestó: '¿Quién te dijo que las mujeres tienen derecho a enamorarse?, eso es para los hombres.' Yo pensé para mis adentros: 'viejo rabo verde.' Sólo le hice una pregunta: '¿mi hermano sabe que mi madre me vendió?' Me contestó que no, pero que le iba a dar mucho gusto cuando me viera vestida como una reina. En ese momento me dio un fajo de billetes y me dijo: 'Toma para que te compres lo que tú quieras; regreso en la tarde por ti.'

"Cuando don Juan se fue, aventé el dinero y salí corriendo, pues cruzando la calle vivía su cuñada. Llegué con ella y le conté todo lo que pasaba. Ella coincidía conmigo de que era un viejo cochino y rabo verde y se ofreció a ayudarme. Me llevó con una maestra que tenía un niño de meses. Ella me recibió en su casa y me dijo: 'Ya me contaron tu problema; yo también te voy a ayudar pero nada

más te voy a pedir dos cosas: una es que cuides bien a mi hijo y otra es que no le abras la puerta a nadie, si quieres algo de la calle yo te lo puedo traer.' Yo le prometí que cuidaría a su hijo y que no abriría la puerta, pero le pedí que si veía a mi abuelita, Pifania Rosas, que le avisara que estaba en su casa y que me quería regresar con ella. Pasé quince días con la maestra, hasta que una tarde mi abuelita llegó a la plaza a vender verduras y me mandó avisar que pasaría muy de madrugada a recogerme. Don Juan estaba furioso, así que me tuve que ir a escondidas. Seguía preocupada de regresar a casa de la abuela porque sabía que Pedro me estaba esperando allá y que ya se iba a cumplir el plazo de los seis meses.

"Al llegar a Hacienda Vieja, mi abuela le reclamó a mi madre que por qué me había vendido; pero ella furiosa lo negó todo. Pedro me empezó a asediar y yo no sabía qué hacer, no salía de noche y me subía a dormir a los árboles donde guardaban las hojas para los animales. Lo único que quería era escapar, pero no podía hacerlo. Fue entonces que una comadre de mi mamá vino a decirme que su tío quería verme. Yo lo conocía porque había vivido algún tiempo en la cuadrilla, pero había salido huyendo porque había matado a unos señores. Él venía de vez en cuando a visitar a su sobrina. Esa noche fui a verlo y él me dijo que sabía lo que me estaba pasando y que si quería, él sería la solución a todos mis problemas. Me quedé pensando: 'bueno a éste tampoco lo quiero, pero si no me voy con él, Pedro en cualquier momento me va a secuestrar y me va a llevar por las malas.' Yo para zafarme de él le conté todo lo que me había pasado, que ya no era señorita; pero él me dijo que no le importaba, que me quería para su mujer y si no aceptaba me amenazó con que me 'iban a dar pueblo entre varios.' Dar pueblo significa que te violan entre todos y te dejan desnuda tirada en el camino y queman la ropa, para que todos te vean y te avergüencen. Yo no quería que me dieran pueblo, así que tuve que aceptar y me fui con él.

"Nos fuimos a otra cuadrilla que se llama Las Pilas. Éste fue el peor error de mi vida. El tipo era un psicópata y a los ocho días me dio mi primer golpiza, era un borracho, drogadicto, que me pegaba por todo. Al año de vivir con él tuvimos una niña; el muy in-

feliz no quería a mi bebé y cuando lloraba le tapaba la boquita. Me decía que no era de él. Como él se la pasaba borracho, yo tenía que ir a trabajar en el campo y dejar a mi bebé con una vecina.

“Un día cuando llegué de la milpa, a mi niña le había picado un alacrán. Todavía la alcancé con vida y traté de darle pecho; pero cuando le di de comer mi niña murió en mis brazos. Tenía apenas cuatro meses de nacida. Para mi mala suerte había quedado embarazada de mi segundo bebé, pero el tipo me golpeaba con tanta brutalidad y me decía que no servía para tener hijos. Así que por los golpes mi segundo bebé nació muerto.

“Ya llevaba tres años a su lado, que para mí habían sido siglos. Poco a poco se había apoderado de mi voluntad y ya no tenía fuerzas ni para contestarle cuando jugaba baraja y me apostaba a sus amigos. Me maltrataba muchísimo; me quemaba, yo era su cenicero. Tengo cicatrices en todo el cuerpo. Nunca me perdonó que no fuera señorita. Sólo me llevó para darme mala vida. Tengo una cicatrizota en la espalda y otra en el pecho que me hizo con cigarrillos. No me compraba ropa ni zapatos, y me puso a trabajar. Nos vinimos a vivir a Morelos y yo me metí de sirvienta en una casa. Él salía a trabajar y yo pensaba: ‘ojalá y lo mate un carro por allá, y nunca regrese’.”

Traté de huir con la niña y
él me dio una patada que
casi me saca un ojo

“Como el hombre no me dejaba en paz, rápidamente me embaracé de mi tercer hijo. Otra vez fue niña. Dicen que Dios nunca se equivoca, yo lo creo, porque gracias a que fueron niñas yo pude sacar fuerzas para dejar a ese tipo. Un día mi niña estaba llorando porque quería un dulce y el tipo ese le pegó en su boquita y le sacó sangre, de un salto le quité a mi bebe y le di un aventón que lo tiró al suelo, le dije que con mi niña no se iba a meter. Traté de huir con la niña y él me dio una patada que casi me saca un ojo. Fue entonces que me armé de valor para dejarlo. Primero fui con mi madre para pedirle ayuda, y como era de esperarse no me quiso ayudar y entonces busque a mi hermano.

“Durante algún tiempo tuve que esconderme de ese tipo. Estaba en casa de mi hermano pero vivía con miedo. Yo creo que Dios me escuchó porque lo mataron en un riña de barajas. Cuando lo mataron di gracias a Dios y ni fui a reclamar su cuerpo, ni siquiera me presenté, no quise saber nada; lo recogieron sus familiares.

“Apenas tenía 17 años y ya estaba viuda. Inmediatamente empecé a vivir el acoso de los hombres. Pero ahora si conocí a una persona que me interesaba, pues habíamos crecido juntos y sabía como había sido mi vida y yo también lo veía con cariño, aunque nunca pensé que él sería mi pareja de toda la vida y el padre de mis hijas. Él era huérfano y sus familiares que lo recogieron no lo dejaban estudiar; él tenía que trabajar y cuidar a los animales. Pero era muy listo y le pedía al maestro las tareas y solito aprendió a leer.

“Se llamaba Eusebio y era un año menor que yo; él tenía 15 años, y yo 16. Cuando mi madre me dijo lo que había planeado para mí, fue cuando tuvimos que huir juntos. Nos fuimos a vivir a Cuernavaca. Cuando llegamos, rentamos un cuartito en Acapantzingo. Cada uno traía dos cambios de ropa y una cobija. Se puso a buscar trabajo de chalán de albañilería y lo encontró en Tabachines. Luego de dos semanas me compró una parrilla de luz, después una estufa. Yo tenía una máquina de coser y hacía ropita de niñas y mandiles que los salía a vender. Un día conocí una señora que al verme embarazada me invitó a vender Tupperware. Como no sabía leer, mi esposo me tuvo que enseñar, me tenía mucha paciencia, pues me enseñó desde las vocales, a escribir los nombres y apellidos de las clientas. Las cuentas las hacíamos juntos en la noche, cuando él llegaba de trabajar en Comisión Federal de Electricidad. Para ese entonces ya tenía dos hijas con él. Después de todo lo que yo había sufrido, encontrarme con este hombre, se me hizo como que Dios me había dado un premio. Él también había sufrido mucho, se crió con sus abuelos y sus tíos. Creció sin el amor de sus padres. Nadie lo vio con amor de hijo; fue un niño maltratado; pero siquiera le enseñaron a trabajar. Cuando empezamos a vivir juntos, él me prometió que me iba a dar todo lo que yo había deseado y me lo cumplió.

“Eusebio trabajó durante 15 años de velador en la Comisión Federal de Electricidad. Cuando tenía ese trabajo empezó a estudiar la secundaria. Cuando terminó, entonces comenzó a estudiar electrónica, pero no la terminó porque también para ese tiempo nació mi tercer hijo, Oscar. Cuando éste tenía cinco años se le terminó el trabajo a mi marido y nos fuimos a trabajar los dos a una Quinta, de cuidadores.

“Él siempre trataba de darme gusto. Me construyó una casa preciosa, que fue haciendo poco a poco; una casota como de ricos, con cuatro recámaras, sala, cocina, comedor y terraza. Cuando tuvimos a nuestra primera hija, me propuso matrimonio y me casé de blanco, por el civil y por la iglesia. Mi mamá no quiso venir a la boda porque seguía enojada conmigo por haberla hecho quedar mal con el cacique con el que me había vendido. Fue una fiesta sencilla. Sólo con nuestros vecinos; pero yo estaba feliz, se había hecho realidad mi sueño. Eusebio era un hombre tan lindo, diferente de esos tipos que me habían lastimado. Él me fue enseñando poco a poco a disfrutar de la sexualidad; al principio yo era muy reservada, muy quisquillosa. Todo lo que había vivido me había afectado. Pero me explicaba que era normal. Tuvo mucha paciencia y me llevó con un psicólogo para que me ayudara, y me decía: ‘Esos hombres que te lastimaron eran unos estúpidos; no te supieron valorar. Tú eres virgen por dentro, es virgen tu voz, es virgen tu corazón.’

“Éramos muy felices juntos, nunca peleábamos, ni me gritaba. Nuestra familia siguió creciendo porque cuando mi hijo tenía ocho años, murió mi hermano Tomás y dejó cuatro hijos sin registrar y yo me hice cargo de ellos, los adopté y les puse los apellidos de mis hijos. Los anoté en la escuela y traté de darles lo necesario hasta verlos crecer. Se fueron de mi lado cuando cada quien hizo su vida. Los dos más pequeños se fueron a Guerrero a visitar una hermana y allá se quedaron. Al principio los extrañaba mucho, pues los quería como mis hijos; ¿será porque eran hijos de mi hermano al que más quería?, porque para mí fue como un segundo padre. Él me quería mucho y me defendía de mi madre. También recibía

mucho maltratos de parte de ella; lo golpeaban mucho. Se enojaba y no estaba de acuerdo con que mi madre anduviera con uno y con otro hombre, y mucho menos que los metiera en casa. Por eso mejor se iba lejos con alguno de sus amigos. Yo no podía irme porque soy mujer, sino también me hubiera ido. Pasó el tiempo y yo sólo veía a mi hermano en ocasiones, hasta que se buscó una mujer y se vino a vivir a Cuernavaca. Cuando me junté con mi esposo, él me apoyó muchísimo pues cuando nos vinimos para acá estuvimos viviendo en su casa.

“Han pasado 35 años desde que me junté con Eusebio y tenemos tres hijos. Me dio y me da más de lo que me prometió. Y



seguimos juntos, tanto que llegamos juntos a este lugar. Pero nunca ninguno de los dos nos imaginamos lo que el destino nos tenía preparado.

“Sucedió como en todos los matrimonios: mis hijos ya estaban grandes; cada uno ya había hecho su vida.

Vivíamos los dos solos, tuvimos algunos problemas y yo me fui a vivir con mi mamá. El tiempo que yo estuve ausente no fue más de dos meses. Mi marido rentó la mitad de la casa, pues era demasiado grande para él solo. Yo iba a verlo de vez en cuando, pues él me daba dinero para comprar mi medicamento, ya que yo estoy enferma de diabetes y de asma bronquial.

“Y así fue que un día que me fui por mi dinero, él me pidió que le hiciera de almorzar, pues todavía estaba acostado. Yo estaba un poco débil todavía, me sentía enferma, pues tenía apenas dos días que había salido del hospital; me habían puesto suero porque me había subido el azúcar. Al abrir el refrigerador y no encontrar

nada para hacer el desayuno, fui a la tienda a comprar lo que necesitaba. Al regresar, estaba preparando y tocan el timbre. Mi esposo sale a abrir y grande fue nuestra sorpresa, pues eran como unos cuarenta encapuchados, que empezaron inmediatamente a golpear a mi marido y luego a mí también. Me llevaron a mi cuarto, me sentaron en la cama y me empezaron a interrogar. De lo que me preguntaban, les contesté que no sabía nada, que en esos momentos yo no vivía ahí, que le preguntaran a mi marido para que él les dijera que yo no sabía nada. Que les preguntaran a las personas que habían rentado la casa. Nos llevaron para México al SIEDO y allí me siguieron torturando. Cuando nos sacaron de la casa, ya llevaban a otras cinco personas, cuatro hombres y tres mujeres contándome a mí y a mi marido. Nos pasaron de uno en uno y nos desnudaron. Nos ponían una bocina de teléfono y se escuchaba una voz de mujer que nos interrogaba. Nos preguntaban que quiénes eran esos hombres, que a qué se dedicaban, a lo cual yo les contestaba que no los conocía y que no sabía de lo que me estaban hablando, pues esa era la verdad. Después de esas preguntas y maltratos me puse muy mal, pues por exponerme al frío me dio un ataque de asma al estar sin ropa y sin suéter, me vino una crisis muy fuerte, llegué a pensar que me iba a morir. Ellos también se espantaron, al verme tan mal me llevaron al hospital, en el cual estuve una semana. Después de esa semana, me llevaron al arraigo y fue ahí cuando empecé a conocer a esas mujeres que habían detenido conmigo. Y también fue cuando tuve noticias de mi marido, pues no lo había visto desde el día que nos detuvieron. Yo no quería saber nada de él, no lo quería ni ver, pero él pidió permiso para que habláramos y me explicara cómo habían estado las cosas. Ahí fue cuando me explicó como había rentado la casa y que nunca imaginó para que la iban a usar, y que él nunca quiso hacernos daño.

“Duramos un mes en el arraigo. Estamos en proceso, todavía no estamos sentenciados. No imagino cuanto tiempo vayamos a estar aquí, pero yo confío en Dios. Es nuestro único abogado, en el que confío con todo mi corazón. Pues él sabe que somos inocentes.”

Con tu dolor metido en el pecho

R. Áida Hernández

La semana pasada me vine a casa con tu dolor metido en el pecho. Tu historia me conmovió hasta los huesos y me sentí muy cercana a ti y a tu tragedia. Escucharte contar tu historia, con los ojos llenos de lágrimas, con la culpa y el arrepentimiento reflejado en el rostro, me hizo pensar en mi propia historia y en lo poco que separa mi mundo de tu mundo y, a la vez, en la gran distancia que existe entre tu vida y la mía.



Cuando describías tus noches de insomnio, la pre-menopausia y la manera en que todo esto profundizó tus crisis, pensaba en mis propios cambios hormonales, en mis noches de insomnio y en como la falta de sueño ha ido alterando mi carácter. Te veo y me veo a mi misma y pienso que sólo un hilo muy delgado separa las trayectorias de vida, de ustedes quienes se quebraron en un momento y nosotras las que estamos afuera y vivimos acechadas por miedos a punto de quebrarnos, con rencores y violencias controlados.

Te escucho hablar sobre tu amiga que vive atada a su silla de ruedas, sobre la manera en que la cuidas, la bañas y la llevas a la oración. Me conmueve la solidaridad que ustedes han logrado construir encerradas en estas cuatro paredes, en medio de tantas limitaciones. No son estas historias las que llegan a la prensa, a la televisión, que con su visión amarillista han contribuido a que los que estamos acá afuera imaginemos las prisiones como lugares poblados por gente peligrosa, que vive en medio de violencia, vendettas, mafias, venganzas, que evidentemente existen en Atlacholoaya, pero que se ven compensadas por la amistad y la solidaridad como la que tú has ido construyendo alrededor tuyo.

Me imagino que tu propia historia, tu quiebre emocional, te une de alguna manera a tu amiga, y te permite a la vez tener una segunda oportunidad para darle a alguien lo que ya no le puedes dar a tu hija. Estoy segura de que ese amor y esa generosidad que aún tienes en tu espíritu te va a traer el perdón de tus hijos, tu propio perdón y el de Dios, que siempre es más generoso y compresivo que nosotras mismas. Estoy feliz de haber tenido la suerte de conocerlas a cada una de ustedes y de que te atrevan a usar la escritura para contar las historias de sus amigas y de alguna manera las tuyas propias.

Con cariño.

5. Luz: Viendo transcurrir la vida desde una silla de ruedas

Guadalupe Salgado



He decidido asumir un reto difícil para este proyecto de historias de vida: contar la historia de Luz, mi amiga y compañera que sufrió una serie de accidentes y enfermedades que la han dejado atada a una silla de ruedas desde donde, silenciosamente, ve transcurrir la vida del Cereso. Con dificultad se comunica con el mundo, pero yo he aprendido a entenderla y he ido construyendo un vínculo muy fuerte con ella, que se ha convertido en una parte importante de mi vida.

La primera vez que la vi, con su mirada perdida y su cuerpo contraído, no pude evitar sentir un poco de rechazo, tal vez miedo. Pensé que este no era

un lugar para alguien así. ¿Cómo podían mantener presa a alguien que ya no puede valerse por sí misma y que no representa ningún peligro para la sociedad? Después supe que no tenía a nadie en el mundo que se hiciera cargo de ella y que por eso habían decidido dejarla encerrada en este lugar en donde por lo menos tiene la solidaridad de algunas de nosotras.

Es tal vez, de entre todas las internas, una de las más desvalidas, al igual que muchas mujeres indígenas y campesinas, no sabe leer ni escribir, pero aparte, ha ido perdiendo el amor por la vida y poco a poco las palabras se resisten a salir por su boca. Hay muchas

historias alrededor de ella, algunos dicen que fue el desamor de un hombre el que la postró en su cama, que alguna vez fue una mujer coqueta, vital, que vivía permanentemente enamorada, pero que un desengaño le robó la energía y poco a poco se fue convirtiendo en el remedo de persona que es ahora. Otros dicen que fue la culpa, que mató a su hija adoptiva, en complicidad con su amante y que no pudo perdonarse a sí misma. Ella a veces cuenta que mató a su amante por violar a su hija y que fue ese homicidio el que la trajo aquí. Otras relatan que fue su hija la que murió en manos de su amante. No sé cual de todas las versiones sea cierta, pero he decidido contar



su historia, la que ella se cuenta a sí misma y la que ha logrado compartirme con dificultad a través de monosílabos y conversaciones entrecortadas, a lo largo de estos dos años de amistad.

Luz nació en un pueblo llamado Santa María, en donde se hablaba el idioma

tlapaneco, en el estado de Guerrero, el 31 de julio de 1940. Me comparte los recuerdos de su pueblo y lo describe como un lugar muy bonito, lleno de cedros, palos de ciruela, guamúchiles blancos y morados. Su niñez es de los recuerdos hermosos que la han acompañado durante los 12 años que lleva recluida, me cuenta que fue a la escuela primaria y que logró terminarla, pero a los 13 años sus padres la pusieron a trabajar el campo. Su familia se dedicaba a la siembra y venta de frijol chino y calabaza. Toda la familia trabajaba en el campo, en esto no había diferencias entre hombres y mujeres, ella al igual que sus dos hermanos y dos hermanas mayores ayudaban a sus padres en la siembra.

Como era la costumbre en su pueblo, muy joven se huyó con un muchacho, tenía solo 17 años cuando conoció a Baltazar y se enamoró de él. Al principio las cosas iban muy bien entre ellos, pero cuando pasaba el tiempo y ella no lograba embarazarse, él empezó a rechazarla y poco a poco se fue llenando de resentimiento, sacando su coraje con golpes y violencia. En su pueblo, era común que los hombres les pegaran a sus esposas, se creía que era un derecho que tenían como sus maridos, así que nadie hacía nada por ayudarla. A los dos años, Luz no aguantó más y abandonó a su marido huyendo hacia el estado de Morelos. Fue así que vino a dar a Jojutla. Primero trabajó como sirvienta, y como vio que podía ganar un poco de dinero, lo suficiente para mantener a sus padres, decidió sacarlos del pueblo en donde el campo ya no daba para sobrevivir y se los trajo a vivir con ella. Me cuenta con orgullo como se hizo cargo de su mantenimiento, comprándoles ropa y todo lo que ellos necesitaban, y cómo aprendió a arreglarse como lo hacen en la ciudad, convirtiéndose en una joven alegre e independiente.

Buscando nuevas oportunidades y mayor autonomía, se fue a vivir sola a la colonia Los Arcos, en el pueblo de Yautepec, donde entró a trabajar con una señora que se llamaba Eva. Fue en este pueblo donde su vida dio un giro inesperado, pues una mujer muy pobre que no podía mantener a su hija, le regaló una niña recién nacida. Ella estaba feliz, pues ya tenía 28 años y no había logrado tener una hija propia, así que decidió adoptarla ,convirtiéndose en mamá. Por esa misma época, conoció a un hombre que le arruinó la vida, un taxista, que le ofreció cariño, pero que únicamente le trajo desgracias. Era un hombre violento y borracho; que se mantenía todo el tiempo alcoholizado. Una mañana, al levantarse, encontró a la niña muerta. Ella perdió el control desesperada y en medio de su dolor se hizo daño a si misma cortándose la cara. Las autoridades la culparon del asesinato y la sentenciaron a 30 años de cárcel.

Desde entonces su vida se ha desarrollado entre prisiones. Primero estuvo en la cárcel de Atlacomulco, donde pasó varios años. A pesar de su encierro, Luz recuerda estos años como una

época feliz en su vida, pues tuvo varios amores en la prisión varonil y se sentía atractiva, no usaba uniforme y le gustaba arreglarse. Aprendió a tejer y a bordar y dedicaba mucho de su tiempo a estas labores. Sin embargo, a los 6 años, la trasladaron a una prisión muy pequeña donde únicamente había cuatro celdas. Ahí no promovían las labores manuales y ella no tenía materiales para trabajar, así que pasaba horas sin hacer nada, esperando, sin saber realmente que esperar. Así se fue sumiendo poco a poco en la depresión. Dejó de arreglarse y sus amores se quedaron en el pasado.

Ya había empezado a perder el interés por la vida cuando fue trasladada nuevamente al Cereso de Atlacholoaya. Aquí las cosas empeoraron, pues sufrió un accidente que le fracturó una pierna y la hizo perder movilidad. Nada fue igual en su vida. Cada vez era más difícil valerse por sí misma. Al principio –me dice con una

**Era un hombre violento
y borracho; que se
mantenía todo el tiempo
alcoholizado**

especie de resentimiento—que “todas las compañeras me ayudaban, la solidaridad entre nosotras era muy fuerte, íbamos juntas a la oración y me ayudaban a trasladarme y a arreglarme, pero poco a poco me fueron dejando

sola.” Ahora sólo Juanita, su compañera de celda, y yo la cuidamos.

Cuando yo llegué a Atlacholoaya, Luz ya estaba invadida por la tristeza y vivía confinada a su silla de ruedas. Primero me hice amiga de Juanita y así la fui conociendo a ella, me daba pena verla tan desvalida, así que empecé a ayudarla. Juanita tenía dos años haciéndose cargo de ella y habían empezado a tener tensiones, ella se quejaba de que Luz era grosera y poco agradecida, así que pensé que era el momento para que alguien más la apoyara. Empecé por llevarla y traerla a la oración y poco a poco fue dependiendo más de mí. Ahora la baño y la arreglo. A veces bromea y me habla con mucho cariño; pero ha pasado por etapas muy difíciles. Hace meses se cayó de nuevo y tuvo nuevas fracturas que la dejaron en cama durante varias semanas; ya no podía levantarse, ni al baño y

nuevamente dependió de varias compañeras para su aseo. Ahora se ha levantado de nuevo y empieza a ir a la oración en su silla de ruedas.

A pesar de sus depresiones y sus malos humores, conmigo es muy cariñosa. Trato de comprenderla y de hacerla reír, bromeo, juego con ella y dejo que me cuente las fantasías que ella confunde con su realidad. Lleva 15 años de su vida encerrada en prisiones, y me imagino lo desesperante que debe de ser pasar tanto tiempo aislada y perdiendo poco a poco sus capacidades y las posibilidades de valerse por sí sola, esperando que alguien se apiade de ella; le llevo alimento, la llevo al baño y le ayudo a bañarse.

La veo ahí sentada, ignorada, indefensa, viendo transcurrir los días sin esperanza, y observando a todas las compañeras pasar a su lado, como si no existiera. Sólo unas pocas se detienen a saludar y le regalan una sonrisa. Periódicamente rompe su silencio para decirme: “Hasta mañana mamita, que Dios te acompañe, que vendas todas tus gelatinas.” Siento el cariño y el agradecimiento en el tono de su voz, aunque no necesita decirme nada para que yo sepa que me aprecia y que se ha construido entre las dos un vínculo de amistad.



Con el rostro hacia la pared

Susuki Lee Camacho

Eran aproximadamente la 1.30 am cuando de pronto gritó la custodia:

-Levántense, señoras, así como están

Al parecer les decía a las compañeras del piso inferior al mío. Me desperté a medias para asomarme por las rendijas de la puerta de la celda. Así me percaté más o menos de lo que sucedía. Vi a varios hombres, eso creo, no me fue posible identificarlos por sexo, ya que todos vestían igual. Traían una especie de pasamontaña, cascos, escudos detrás de las chamarras en los que se leía Policía Federal. Me tranquilicé un poco, pues tengo entendido que estos buscan droga y me dije: - Yo ni las consumo. No olvido la marcada prepotencia con que se dirigían a nosotras. Desde donde me encontraba me fue posible escuchar a una compañera gritar:

-Oigan! ¿Por qué se llevan mi dinero?

Pude ver que la ignoraron por completo, otras gritaban por otras cosas que les estaban quitando. Apenas pude creer lo que vi. Estos tipos revisaban a mis compañeras, poniéndolas de espalda a la pared, mientras otro las empujaba hacia la misma, sin permitirles ver qué era lo que les quitaban. Cuando llegó mi turno, hicieron exactamente lo mismo, sólo que como mi compañera y yo no tenemos dinero, terminaron pronto

Siento que somos más humanas

Carlota Cadena

Lo que más me gusta de ser mujer, es que Dios nos dotó de un sexto sentido. Nos dio el privilegio de ser madres, de llevar en nuestro seno una nueva vida; porque meses de amamantar, de conocer, de sentirnos amadas y protegidas por el sexo opuesto es un privilegio. Además, siento que somos más sensibles, humanas y mucho más capaces. Comprometidas, responsables y emprendemos.

Siento también que sin nosotras los hombres no serían felices, pues ellos no se pueden embarazar y no lograrían tantas cosas porque nosotras como mujeres los impulsamos, los comprometemos y los enamoramos, porque sin amor nada de esto podría ser: porque atrás de un hombre hay una gran mujer.

Pero más que nada doy gracias a Dios por ser mujer, porque me dio una gran capacidad para amar mucho a mi hombre, para comprometernos hombre con hombre, corazón con corazón, de igual a igual.

6. Miranda: Todavía no acabo de entender

Miranda



Nací en Apaxtla de Castrejón, Guerrero, donde en el pasado se hablaba el idioma náhuatl, pero donde ahora únicamente algunos ancianos lo siguen utilizando. Llegué al mundo en 1955, y para desgracia de mi madre y decepción de mi padre, nací mujer. Desde mi nacimiento sentí el rechazo y el coraje de mi padre que deseaba que su primogénito fuera hombre. Ésta fue la cruz que le tocó cargar a mi mamá; pues fue ella la que pagó las consecuencias de la decepción

de mi papá, quien empezó a desquitarse con golpes y a buscar cualquier pretexto para lastimarla.

Desde recién casados él la golpeaba por todo, pero con cada niña que nacía la violencia iba en aumento. Yo tenía apenas cuatro años y ya me daba cuenta de todo el sufrimiento de mi madre: los golpes y sus lágrimas son tal vez de mis recuerdos más antiguos. Vivía con miedo, con “el Jesús en la boca,” temiendo que en cualquier momento él explotara y le empezara a pegar o nos pegara a nosotras. Luego llegaron tres niñas más, todas mujeres, y a la corta edad de 10 años, me tocó ayudar a mi mamá a cuidarlas, y ser testigo de cómo cada nacimiento de una niña traía más violencia a la casa. Hasta que nació mi hermano y esto tranquilizó a mi padre por algunos años, finalmente tenía el tan deseado varón que seguiría sus pasos.

Ante tanta violencia, yo prefería irme a trabajar con mis tíos que estar en casa, así a los seis años empecé a ayudarle a mi tía. Apenas si tenía fuerzas y me mandaban a llevarles la comida a los peones que trabajaban con mi tío, era una bolsa pesada que con dificultades cargaba, entre ir y venir a la milpa se me iba el día, y entre trabajos y golpes se me fue la infancia.

Sólo asistí a la escuela por ratos, porque tenía que ayudar a mi mamá y a mis tíos en el campo. Al principio no sabía ni por dónde empezar, pero poco a poco fui aprendiendo, mi madre me fue enseñando. Ella iba siempre por delante, como si fuera el hombre de la familia, trabajando en el campo y regresando a la casa a trabajar en la costura. Para completar el gasto, ella cosía uniformes para una escuela. Llegaba en la noche y se ponía a cortar y a coser; yo le ayudaba a acostar a mis hermanas y hermano, pero me quedaba a velar con ella, a hacerle compañía hasta la madrugada.

Al cumplir los 10 años de edad, yo guardaba mis ahorros que me pagan mis tíos y completé para poder comprarme una becerrita y una burra. Por la gracia de Dios me fue muy bien. Mi becerrita ya estaba grande y me salió cargada y la burra también, así que antes del año, ya tenía crías nuevas de mi burra y mi becerrita. Al transcurrir tres años, ya tenía tres becerritas y tres burras, así que sin planearlo mucho me convertí en una parte importante del sustento de mi familia. Con lo que ganaba con mis animales, pude ayudarle a mi mamá a juntar dinero para mis hermanos. Así pudimos mandarlos a la escuela.

A los 13 años de edad, llegaron unos maestros a mi comunidad preguntando por adolescentes que supieran leer. Nos hicieron un examen. Yo salí muy bien, sobre todo en matemáticas, y se ofrecieron a darme un curso de capacitación para que me formara como maestra. Era algo inesperado en mi vida. Empezamos a tomar clases, y teníamos que ser puntuales, sin faltar. Yo y una de mis primas nos propusimos ganarles a todos los compañeros de la escuela. Yo no me perdía una sesión del curso. Era la primera que llegaba a la escuela. Mi prima y yo éramos siempre las mejores de la clase.

Al terminar los tres meses del curso, nos dieron tres becas para los primeros lugares. Éstas becas eran un apoyo para que siguiéramos estudiando la secundaria. Nos pagaban todo y nos daban los uniformes, libros y útiles, todo pagado por la beca del gobierno. A pesar de estos apoyos, mi papá no me dejaba ir a la escuela, así que para alejarme de él acepté una plaza que me ofrecieron como maestra rural en un pueblito llamado Los Mangos. Me escapé y me fui a escondidas a dar clases. Era una experiencia nueva para mí, pues me recibieron con mucho cariño todos los del pueblito. Fue una gran recepción, me llegaron a recibir con el supervisor de zona.

La juventud no le trajo grandes cambios a mi vida, sólo trabajo y más trabajo, y en la casa violencia y más violencia. Recuerdo las noches en que mi padre llegaba borracho a la casa y empezaba a maltratar a mi madre. Todos salíamos huyendo; nos refugiábamos con los vecinos, pero hasta allá nos seguía y a punta de pistola nos hacía regresar y atender a sus amigos borrachos que lo acompañaban. Todos le temíamos a mi padre y no sabíamos qué hacer, como proteger a mi pobre mamá que únicamente trabajaba y aguantaba.

Tratando de alejarme de la violencia de mi casa, a la edad de 16 años me fui a una fábrica de maquinaria de taller de costura, en Chiapa, Guerrero, pues mi papá ya no me dejó seguir dando clases en los ranchitos de donde no había ni escuela ni maestro. Así que me convertí en obrera de una fábrica de costura, donde trabajé por dos años. Ahí aprendí a conocer todas las máquinas de costura, desde pegar un botón hasta hacer ojal, dobladillos. Fue también en esa época que tuve la oportunidad de aprender a manejar porque el presidente Luis Echeverría donó a la fábrica una camioneta y un safari. Todo el pueblo decidió nombrarme presidenta del taller de costura, que tenía 115 trabajadores y según nosotros éramos socios de la fábrica porque era un donativo que había hecho el gobierno. Teníamos máquinas de coser y también calderas de planchas de vapor.

Esta fue una época muy importante en mi vida. Hasta este día no me he olvidado de todo el pueblo de Chiapa, por tener una

gente tan linda de corazón y sentimientos nobles. Fue en este pueblo donde encontré a una segunda mamá, que se llama Bertha, una señora que me quería tanto como si de verdad fuera mi madre. Me consintió mucho y me decía siempre “mi niña”. Luego de aquí, conocí un novio que me quería mucho, se llamaba Juan. Con él tuvimos el plan de casarnos, pero no fue así. El propósito de Dios fue otro, pues conocí al padre de mis hijos, Pedro Guzmán. Pero con este marido no tardé mucho, porque se dejaba llevar por sus padres y a mí eso no me gustaba. Yo no quería que nadie se metiera en nuestro matrimonio. Nunca me ha gustado que me quieran mandar o man-



gonear mis suegros. De este matrimonio sólo tuve dos hijos y quedé viuda, pronto porque a él lo mataron en una riña con arma blanca.

Cuando enviudé me fui a trabajar a una presa hidroeléctrica, donde se generaba luz. Ya tenía 22 años y trabajé en esa presa que se llamaba El Caracol, en el rumbo de Apaxtla, Guerrero. Era un lugar aislado. No ha-

bía caminos ni servicios de ningún tipo. La gente indígena se movía a pie y sólo algunos en burro o en caballo. Teníamos que caminar un día entero para llegar a El Caracol. Fueron tiempos difíciles y tuve que trabajar mucho, pero gracias a que Dios me socorrió pude ahorrar y lograr mucho de lo que tengo, con el sacrificio de 14 años trabajando en la Comisión Federal de Electricidad y en otra constructora que se llamaba ICA. Fue en esta época que conocí a mi segundo marido que se llama Cleofas Vázquez y trabajaba en esta compañía. Yo era entonces la que llevaba el control de casi cinco mil

gentes a las que les daba de comer. Pero pude dejar de caminar para hacer las compras, porque dos ingenieros de apellidos Cruz y Flores me apoyaron para adquirir una camioneta de doble rodada, así que la ponía a trabajar casi las 24 horas para poder cumplir con mi trabajo, pues eran tres turnos. No era fácil, había que hacer tortillas para todo el personal.

Fue cuando yo estaba con mi segundo marido, y tenía 37 años, que las desgracias empezaron a llegar a mi vida. Mi madre seguía sufriendo la violencia de mi padre. Nunca pudo tomar la decisión de dejarlo; aguantó durante años esta vida de sufrimientos, hasta que un día, en 1992, la violencia de mi padre terminó con su vida. Era un 20 de abril, nos acababa de llegar la noticia de que una vecina, llamada Cristina, había perdido a su hija en Estados Unidos y que estaba por llegar su cadáver. Nos fuimos al velorio, pues para mi mamá era muy importante acompañar a su amiga, porque mis propios hermanos estaban en el otro lado trabajando en Houston, Texas. No podía evitar pensar que pudieran haber sido sus hijos los que regresaran muertos. Pero nuestro gran error fue irnos sin avisarle a mi padre. Cuando llegamos del velorio, como a las 14 horas, lo encontramos tomando y al parecer se acababa de enojar con mi hija Mireya. Una vecina nos avisó, antes de que llegáramos, que mi padre estaba peleando. La razón del pleito era que mi hija ya no le quería dar de tomar porque la tienda es de su abuelita, y según nos dijo después, ya tenía rato tomando sin pagar nada.



Al llegar mi mamá, le cerró la puerta de la tiendita, y fue cuando mi papá se enojó mucho y a patadas la abrió. Entró por su pistola. Era un momento de mucha tensión, nosotros empezamos a tratar de querer quitarle el arma, pero era muy fuerte y no podíamos contra él. Mis hijos eran pequeños, pero se daban cuenta de lo que sucedía y estaban asustados, así que empezaron a llorar; hasta los chiquitos de tres años se asustaron y lloraban mucho, pues mi padre estaba golpeando a mi madre de una manera brutal. Yo me paralicé, no sabía qué hacer, si correr a proteger a mis hijos o tratar de liberar a mi mamá. Trataba de calmar las cosas pero era imposible. Él estaba fuera de control. Se dio la vuelta mi padre y al ver que yo traía a mi mamá intentando protegerla, le disparó por la espalda. Apenas habíamos empezado a cruzar la calle, cuando le disparó.

Nunca pensé que fuera capaz de asesinarla. No entiendo porque tanta ira y tanto odio hacia ella que había sido tan buena. Todavía no acabo de entender que por la bebida sucedan muchas cosas como éstas.

Cuando tomé conciencia de que mi madre estaba muerta, bajé corriendo a hablarle a mi esposo para pedirle que me ayudara a tratar de salvar a mi mamá y llevarla al doctor para curarla. A la altura de bomberos, en el bulevar Cuauhnáhuac, se nos emparejó una patrulla de judiciales. Nos pararon y al ver a mi madre bañada en sangre, nos empezaron a interrogar. Nos bajaron del carro y a mí me llevaron detenida para que les dijera dónde estaba mi papá. Yo estaba asustada, pero era mayor mi enojo que mi miedo, así que los llevé al lugar de los hechos y pregunté a los vecinos para donde se había ido mi papá, y me dijeron que para la laguna de Texcal.

Guié a los judiciales a la laguna, pues quería con todo mi corazón que lo atraparan y que pagara por su crimen. Al acercarnos a ese lugar pude ver su silueta cerca de un sembradío de sorgo, empecé a gritarle.

Eran las cuatro de la tarde cuando los judiciales detuvieron a mi papá, en un lugar que se llama Plan del Sorgo. Yo no acababa de entender lo que estaba pasando, entre el susto y coraje, de pronto

me sentí frustrada y desesperada porque no sabía qué hacer, por dos razones: yo y mi papá estábamos detenidos, y a mi madre se la habían llevado a buscar atención médica. Me sentía desesperada y no sabía qué hacer. Nos trasladaron a la base Zapata con los judiciales. Al llegar pedí hablar con el Ministerio Público para que me hicieran el favor de dejarme ir a ver donde se encontraba mi mamá, y cómo estaba, pues en ese momento ya no tenía idea a donde se la habían llevado. Gracias a Dios, tuve la suerte de que el licenciado del Ministerio Público me dijera: “usted se puede ir,” y le dijo a los judiciales: “déjenla ir, que ella no tiene que ver con lo que pasó y su mamá necesita ayuda y atención.” Bueno, para esa hora ya eran como la siete de la noche y pasé a la Cruz Roja. Yo no sabía qué hacer. El encargado de ahí me vio tan preocupada y desesperada, que el mismo doctor me apoyó para hablar por teléfono al Seguro Social. Y de ahí me trasladé al Seguro Social y cuando llegué me encontré con mi pareja, Abel Colín, quien me informó que todavía no salía de la operación y con mi desesperación por

La juventud no le trajo
grandes cambios a mi vida,
sólo trabajo y más trabajo,
y en la casa violencia y más
violencia

verla me fui a ver a la enfermera para saber qué pasaba. Ella me dijo: “no se preocupe, su mamá va a estar bien.” Pero nunca recuperó la conciencia y terminó muriendo. Esta desgracia pareció anunciar una serie de desgracias que vinieron después, entre ellas mi detención y la de mi esposo, y posteriormente el asesinato de mi hijo Raúl.

La muerte de mi hijo ha sido de lo más doloroso que me ha pasado. Fue un día viernes y a mí me entró una desesperación como si lo presintiera, no podía andar a gusto. Sucedió como a las 20 horas: él afuera muriendo y yo presa en este lugar sin poder hacer nada, ni mucho menos ayudar a mi hijo. Lo asesinaron por cobrar una deuda. Raúl Colín era su nombre y era el que tenía el segun-

do lugar de los hombres. Pienso en él y lo recuerdo como un niño siempre cariñoso. Cuando caí en este lugar venía mi niño a verme y a decirme: "Mamá, pronto terminará esta pesadilla y estaremos juntos, no quiero verte triste, ni llorar, porque yo voy a tratar de sacarte de aquí y ver lo de tus papeles para que estemos todos juntos." Pero Dios no permitió esa dicha. Todas mis esperanzas se terminaron, de no volver a mirar a mi lucero. Mi corazón está entristecido. Pero sé que primero Dios me seguirá dando las fuerzas para poder seguir adelante, tengo que ser fuerte por mi otro niño pequeño que sólo tiene 12 años. Espero que ahora sí, Dios me conceda la bendición de estar con él cuando salga de la primaria, que será el mes de julio que viene. Tengo tantas ilusiones de volver a la sociedad y no volver a delinquir, ni a creer en otras personas. Porque yo vine a caer aquí por culpa de otros, por creerles. Yo pensé que así como yo soy, que

**Tengo tantas ilusiones de
volver a la sociedad y no
volver a delinquir, ni a creer
en otras personas**

no sé engañar a la gente,
que así eran ellos. No ima-
giné que había tanta mal-
dad. Ahora le pido a Dios
que me perdone por todo
el odio y coraje que le te-
nía al hombre que me hizo

perder todo y arruinó mi vida, un tal Montiel. Por su culpa estoy sufriendo. No sé si podré recuperar todo lo que perdí o si tendré que volver a empezar desde abajo. Pero me pongo en manos de ese Poder Superior, Dios no se equivoca. Hasta ahora de una forma u otra me ha ayudado y me seguirá ayudando, para poder seguir adelante, para encontrar la fortaleza que necesito para sobreponerme al asesinato de mi hijo.

No sé que me traerá la vida que me espera allá afuera con tanta matanza. Pero lo único que deseo es estar afuera con mi pequeño Hugo, mi pétalo de jazmín, que apenas empieza a despedir su fragancia. Mi pequeño lucero que ilumina el cielo de mis amaneceres en esta prisión. Él es mi ilusión, por él trato de sobreponerme y olvidar todo lo que le ha pasado a mi corazón destrozado. Siem-

pre le he dicho mi “pollito terco,” porque desde que estuve embarazada se aferró a la vida. Yo no sabía que estaba embarazada y me iban a operar de unos quistes y estaba tomando medicamento. A los dos meses de empezar con mi tratamiento me dieron la sorpresa de que estaba embarazada de ocho semanas. Yo tenía 42 años, pero me dio mucho gusto saber que todavía la vida me iba a dar otro bebé. Fue un embarazo difícil porque estaba fuera de la matriz, era de alto riesgo. Con el problema de los quistes, no me podía levantar y se me hacía eterno el tiempo para aliviarme. Tuve muchos dolores y al final tuvieron que hacerme cesárea, porque el bebé se estaba haciendo del baño y tenían que sacarlo. Nació bien después de tanto problema y se aferró a la vida. Por él quiero salir pronto de este lugar, llegar a mi “pollito terco” que he dejado abandonado por tres años, del 2007 al 2010. Años en los que he venido cargando todo este sufrimiento.

A pesar de todo lo que he sufrido, creo que aquí adentro he aprendido a valorarme, a darme cuenta que siempre me he desempeñado como

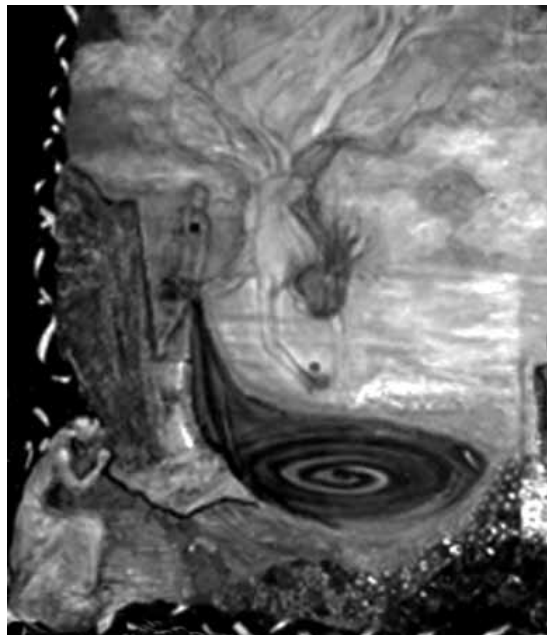
Aquí adentro he aprendido a valorarme, a darme cuenta que siempre me he desempeñado como hombre y como mujer

hombre y como mujer, pues aunque mi padre me despreciaba por ser mujer, logré salir adelante, logré recuperar mi orgullo y mi valor y agarrar la yunta de bueyes. Nunca me he quedado atrás de ningún hombre. Creo que a mis hijos les he enseñado que las mujeres valemos y no tenemos porque apenarnos. Pienso que Dios me ama tanto que por alguna razón me trajo a este lugar, que yo tenía algo que aprender de esta prisión. He encontrado aquí adentro una libertad interior que nadie me puede quitar. Aquí he conocido a buenas personas como Aída y Elenita, y muchas otras que se preocupan por nosotras, con las cuales vivo eternamente agradecida por su solidaridad. Espero que pronto nos podamos encontrar de nuevo allá afuera.

Las ganas inmensas de cambiar nuestra vida

Carlota Cadena

Este trabajo artístico da significado, para nosotras, a la sombra del guamúchil, un grandioso árbol verde y frondoso que nos transmite lo amplio de la vida. La artista Angélica plasma emociones y frustraciones personales. La mujer de cabeza representa el tronco del árbol, que indica que los problemas surgen de la



mente y que te pueden hacer caer en el abismo negro, es decir, este lugar; pero de lo más oscuro se empieza a vislumbrar la luz. Cuando todo está más negro es que está por amanecer.

Hay otros significados. La piedra significa la fortaleza. La tejedora teje nuestros sueños, lo que nos hace pensar que nuestra vida allá afuera fue una equivocación. No importa el tiempo que tengamos que pasar en este lugar, siempre estamos tejiendo sueños. Al llegar a este lugar, comenzamos a valorar el tiempo y deseamos que la muerte sea algo muy lejano. Nuestros pensamientos al pasar por el fuego son templados y esto lo expresa

Angélica con el cabello de la mujer. Esta experiencia de encierro, al salir, nos convertirá en mujeres sabias y renovadas. Con la ayuda del Creador el mundo de afuera será más fácil.

Cuando la mujer cae de cabeza al abismo, sus manos dejan escapar sus valores, pero el agua nos rescata y nos purificar, para salir como mujeres renovadas y fortalecidas. El gran árbol es el motor, las ganas inmensas de cambiar nuestra vida y saber que ésta es hermosa junto con la libertad espiritual.

7. Lupita: Yo no quiero una mujer que no me dé hijos

Lupita



Lupita se acercó a nosotras cuando ya habíamos terminado un ciclo en nuestro taller de Historias de vida, e iniciábamos la preparación de un libro colectivo. Había leído en este espacio las historias de vida de sus compañeras y ella también quería compartir la suya: “Luego, luego, cada mes que me daban la gaceta, se la llevaba a mi esposo. Sábado y domingo nos poníamos a leer. Él intentaba los crucigramas. Cada mes hacíamos lo mismo. Un día me decidí y le dije: ‘voy a contar mi historia, voy a tomar un papel y a escribir, y se

lo voy a dar a la maestra”, nos dice con una sonrisa de satisfacción en el rostro. Es esta misma decisión la que marca su carácter y esta misma alegría la que la lleva a reconstruir su historia desestimando el dolor que le ha dado la vida. Hasta el recuerdo más trágico, termina con alguna frase de optimismo.¹

Como muchas mujeres pobres y campesinas, Lupita llegó a Atlacholoaya condenada por delitos contra la salud. Su historia se parece a muchas que hemos visto descritas en este libro: una vida de pobreza extrema, unos hijos hambrientos que esperan que la madre les traiga comida a la mesa, un hombre desconocido que le ofrece dinero por transportar un bulto, un retén que revisa su equipaje y una vida truncada por diez años de prisión.

Sin ningún tono melodramático en su voz, nos describe el día de su detención “Yo dije: los costales son míos, pero la droga no. El juez me dijo que me sentenciaba a 10 años 116 días para que a la otra me fijara que es lo que traían los costales. Y tuvo la razón. En esos tiempos que me sentenciaron estaba enojada, pero ahora digo: yo le debo a Dios todo lo que hago, yo a la justicia no le debo nada. Y por algo estoy en este lugar. Cuántas cosas han cambiado desde que estoy en este lugar. Me siento fortalecida, me siento tranquila. No fue fácil vivir todos estos años aquí. Por el dolor de mis hijos y de todas las cosas que he dejado allá afuera. Pero he aprendido mucho”. Entre las cosas positivas que Lupita aprendió en la dura experiencia carcelaria está la escritura. Llegó analfabeta a Atlacholoaya y fue en reclusión que aprendió a leer y a escribir, y con una caligrafía aún insegura nos entrega algunas de las notas que tomo para escribir esta historia, las cuales hemos completado con dos largas entrevistas en las que nos fue contagiando con su alegría por la vida. Con una letra un poco temblorosa nos entrega una primera cuartilla en la que inicia su historia diciendo:

“Yo me llamo Guadalupe, nací en Chetumal, Quintana Roo, pero no conozco el lugar donde nací. Crecí en Zapata, Morelos, y a los siete años me empecé a dar cuenta de la vida que me esperaba. Yo cuidaba a mis hermanos cuando mis padres se iban a trabajar al campo para darnos de comer. Cuando cumplí 8 años empecé a cuidar chivas, me daba mucho miedo andar por el monte, sobre todo, las culebras y los gusanos. Esos bichos me daban pánico. Pero también era bonito vivir en el campo, a veces me bañaba en los barrancos, me echaba unos clavados en el río y por andar jugando, las chivas se me perdían y yo espantada, las buscaba hasta que las encontraba.

“Cuando cumplí 10 años ya no me quería poner los vestidos tableados que me hacía mi mamá, no me gustaba la ropa que ella pobremente me hacía. Así que empecé a vender verdolagas y retoños de guaje para comprarme un vestido bonito y unas chanclas. Yo veía que otras niñas traían vestidos y zapatos bonitos e iban a

la escuela, y yo siempre en el campo sin poder estudiar. Crecí en la pobreza y ahora vivo en la pobreza, porque en este país si no tienes estudios no puedes tener un buen trabajo.”

En la primera entrevista nos comparte sus recuerdos de infancia, frente al mar Caribe, recuerdos heredados por su padre, quien durante años le describía con melancolía “como se escuchaba el mar”. “El mar cuando se enoja, me decía, ruge, se avienta; y yo le preguntaba: ‘¿papá, es verdad que las sirenas existen?’ ‘No mi’ja, no son las sirenas las que cantan, es el mar, pues tiene sus sonidos y cuando se enoja, se enoja. Y hay barcos, el sonido del barco se escucha bien bonito, es la música que nos da el mar’.” Así nos habla Lupita de su infancia en Quintana Roo, donde sus padres migraron, con sus ocho hermanos en busca de tierras y de una mejor vida.

Como muchos campesinos sin tierra su familia se arriesgo a viajar hasta el sureste mexicano, respondiendo a las campañas de colonización promovidas por el gobierno. Sus recuerdos de esas tierras selváticas son muy pocos, pues nos cuenta que cuando tenía solamente dos años de edad. Su abuela presionó a su padre para regresar. “Era una mujer dominante,” nos cuenta: “en esos tiempos las mamás eran las que mandaban.”

De regreso, en el municipio de Zapata, Morelos, sus padres con sus nueve hijos tuvieron que enfrentar la pobreza y se dedicaron a la cría de chivos.

Con su forma alegre de narrar, convierte cada recuerdo de infancia en una gran aventura y nos cuenta orgullosa como ayudaba a cuidar los chivos y como auxiliaba a las chivas en el trabajo de parto: “Es que cuando mi mamá tenía a mis hermanos, los tenía en la casa. Veía a la partera como le sobaba la barriga y yo también le sobaba la barriga a las chivas. Y hasta que yo veía cuando venía el chivito, asomaba la cabecita, yo la agarraba y la jalaba. Sacaba uno lo dejaba... ¡y ya venía el otro! y le limpiaba su trompita, para que no se ahogara. Y ahí iba, como dice el dicho, toda culeca como un chivo. Fue así que crecí entre chivos”. Todo lo relata con una emoción alegre, contagiosa; se ríe y nos hace reír.

Su sonrisa desaparece del rostro cuando nos narra que cuando tenía sólo 12 años, un hombre se la robó a la fuerza y la tuvo cuatro días escondida en el monte. Cómo era costumbre en su pueblo, después de secuestrarla la pidió en matrimonio. Ella era una niña que lo único que quería era regresar a su casa, con sus hermanos y sus chivitos. Pero su destino ya no estaba en sus manos: “Cuando me quise regresar a mi casa, mi papá ya no me recibió: ‘ya para que la quiero así,’ pues ya me había ido y ya me había acostado con ese hombre. Era la ignorancia de la gente de antes, porque yo pienso si algo así le llegara a pasar a mis hijas, yo le diría ‘hija ¿te quieres ir conmigo?’ Y si se queda es porque no está por su voluntad con el hombre. Es que para eso, se necesita que uno hable con los hijos, ¿no? Yo con mis papás no tenía confianza, ellos no tenían tiempo para mimarnos. Porque toda la vida andaban trabajando. Mi padre, pues, siempre en el campo, llegaba bien cansado, a comer nada más. Y como era un hombre machito que quería tener hijos cada año, ahí estaba mi mamá, teniendo y teniendo y teniendo puros niños”.

Sin más opción que quedarse con su violador, Lupita vivió siete años de maltratos, de violencia física y psicológica que se profundizó cuando no podía quedar embarazada: “Ya llevábamos dos años juntos y me empezó a golpear porque ya decía que yo era una mula, porque no podía tener hijos. ‘Eres una mula; para mula ya estoy yo, yo no quiero una mujer que no me dé hijos.’” No hay rencor en su voz, simplemente describe pausadamente una realidad que le tocó vivir, que vivió su madre, y que advierte, vivirá su hija. “Le he dicho que su marido le pegará una o dos veces al año, que así es el matrimonio; una cadena de violencias que se ha ido heredando de generación en generación.”

“Mis padres se llevaban bien,” nos dice, y después a lo largo de la entrevista, nos cuenta cómo su padre golpeaba a su madre cuando se emborrachaba, y como le había tocado a ella recibir los golpes que iban destinados a su madre por atreverse a defenderla: “Si mi papá llegaba tomado le pegaba a mi mamá. Cuando le daba sus golpes luego también a mí me tocaban; no me importaba, yo defendía a mi mamá.” La violencia es constante en su relato. Es, creo,

sólo una desgracia más de las muchas que ha tenido que pasar en la vida.

Finalmente después de una serie de curaciones, por parte de una parienta de su marido, que consigue “sacarle el frío de la matriz.” Logra tener dos hijos, que no cambiaron en nada la violencia cotidiana. A la violencia de su marido se unió la de su suegra que buscaba pretextos para maltratarla.

A los 19 años esta pesadilla terminó, cuando esta misma violencia masculina llevó a su marido a la cárcel. Ella quedó libre del maltrato.

Nos describe cómo una tarde el padre de sus hijos violó a una vecina y mató al marido de ésta, que la quiso defender. “No imaginaba que pudiera hacer algo así, era un hombre tranquilo,”

penso yo trabajar con el Comedor y preparar
masillo para 6000 mil gente y
yo le dije Ingeniero necesito de un carro
y el me contesto yo te dare todo lo
que me pidas, nada mas dame una lista
y si me conviene yo te ayudo con todo,
así, con chape.
y así, que ese día no abí la casilla me
fui todo el día y parte de la noche
a así listas y cotizar precios de
cosas para la Comenda y el Ing
me mando el chape donde tenía que
investigar y cotizar todo.
y luego al otro día me mando así
todo lo de las instalaciones del Comedor
trabajaron día y noche y abulta de 15
días yo ya está bendiendo Comendo,
fardi 14 años en Comición a hi Conosi
a mi segunda pareja.
y tu me mis demás hijos a Aleli, Mireya
Pedro que son los que son nacidos
en Germato y para eso, yo me traje a mi
mama a Morelos desde el año 79, copre
un terreno en la faja, y se están
mis hijos, y la mayor parte de

nos dice, y pasa inmediatamente a otros temas más alegres, como intentando ¿perdonar? u ¿olvidar? la violencia de su propio secuestro infantil y los siete años de matrimonio forzado que dejó atrás. Nos habla de un nuevo amor que cambió su vida: “es el único marido que reconozco, el otro ya no existe. Es el único novio que tuve. Fue un amor romántico. Lo conocí un 24 de diciembre. Él me

habló, y a mí me gustó. Era 12 años menor que yo, pero me trataba muy bien y me enamoré mucho. Siento como si fuera el primero y va a ser el último, porque si me llegara a fallar esta relación ya no me buscaría otro marido, me dedicaría a mis hijos.

“Yo tenía un hijo de mi primer marido. No me quise ir a casa de mi nueva pareja, porque mi hijo no lo quería como padrastro. Así

que preferí quedarme en mi casa. Con el tiempo mi hijo lo fue conociendo y le cayó bien, y me dijo que me iba a dar el permiso para que viviera con este joven. Ya ven que los hijos son celosos, y como él era ahora el hombre de la casa me tenía que dar permiso. Así fue como empecé a vivir con este muchacho, nunca imaginé que me iba a quedar 10 años con él, pensé que íbamos a durar hasta que lo que diera la relación. Pero tuve la suerte de convivir muy bien con él. Tenemos cuatro hijos, aparte de mi hijo mayor que es de mi primer matrimonio: la más chica cumplió ocho años; la otra, nueve; la segunda, 11, y la mayor tiene 15. Este hombre es un joven y me quiere mucho,



su único problema es que es adicto, tiene problemas con la marihuana y la cocaína. Fue por eso que él también está aquí. Tenía enemigos que le echaron a la *Federal*; lo acusaban de secuestro y no sé que cargos más, pero cuando la policía llegó a la casa lo que encontró fueron las drogas que él

tenía, pero eran para su consumo. Ese día nos golpearon a los dos. Yo tenía a una de mis hijas pequeña; y la agarraron de los pies y la tenían de cabeza. Pero ya ve que siempre hay un policía bueno, y éste le dijo que me dejaran a mí y a mis hijas en paz. Así fue que a él se lo trajeron para acá primero, casi dos años antes que a mí. Pero yo lo venía a visitar, y en las visitas volví a quedar embarazada.

“Allá afuera la vida era muy dura y no me alcanzaba el dinero. Fue entonces cuando me buscó un hombre que me ofreció di-

nero para que le llevara unos costales. Yo viajaba mucho a Guerrero a vender artesanía y él me pidió que en uno de esos viajes llevara unos costales. No me dijo que llevaban, pero me pagaba bien y yo necesitaba dinero, así que acepté. Mi marido ya me había dicho, en una visita que había le hecho en la cárcel, que tenía un presentimiento y que no fuera a Guerrero. Pero no le hice caso, y fue esa vez que me pararon en el reten y encontraron la droga. Pero no le echo la culpa al hombre que me contrató, yo tuve la culpa por mensa, le podría haber dicho que no y no lo hice, y aquí estoy pagando las consecuencias.

“Pero en todo este proceso hemos estado juntos. Él me trata como persona, no como animal. Me pidió que me casara con él y yo le puse como condición que dejara las drogas. Para él fue muy difícil, porque la adicción no se deja nada más así, pero él hizo un esfuerzo y cuando pasó dos meses limpio yo acepté casarme con él. Nos casamos aquí en la cárcel y fue muy bonito. Aquí adentro tuvimos también a nuestra hija llamada Jacqueline. Ella es la que más nos quiere porque creció con nosotros aquí adentro. Había solidaridad con mis compañeritas, si la niña lloraba se levantaban y me ayudaban, me apoyaban mucho. Fue bien padre tenerla aquí adentro con nosotros; entonces no sentía el tiempo, ni los días ni las noches. Yo vine a conocer el verdadero hogar aquí adentro. Pero cuando cumplió lo seis años se tuvo que ir afuera con su abuelita. Cuando se la llevaron me puse bien mala, se me bajó la presión y pasé como un mes tirada en la cama. Ella también se puso súper triste, hasta se enfermó. No me la trajeron luego, luego, porque querían que se adaptara a la abuela. Ya tiene dos años que está afuera, pero ya estamos más tranquilas. Me viene a ver, y me dice: ‘ya quiero que salgas mami, te quiero mucho y ya quiero que estés afuera y me hagas mi trenza.’

“Las otras han crecido con mi suegra allá afuera. Luego tuve otro embarazo, pero lo perdí, porque empecé a sangrar y pedí que me llevaran con el médico, y como no me tocaba consulta, pues no me recibió y como no me atendieron a tiempo, pues el bebe se me

murió. Yo quería tener otro hijo con él porque ya tengo 43 años y si no le doy más hijos, me da miedo que se me vaya con otra más joven. Así que ya dije que en cuanto pueda me vuelvo a embarazar. “Mi esposo ya salió, pasó diez años acá adentro, pero ya cumplió su condena y ahora está con nuestras hijas. A mí me ha costado mucho, porque cuando él estaba adentro nos veíamos seguido. Pero sé que tengo que estar contenta porque ya está afuera y puede cuidar a nuestras hijas. Ya le dije que no se meta en problemas, aunque pobres pero tenemos que vivir bien, en familia. Él ahora está trabajando en el campo, cultivando rosas y todo eso: las cortan, las fumigan, les ponen abono. No gana mucho, pero prefiero que gane poco a que se meta en problemas. Yo ya llevé ocho años acá adentro y estoy esperando que me den beneficios para que pueda salir y me pueda reunir con mi familia. Pero estoy en manos de las au-

Sin más opción que
quedarse con su violador,
Lupita vivió siete años de
maltratos, de violencia
física y psicológica

toridades, esos se sienten Dios, hacen lo que quieren. Pero yo me pongo en manos de Dios y estoy esperando. Cada vez que me hablan al locutorio, me late el corazón y pienso que ya es la buena noticia.

“A pesar de que ha sido difícil pasar estos años aquí, he aprendido mucho, aquí hice la primaria y la secundaria, también tomé clases de pintura. Hice una vez un cuadro de una mujer en una cascada; por eso el profesor me decía: La Mujer de las Cascadas. Aquí me casé y aquí tuve a mi hija. Tengo que pensar en lo positivo que me han dado estos años, porque no vale la pena lamentarse.”

Con este tono optimista y con una sonrisa en el rostro Lupita finalizó la entrevista. A los pocos días de compartírnos su historia, le llegó la noticia tan anhelada de su liberación. Esperamos que pueda leer esta historia en su casa, reunida con el amor de su vida y con sus cinco hijas, a quienes ha tenido que volver a conocer después de ocho años de separación.

¹ Texto elaborado a partir de entrevistas realizadas por Mercedes Pisoni y Elena de Hoyos.

¡Tócame!

Águila del Mar

Descubre la tierra pagana
hembra natural
hecha de lágrimas vírgenes
rezando letanías desterradas

¡Tócame!

Interrumpe mi sentencia de castidad
las escorias también hacen el amor
contemplando miradas estáticas que custodian

Este amor
desterrado, inconmemorable
no es rojo pasión ni flota como los ridículos corazones
que se dibujan en el aire
Fue parido entre heridas y mentiras
que llevan una locura doliente
prisionera de sí

Este amor fue derrota de muchas batallas
y quizás no es del mundo exterior
porque pudiera no respirar el aire
con sabor a pureza artificial.

No fui hija deseada

Carlota Cadena Rodríguez

Madre: antes que nada quiero decirte todo lo que significas para mí, todo lo que te amo, aunque de antemano sé que mi nacimiento fue otra enorme carga para ti, pues no fui una hija deseada, mas aún, sé de tu desesperación por no haber sido un varón, pues siempre me di cuenta con mucha tristeza en mi corazón, como preferías a mis hermanos por el hecho de ser hombres; era tan marcada tu preferencia por ellos y yo en cambio, siempre sentí tu rechazo y desamor. Pero hoy quiero decirte que te amo con todo mi corazón y no importa lo que tenga que hacer para ganarme tu corazón. Lucharé hasta ganarlo y ser digna de él, porque ser mujer también es un privilegio.

Tu hija

Hermanas en la sombra

Elena de Hoyos

Hermanas en la sombra
somos moneda de dos caras
completándonos
oponiéndonos

expiaré mi dolor en el tuyo

Disfruto la amistad de las villanas
excluidas

malmiradas
reiremos juntas * estallando en carcajadas
partiremos / lágrimas adentro

Soy mujer que se redime
en la mirada de la otra

cada sonrisa
es caricia
sincera y confiada

Soy mujer
que recibe a las proscritas
las enaltece en su sombra
reconoce al estigma
con la punta de los dedos
se sumerge en el dolor de la otra

Somos moneda de dos caras
expiaré mi dolor en el tuyo
soy mujer que se redime
sincera y confiada

8. Perla Negra: Desde que nací, la violencia ha sido parte de mi vida

Alejandra Reynoso

Alejandra aprendió a escribir en el Cereso femenino de Atlacholoaya. Hace apenas tres años que entró al mundo de la escritura y ha encontrado en él una salida para sus emociones, una puerta para sacar al exterior la historia de violencia que ha marcado su vida y la manera en que fue construyendo el camino sinuoso que finalmente la trajo a este lugar. Alejandra decidió perder el miedo a escribir y se inscribió en nuestro taller de "Historias de vida." Semana a semana llegaba a las reuniones con hojas de su cuaderno llenas con una letra pequeña y clara, que ocultaba su poca experiencia en la escritura. Durante todo un año nos fue compartiendo su historia, la historia de Perla Negra.



La violencia ha sido parte de mi vida desde que nací. Mis primeros recuerdos de infancia no son de abrazos ni de caricias maternas. Nací en Zacatlán, Puebla, en una comunidad náhuatl, pero nunca aprendí el idioma porque mi mamá me abandonó recién nacida, me dejó tirada cerca de un basurero, donde me encontró la mujer que me adoptó y a quien siempre reconocí como mi madre. Cuando tenía cinco años comencé a su-

frir golpes y maltratos. Empecé a ver como el marido de mi mamá la golpeaba y la corría de la casa. La violencia nos tocaba a todos en mi familia de diferentes maneras. Mi padrastro aparte de que no nos daba de comer, nos mantenía a todos aterrorizados con sus ata-

ques de violencia. Tomaba todos los días y cuando llegaba a la casa corríamos a escondernos debajo de la cama porque si nos veía, nos golpeaba. Pero cuando llegaba en la noche, nos despertaba a golpes y a gritos. Esta tragedia duró dos años. Mi pobre madre trabajaba lavando y planchando. A nosotros nos encerraba, sin comer hasta que mi mamá llegaba de trabajar. Tal vez por vivir diariamente esta violencia, ella fue aprendiendo a reproducirla y cuando nuestro padrastro la abandonó, fue ella quien empezó a golpearnos y a insultarnos, de la misma manera en que él lo hacía.

Poco cambió el ambiente de terror en que vivíamos, y sólo duramos cinco meses sin que hubiera un nuevo hombre en la casa. Pronto llegó un nuevo padrastro y con él llegaron los nuevos problemas.

Al principio se portó muy amable con nosotros, pero al poco tiempo se empezó a portar igual que el anterior. Nos decía que éramos unos hambrientos, y cuando mi mamá no estaba, porque ella trabajaba, nos insultaba. Pero cada fin de semana le quitaba el dinero a mi madre y si ella no aceptaba dárselo la golpeaba y se lo quitaba a la fuerza. Sin el dinero de mi madre, no había con que comprar comida y pasábamos hambres. Mi mamá lloraba y decía que teníamos que aguantarnos, porque si le decimos algo era capaz de matarnos. Resignada nos decía: “Yo creo que esto es lo mejor que podemos tener ahora, algún día tendremos un hogar mejor que éste, porque gracias a este hombre tenemos un techo donde dormir y tenemos un taco de sal, a pesar de sufrir tanto.”

Con el nuevo padrastro llegó a mi casa la violencia sexual. Ese hombre violó a dos de mis hermanas y después de unos tres meses, me violó a mí también cuando sólo tenía siete años. Todas éramos niñas y no sabíamos como defendernos. Cuando se lo dije a mi madre, no me creyó. Después se lo platiqué a mi abuela y tampoco creyó en mí. Pensaron que yo lo había inventado. Fue mi abuelo el que me encontró en la zacatera (donde mi abuelito almacenaba el zacate), toda lastimada y me llevó al doctor. Tenía la cadera abierta por la violación y los doctores pensaron que había sido mi abuelo,

pero él les explicó que me había encontrado así, que no sabía quién me había hecho daño. Ahí le hicieron análisis a mi abuelo, porque pensaban que él había sido el que abusó de mí, pero se dieron cuenta de que no había sido así, porque el que me había lastimado había sido mi padrastro.

Mi abuelo habló con mi mamá y le contó lo que había pasado, pero ella no quería aceptarlo, le dijo: "Cómo crees que fue una violación; ella se pudo haber caído de los andamios y con el golpe se le abrió la cadera y se lastimó." Pero mi abuelo le dijo que habían sido los médicos los que habían comprobado que yo había sido violada. Ella seguía negando todo, decía que los médicos inventaban historias para crearle problemas. Yo no decía nada porque entré como en shock; no quería hablar ni ver a nadie, ni siquiera a mi abuelo que lo quería tanto. No quería tener a nadie cerca de mí; sentía que todo el que se me acercara me iba a hacer daño.

Cuando él intentó hacerlo de nuevo, se lo dije a mi mamá, y ella me dijo que yo estaba inventando todo, que era sólo una niña, que como creía que le podía atraer a su marido. Nunca quiso creerme. Mi hermano de 11 años quiso defenderme, le dijo que tenía que creer en mi palabra, pero ella le dijo que Bruno, así se llamaba el hombre, era incapaz de hacer algo así. Recuerdo muy bien cuando mi hermano le dijo: "Ya se ve que quieres más a tu marido que a tu hija."

Las cosas empeoraron para mí después de que acusé a mi padrastro. Mi madre me perdió la confianza y terminó por correrme de su casa. Me tuve que ir a la calle y dormí cinco días en la banqueta de la escuela. Conseguía comida lavando trastes en una tienda. Después me encontré a una hermana de mi abuelita. Ella me llevó a vivir a su casa, en Temilpa Viejo, en el municipio de Tlaltizapan. Me dijo que en su casa tendría techo y comidas, que me portara bien. Le platicó a su marido de mí y él dijo que estaba bien, que yo les podía ayudar a lavar trastes y a barrer la casa.

Cuando pensé que las cosas iban a empezar a cambiar para mí y que por fin había encontrado una familia, nuevamente me enfrenté a más violencia, ahora por parte de mis tíos. Mi tía abuela

tenía cinco hijos, de 12, 16, 18, 22 y 28 años. Mis tíos abuelos salían siempre y yo les daba de comer a mis tíos. Pero un día domingo mi tía abuela se fue a misa y me quedé con dos de mis tíos. Uno se fue a la calle y el otro se quedó en la casa; éste me pidió que le llevara un vaso de agua a la cama, y se lo llevé. Empecé a sentir miedo, había algo en el ambiente que me avisaba del peligro, pero había prometido a mi tía que me portaría bien y que ayudaría en la casa, así que vencí mis temores y entré al cuarto de mi tío. Cuando yo entré no lo vi, pero inmediatamente escuché que la puerta se cerraba y empecé a temblar: él estaba sin pantalón y comenzó a golpearme y después me rompió la ropa y me violó. Después de hacerme suya, me dijo que si le decía a mis tíos me golpearía otra vez y que aparte me correría y tendría que quedarme nuevamente sola en la calle. Entonces, a pesar del coraje y la humillación, me quedé callada. Contaba únicamente nueve años y ya había vivido dos violaciones. Me sentía perdida, impotente ante la voluntad y la violencia de mi tío. Tenía sólo dos meses de haber empezado a menstruar. Para mi mala suerte mi cuerpo había madurado antes de tiempo y a las pocas semanas de la violación comencé con ascos y mareos, no sabía bien lo que me estaba pasando. Se lo dije a mi tío y él me dijo que no podía hacer nada, que si quería podía seguir viéndolo a escondidas. Entonces decidí irme de la casa. Él me advirtió: “No sabes hacer nada, vas a terminar de puta, y lo mismo que te hago yo, te lo van a hacer muchos hombres más.”

Me salí de esa casa y me fui a vivir a la calle. La primera semana trabajé en el campo clamatequiando, pero era un trabajo muy duro para mí y en los surcos me desmayé, porque no comía nada durante el día. A la siguiente semana mi patrón se dio cuenta y me llevó al consultorio de su papá que era médico. Me mandó hacer unos análisis. Al tercer día me entregaron los resultados, mi patrón los leyó, porque en aquel entonces yo no sabía leer ni escribir. Él me dijo que estaba embarazada. Me pagó dos semanas de sueldo y me dijo que en esas condiciones yo no podía seguir trabajando. Aunque era solamente una niña, el hijo del patrón se había enamorado de mí

y me propuso matrimonio. Yo sabía que esta decisión podía cambiar mi vida. Estaba cansada de tanto sufrimiento y quería un padre para mi hijo, pero cuando su papá se dio cuenta de su ofrecimiento me amenazó con matarme a mí y a mi bebé, si me atrevía a casarme con su hijo. Tuve mucho miedo de perder a mi bebé; por eso rechacé su ofrecimiento y me alejé de él.

Seguí rodando por la vida. Después conocí a un chavo de 28 años y me junté con él. Cuando apenas tenía nueve años, ya tenía tres meses de embarazo, estaba tan sola y había sufrido tanto en mi niñez que buscaba en este hombre el cariño que no había encontrado en mi casa. Al principio él se portaba muy cariñoso y atento. Estaba contenta con él. Pero cuando, a los tres días de vivir juntos me quiso hacer su mujer, todos los recuerdos de las violaciones se me removieron y cuando comenzó a tocarme yo empecé a llorar. Él me dijo que me aguantara. Toda la ternura y el cariño que me había expresado desaparecieron y nuevamente llegó la violencia. Yo tenía miedo, no quería que me tocara y para defenderme lo mordí y él me aventó y comencé a sangrar mucho. Él se asustó y se salió corriendo a buscar ayuda y me llevó con una partera.

La partera no se dio cuenta que yo estaba embarazada, y le dijo que era normal el sangrado porque era mi primera vez, pero que me cuidara para que pronto estuviera mejor y pudiera hacerme el amor. Me cuidó una semana y después me amarró de la cama para poder penetrarme. Para que no gritara me amarró un pañuelo en la boca. Así lo hacía todos los días y todas las noches. Me tenía como esclava. Yo sentía que no podía más. La tristeza me iba consumiendo, siempre estaba llorando. Así viví mi embarazo, atada a una cama, sufriendo cada noche su violencia.

Dos meses antes de cumplir 10 años, nacieron mis hijos Salvador y Mauro; mis primeros gemelos, que fueron los mayores. Yo me puse muy mal porque mi cuerpo era muy pequeño para dos niños. Sangré mucho. No me pude hacer cargo de los dos bebés, así que mi hermana Silvia se llevó a Mauro, que creció con ella, y yo me quedé con Salvador.

Mi marido me cuidó dos meses y después comenzó otra vez mi tormento. Antes de que Salvador y Mauro cumplieran un año, quede embarazada nuevamente de mi hija, Giovanna. Era apenas una niña y no sabía qué hacer, con dos bebés pequeños y sin el apoyo de mi familia, no tenía otra opción que aguantar. Pero las cosas fueron empeorando. Después de que nació mi hija, él me comenzó a humillar y a golpearme todos los días. Me calumniaba, inventaba historias de que yo le engañaba con varios hombres y por eso nos maltrataba. Sus fantasías le servían para justificar la violencia. Su familia lo apoyaba porque querían que me dejara, pues había una vecina amiga de ellos que pensaban que sería una mejor esposa para



él. Ella tenía dinero y era huérfana de padre y madre, era hija única y por eso su familia quería que él se casara con ella. Esta mujer también estaba interesada en el padre de mi hija. Lo espiaba para poder platicar con él.

A pesar de la violencia, y de los planes de sus padres, vivimos juntos por seis años y tuvimos cuatro hijos: Giovanna, Víctor Hugo, José Miguel y Raúl (pues Salvador y Mauro fueron producto de mi primera violación). Por un tiempo nos fuimos a vivir a Quintana Roo, con su papá. Yo pensaba que las cosas ya no podían empeorar en mi vida, cuando mi suegro me empezó a violar. Cuando estaba sola y mi marido se iba a trabajar, mi suegro me tomaba a la fuerza. Yo se lo dije a mi marido, pero él no me creyó, me dijo que su papá era incapaz de hacerme eso. La historia parecía repetirse, nuevamente, mi palabra no valía, y la violación era negada por quienes se suponía que tenían que amarme y protegerme.

Como a los cuatro meses de que mi suegro me violó por primera vez, me quedé embarazada de otros dos niños, fueron gemelos: Víctor Hugo y José Miguel, pero mis niños nacieron enfermos a causa de los golpes que me daba mi marido. Uno de mis niños tenía un tumor en la garganta y el otro bebe tenía un tumor en los testículos. El niño que tenía el tumor en sus testículos murió a los tres meses y el otro a los cinco meses de nacido. Cuando murió mi último hijo él me echó la culpa de la muerte de mis dos hijos. Me empezó a golpear más que antes. Él comenzó a tomar todos los días y no teníamos para comer nada. Me decía que yo tenía que darle dinero para que siguiera tomando con los vecinos. Yo trabajaba vendiendo leña, me la pagaban a 15 pesos el manojo. La señora que me la compraba me daba comida porque le daban lástima mis niños.

Después de que mi marido me quitaba el poco dinero que ganaba, me confesó que su padre había violado a sus hermanas cuando ellas eran niñas y que su hermana Teresa lo había demandado. Entonces pensé en demandarlo yo también, pero me dijo que si hacía cualquier cosa contra su padre, él me mataría. Entonces en lugar de tener un marido tenía un ogro. Pensé en escapar pero cuando estaba tratando de escapar mi marido llegó y me dijo que quería que le llevara de almorzar al campo porque ya tenía trabajo por un mes. Entonces me quedé todo ese mes, pero yo no recibí un peso de su sueldo. Finalmente me decidí, y para poderme escapar vendí nueve marranos a 300 pesos; empaqué dos mudas de ropa de mis hijos, Salvador y Giovanna, y la mía. Nos fuimos a escondidas a las cuatro de la mañana. Quería regresar a mi pueblo y al llegar a la terminal pregunté a qué horas salía el primer camión para Temilpa. Nadie podía decirme eso porque no había camiones para ese lugar; me dijeron que pensara dónde quería ir. Me quedé pensando que iba a hacer, a dónde podía ir. No sabía qué rumbo tomar, me sentía completamente sola. Alguien se me acercó y me dijo: “puedes ir a Puebla o a México.” Entonces le pedí a una señora que me hiciera el favor de comprarme un boleto; y ella decidió por mí. Fue así que terminé cruzando la frontera hacia Belice, al llegar me quedé en la

terminal tres días y después me busqué un trabajo en una 'gordería.' Allá duré tres meses, pero cuando mi patrona se dio cuenta que sólo era una niña, cuidando a dos bebés, decidió llevarme de regreso con mi mamá.

Mi madre me dijo que mi marido estaba preocupado por mí y le avisó de mi regreso. Yo tenía cinco meses de embarazo de mi hijo Daniel. Cuando me volví a encontrar con él, lo primero que hizo fue insultarme, acusarme de que había andado de puta y me dijo que él no podía hacerse cargo de ni de mí ni de mis niños. Entonces mi mamá lo corrió y a mí me dijo que tenía que buscar trabajo para mantener a mis hijos, si me quería quedar a vivir con ella. Comencé a lavar y a planchar ropa ajena, pero ganaba muy poco. Era imposible conseguir otro trabajo con mi embarazo ya avanzado. Después hubo problemas con mi hermano que terminó por correrme de la casa de mi mamá. Agarré mis cosas y a mis hijos, y me vine a vivir a Cuernavaca con 20 pesos; sólo me alcanzó para el pasaje. Llegué al mercado. Tenía ya 13 años, dos hijos pequeños y uno más en camino y nuevamente estaba en la calle, sin dinero y sin apoyo de mi familia.

Ya en Cuernavaca, una señora me dio trabajo en el mercado lavando trastes. El primer día comimos en la fonda, ya no me preocupaba por la comida, pero mi problema es que no tenía un lugar para pasar la noche. La señora de la fonda les dijo a tres de sus clientes que me consiguieran un cuarto. Esos tipos me llevaron con ellos por la avenida Domingo Diez. Llegamos a un cuarto de un terreno baldío y esperaron a que mis hijos se durmieran para violarme. Cuando comenzaron a tocarme me dijeron que cooperara por las buenas porque podían matarme y violar a mi niña. Yo no quería que mi hija pasara por toda la violencia y el dolor que yo había vivido, así que cooperé con los tres, pero después me dijeron que si quería estar en esa casa tenía que convertirme en su amante. Yo no podía aceptar una situación así, ni aún en medio de mi desesperación, así que cuando amaneció tomé a mis hijos y salí huyendo. Nuevamente en la calle, sin dinero y lejos del mercado. Caminamos medio día

y nos topamos con un contenedor de basura. Comenzamos a buscar agua y comida, y comimos de lo que encontramos en la basura. Apenas si podía caminar con mi estómago grande, tenía siete meses de embarazo. No sé cómo fue que pude encontrar mi camino de regreso al mercado, pero después de mucho caminar llegué de nuevo a la fonda en donde trabajaba y le conté a la señora todo lo que me había pasado. Ella me dijo que me podía quedar en su fonda unos días hasta que consiguiera un cuarto. Me quedé tres días y conseguí un cuarto en Acapatzingo.

Estuve trabajando un mes. Después me regresé a casa de mi madre cuando llegaron los dolores de parto. Al llegar, mi mamá se soltó llorando y corrió a encontrarme. A su manera me quería, y le dolía todo lo que me estaba pasando. Yo le dije que ya era hora de que naciera mi hijo. Entonces me llevó con una partera. Nació el primero y dijo la partera que tenía otro bebé que estaba muerto, que venía de pies. Sentí que iba a morirme por-



que ya no tenía fuerzas. La partera estaba muy desesperada. Le dijo a mi mamá que ella no se hacía responsable de mi vida porque ya me estaba muriendo, porque el bebé traía los pies doblados. Mi madre se lavó las manos y le dijo a la partera que se quitara, que ella iba a ayudarme, que no iba a dejarme morir y como pudo sacó a mi hijo. Me salvó la vida. Hizo todo para que volviera del desmayo que tuve. Después de que me vio ya más restablecida fue a buscar a mi marido y le dijo que ya me había aliviado. Pero nuevamente su respuesta fue el rechazo y la violencia. Le dijo que mis bebés no eran suyos y que por él se podían morir. Mi madre le dio una cachetada y le dijo que no me volviera a buscar nunca más, que para él yo

estaba muerta junto con mis hijos. Estos son algunos de los problemas que tuve que vivir y que me fueron torciendo los caminos de la vida. Parte de las experiencias que me llevaron a ser como soy de canija. A veces quiero regresar el tiempo para ser mejor de lo que soy.

Un mes después de que naciera mi último hijo, Daniel, regresamos a la ciudad de Cuernavaca al cuarto que rentaba. Al llegar me encontré con la gran sorpresa de que mi cuarto estaba vacío. Me senté en el marco de la puerta. Mi hijo Salvador les preguntó a los vecinos que estaban trabajando de albañiles que si de casualidad ellos no habían visto quien se llevó los muebles que teníamos. Pero ellos no sabían nada; se compadecieron de nosotros y nos regalaron dos cobijas. Pasamos la noche. Al otro día me desperté, me levanté y salí al mercado a comprar comida y trastes.

Ocho días después, la dueña de la casa llegó a preguntar si yo había regresado, los vecinos le comentaron que ya estaba en el cuarto, pero que me habían robado todas mis cosas. La señora Rosa me fue a ver y me preguntó: “¿Cómo está?, ¿bien?, ¿qué fue lo que pasó? Los vecinos me comentaron que le robaron su casa.” “Sí, le respondí, se llevaron todo.” No me quedaba más que trabajar y volver a comprar los muebles. Después de un mes compré una estufa. A los 20 días compré una cama que un vecino me vendió y así empecé a amueblar nuevamente mi pequeño cuarto.

Al poco tiempo de haber regresado un amigo, que se llamaba Arturo y que me venía cortejando desde antes, me ofreció matrimonio. Yo lo conocí en mi trabajo. No lo recordaba bien, pero él me dijo que me conocía desde dos años antes, pero que nunca me había fijado demasiado en él y no lo había tratado mucho. Mi distanciamiento era en parte porque yo no quería que mis hijos sufrieran lo que sufrí con mis padrastros. Pero también pensaba en que él podía ayudarme con los gastos de mis hijos y de la casa. Así que después de dudarlo un poco, decidí aceptar su ofrecimiento y planeamos la boda para el mes de noviembre. Comenzamos a buscar padrinos y a prepararnos en la Iglesia de Amatlán. Fuimos a las pláticas, y dos meses después

nos dieron un comprobante que tuvimos que llevarle al sacerdote para el trámite de la boda.

Se nos pasó el tiempo; yo comprando las cosas y preparando todo para casarme. Cuando faltaban 15 días para que me casara, le comenté a Arturo que iba a ir a visitar a mi familia para invitarlos a mi matrimonio. Salí un domingo para Tlaltizapán. Llegué a la casa de mi abuelita, la abracé y le pregunté: “¿cómo estás?” Ella me contestó: “bien hija, pero tus hermanas muy mal.” Le pregunté que por qué. “Porque Flor tiene problemas con su marido y Agustina llegó golpeada y con sus niños.” “¿Y donde están ellas?” Me contestó que en la casa de mi mamá. Me despedí: “bueno, ya me voy abuelita, le dije, voy a ver en que puedo ayudar a mis hermanas.” Salí corriendo y disfrutando el viento fresco que acariciaba mi cuerpo. Crucé por el campo deportivo, por la barranca llena de bejucos que no me dejaban caminar. Diez minutos después llegué al apancle y me senté un rato.

Me quité los zapatos y metí mis pies en el agua. Pensé en los viejos tiempos de felicidad que tuve en ese lugar cuando yo tenía cuatro años. Corría por toda la bardita del apancle en puros calzones y veía como mis hermanos corrían, jugando adentro del agua al “18” y a veces a “las competencias.” Éramos muchos los que llegábamos a bañarnos y nos quedábamos a jugar. Estuve un rato ahí sentada, pensando en mi niñez, en los pocos días de alegría que tuve antes de que la violencia acabara con mis sueños.

Después de este recuerdo, seguí caminando y llegué a la casa de mi mamá. Estaban todos comiendo, y les dije que era mejor llegar a tiempo que ser invitada. Mi hermana Flor me dijo: “pásale, siéntate.” Pasé, las abracé con mucho cariño, les pregunté: “¿cómo están?” Agustina me dijo que “un poco bien.” “¿Pero ¿por qué dices que un poco?” “Porque no tengo trabajo y aquí pagan poco.” Le dije que si quería “vámonos a Cuernavaca, tengo un trabajo y pronto dejaré de trabajar porque me voy a casar en 15 días.” Mi hermana no lo pensó y me dijo que sí, pero que no tenía para el pasaje. Yo le dije: “No te preocupes, tengo dinero para que lleguemos. Estando allá no me preocupo, porque tengo unos ahorros.” Al día siguiente salimos y cuando llegamos mis hijos estaban cenando.

Cenamos y nos acostamos. El martes mi futuro marido llegó temprano y tocó la puerta. Yo salí a abrirle, me abrazó y me preguntó: "¿Cómo te fue?" "Bien mi amor, pero quiero presentarte a mi hermana Agustina." Él la saludó y le dijo: "bienvenida." Mi hermana le dio las gracias. Él me dijo: "vamos al mercado, a almorzar y a comprar el mandado." "Sí, cariño, si nos invitas a todos sí." Nos arreglamos y nos fuimos al mercado Adolfo López Mateos.

En la fonda de una mujer a la que le dicen La Morena, nos sentamos y una mesera nos preguntó: "¿qué van a almorzar?" Tengo tan claro ese día en mi memoria que puedo recordar con detalle que comimos cada uno de nosotros: mi hermana pidió cecina y mis hijos enchiladas, mi hija pidió pechuga empanizada y mi prometido pidió mojarra frita. Yo pedí bistec con cebolla. Como en esa fonda sólo había cinco mesas, nosotros nos sentamos en la tercera. Tenía vista para dos lados y en el mostrador había cuatro cazuelas, una tenía frijoles, la segunda tenía costilla de puerco, en la tercera mole rojo y en la cuarta adobo de conejo. Después de que terminamos de almorzar, nos bajamos a comprar el mandado. Esto pasó entre las ocho y las diez de la mañana.

Llegamos a los andenes y mi hermana pregunto que si había baño. Le dije que los baños estaban subiendo las escaleras, a la derecha. "En lo que voy al baño, ¿puedes cuidar a mis hijos?" "Sí, no te tardes." Alrededor de cinco o 10 minutos después de que mi hermana se fuera el baño, Arturo me comentó que si no me molestaba que no me llevara a la casa, porque tenía que cobrar en los puestos las cajas de frutas, porque ya era tarde y no le daba tiempo para ir a descargar el camión. Esperé a mi hermana dos horas y no llegó. Así que senté a mi hija y le dije que cargara al niño: "voy a buscar a tu tía."

Fui a los baños y no la encontré. Regresé con mis hijos. No entendía que estaba pasando. La espera había sido demasiado larga y mi hermana no aparecía por ningún lado, así que decidí regresar a casa. Tomé un taxi y le pedí que me llevara a Acapatzingo, a la vecindad de Los Charros. Mis hijos y yo bajamos el mandado del taxi con mucho trabajo porque estaba pesado y mis sobrinos se habían

dormido, por eso batallamos un poco para subir el mandado. Abrí la puerta y entramos. Yo estaba preocupada porque mi hermana no conocía Cuernavaca.

Ese día mis hijos no fueron a la escuela, se quedaron cuidando a los niños y yo salí al centro con la esperanza de encontrar a mi hermana Agustina. Pasé toda la tarde buscándola, no la encontré y fui a buscar a mi prometido. Cuando llegué a su departamento, entré con una llave que él me había dado y los encontré desnudos en la cama. No podía creerlo, estábamos a sólo unos días de la boda y él acababa de conocer a mi hermana. Fue un golpe muy fuerte para mí. Mis ilusiones estaban despedazadas, faltaban únicamente dos semanas para la boda. Él me rogó y me dijo que había sido un error, pero que me seguía amando. Pero yo no lo pude perdonar. Cuando me rogó le dije la verdad, que no lo quería y que me iba a casar con él por conveniencia, porque él tenía departamento propio, un buen trabajo y me podía ayudar con mis hijos, para que pudieran estudiar. Él me había traicionado, pero yo también lo había usado porque nunca lo amé, solamente buscaba una salida de la pobreza para mí y para mis hijos.

Tampoco perdoné a mi hermana Agustina, la corrí de la casa y le dije que no quería volver a saber de ella. Pero sus hijos no tenían la culpa y ella no tenía trabajo, ni a donde irse, así que me pidió que me quedaré con sus niños y yo tuve que aceptar. Fue así que me quedé nuevamente sin pareja y ahora cuidando cinco niños, tres míos y dos de mi hermana, que vivieron conmigo por casi dos años. Yo no quería que sus hijos anduvieran rodando en la calle como había andado yo. Estaba yo tan enojada que quemé mi ajuar, quemé el vestido y todo lo que tenía para la boda. Tuve que avisar en la Iglesia, a los padrinos y a todos los amigos que la boda se había cancelado.

Seguí trabajando de mesera en una fonda para poder mantener a los cinco niños. Durante casi ocho años me busqué la vida, de restaurante en restaurante, trabajando de mesera y de cocinera, pero sin volverme a enamorar. Fue en uno de estos restaurantes que conocí a mi pareja actual, era un muchacho muy serio, muy callado.

Llegaba a comer al restaurante Los Arcos, con todos sus amigos y podían gastar hasta cinco mil pesos en comida y bebida. Un día, que era mi día libre, llegué al restaurante a ver a una amiga, llevaba a mis hijos para disfrutar el día, y él estaba ahí. Me pidió que yo lo atendiera, pero le dije que era mi día libre, y él me ofreció pagarme el doble si lo atendía. Era mucha tentación, porque yo necesitaba dinero, así que me puse el uniforme y lo atendí. Entonces se presentó conmigo. Su nombre era Luis y era albañil. Yo sólo le dije mi apodo, que era Mary, y ni siquiera le quise dar mi apellido. Primero me resistí, pues me invitaba a salir; pero le dije que no salía con mis clientes, así pasaron casi tres años en que él iba periódicamente al restaurante a comer y me hacía plática. Poco a poco nos fuimos haciendo amigos y después de dos años de andar de novios me propuso matrimonio. Primero le dije que no, que mis hijos estaban chicos y que primero quería que crecieran e hicieran su vida antes de buscar una pareja. Pero después quedé embarazada de él y decidí casarme. Luego conoció a mis hijos y le gustaron mucho, me dijo que eran muy buenos niños, muy nobles. Mi hija Giovanna estaba entusiasmada con la boda, pero mi hijo Salvador se puso celoso. Yo le expliqué que no podía con toda la responsabilidad de la familia y que necesitaba un compañero.

Fue mi primer matrimonio. Nos casamos por la iglesia católica en su pueblo. Yo tenía tres meses de embarazo y él se hizo cargo de todos los preparativos de la boda. Me llevó a su pueblo Zacatlán de las Manzanas. La boda duró tres días, con música de viento, mariachis. Su familia me trató muy bien, pero pensaban que era señorita, no sabían que tenía hijos. Le decían Luis: “Te sacaste un diez con esta señorita” “y señorita para acá y señorita para allá,” y yo con mi secreto. Yo me sentía un poco fuera de lugar porque todos hablaban en náhuatl, mi suegra apenas si hablaba español, y toda su familia y todos en la fiesta hablaban en náhuatl.

Durante el embarazo fuimos dos veces a su pueblo y yo ya me había encariñado con él y tenía mucho entusiasmo con el nacimiento de nuestro hijo. Pero en uno de los viajes él se puso a coquetear con otra mujer que venía en el autobús. Tenía ocho meses de

embarazo y me sentía fatal. Me bajé del autobús y tomé un taxi a otra central de autobuses de donde salían carros para Cuernavaca. Llegué a mi casa y me encerré a llorar. Cuando él llegó a la casa y quiso hablar conmigo lo corrí y traté de salirme del departamento, pero había basura en el pasillo y me resbalé, caí rodando por las escaleras. El parto se me adelantó por el golpe, pero el niño nació muerto, estaba todo moradito de su cuerpo.

La pérdida de mi bebé me puso muy triste por un tiempo, pero ya tenía a mis otros cuatro hijos y además tenía a Antonio, que era mi marido, y trataba bien a mis hijos. Con el tiempo me volví a embarazar, y nuevamente nos llenamos de ilusiones. Me cuidaba mucho para que no volviera a pasar lo que me pasó con el otro embarazo y con los otros dos niños que se me habían muerto. Nunca imaginé que con este bebé llegarían nuevos sufrimientos a mi vida...

Mi último día de libertad

Era el jueves 21 de diciembre de 2007. Me levanté muy temprano para preparar el almuerzo y el lonche de mi marido y de mi hijo. Salí al baño, me cepillé los dientes, después entré a la cocina y abrí el refrigerador para ver qué podía hacer para el desayuno, había varios blanquillos, pensé en guisarlos a la mexicana. También había un paquete de chuletas, las guisé con salsa verde de tomate. Desayunamos y después mi esposo se fue a trabajar y mi hijo Salvador también. Mis hijos menores se fueron a estudiar. Giovanna a la secundaria y Daniel a la primaria. Yo me quedé sola en casa, pensé en acostarme otro rato, pero tenía que hacer todo el quehacer en la casa, así que comencé recogiendo los trastes y los lavé.

Era un día como cualquier otro, tendí las camas, sacudí los muebles, barrí y trapeé y después salí a barrer la calle. Terminé y me senté un momento a pensar que iba a hacer para la comida. Después me bañé, tomé una bolsa y me fui al mercado; en el trayecto me encontré a una de mis hermanas y me preguntó: “¿como estás?, ¿por qué no has ido a visitarme?” Respondí: “porque me cansa mucho mi embarazo.” Después ella se despidió porque iba a recoger a su hijo

y yo me encaminé al mercado, hice la compra y regresé a mi casa a hacer la comida.

Esperé a los niños que estaban a punto de llegar de la escuela. Cuando llegaron, corrieron a verme y me preguntaron: “¿cómo estas mamita?, ¿Qué vamos a comer?” Les dije lo que les había preparado y nos sentamos juntos a comer. Mientras ellos hacían la tarea, lavé los trastes y los acomodé en el escurridor. Después me fui a acostar un rato porque me sentía muy cansada. Dos horas más tarde llegó mi hijo Salvador, y llegó mi marido. Me preguntó: “¿cómo estás y cómo está mi pancita?” “Bien, amor, pero me siento muy cansada,” le respondí. “No te levantes, descansa, yo y los niños preparamos la cena.” Para esto yo tenía ocho meses y una semana de embarazo. Media hora más tarde cenamos y después mi niña levantó los trastes de la mesa y fuimos a la sala a ver la televisión.

Vimos una película, *La era del hielo*, y cuando terminó nos acostamos. Mi esposo me dijo “nunca me abandones, mi vida porque a tu lado soy muy feliz”. Y le dije “no mi amor. Yo en ti encontré la felicidad y por todo este amor que tenemos hay que luchar para esperar este hijo que está por nacer;” “sí, preciosa,” me respondió. Ni él ni yo imaginamos que nuestra felicidad estaba a punto de terminarse.

Al día siguiente nos levantamos temprano y entre los dos preparamos el almuerzo y levanté a los niños para que comieran, se arreglaran y se fueran a la escuela y a trabajar. Le comenté a mi marido que tenía cita para checar mi embarazo y salimos juntos de la casa, él a su trabajo y yo al Hospital General. Tomamos, el microbús, juntos; él se bajó en el centro y yo en el mercado. Me fui caminando hasta el hospital. Llegué y le dije a la secretaria que tenía cita con la doctora Teresa. Ella me comentó que la doctora no estaba, que me iba a atender otra doctora y que esperara en la sala de espera, que ella me llamaría. Me senté media hora y después salió y me dijo que en la sala de discapacitados estaba la doctora que me atendería y me llevó con ella. La doctora me dijo: “póngase esta bata.” Fui al baño, me puse la bata, salí y me mandó que me acostara, pero que me quitara

las pantaletas. Me quité el calzón, me examinó y cuando terminó me comentó que ya iba a nacer mi bebé. Yo le dije que todavía no era hora, que me faltaban tres semanas para cumplir nueve meses. La doctora me explicó que a lo mejor yo trabajaba mucho y que por eso se me había adelantado mi parto. Me inyectó y me mandó a caminar para que el cuello de mi matriz se abriera, para que pronto naciera mi pequeño.

Caminé durante una hora y después la doctora, que se llamaba Irma, me hizo el tacto y dijo: “ya es hora de que nazca porque ya está coronando.” Yo tenía fuertes dolores. Me quedé acostada, pero estaba preocupada porque no podía avisarle a mi esposo o a mis hijos. Le expliqué a la doctora mis temores y le pedí que me dejara hablarle a mi familia, porque no podía concentrarme en la labor de parto. La doctora me tranquilizó con su comentario: “no te preocupes; yo puedo comprarte ropa para tu bebé y para ti, pero por favor puja porque si no lo haces, tu hijo morirá y tú no quieres eso, por favor ayúdeme.” Dilaté en trabajo de parto casi dos horas. Cuando nació, la doctora bañó a mi niña y después a mí, cuando terminó de bañarnos, a mí me puso la bata y a la niña la envolvió en una sábana porque no tenía ropa, después me dijo: “voy al mercado a comer y de paso te traigo ropa para tu niña; no te preocupes, estarás en tu casa hoy a la tarde o en la noche, yo te pago un taxi.”

Cuando regresó trajo una camisita, una chambrita y un pantaloncito. Cambió a mi niña y después me dijo: “levántate despacito y cámbiate, ya te puedes ir a tu casa.” Salí del hospital a las seis de la tarde y en la salida la doctora me dio cien pesos para comprar pañales y pastillas para el dolor.

Me mandó a la farmacia que está a un lado de “Urgencias” y compré tres pañales y las pastillas. Después caminé hacia un taxi que estaba estacionando cerca del “Banco de sangre” y antes de llegar al taxi, una mujer se me acercó y me dijo: “dame al niño,” yo me negué y segundos después alguien me picó por atrás con una pistola y me dijo: “no grites porque te mueres.” Me quedé callada y obedecí lo que me dijeron: “dale al niño y súbete al coche.” Le di a mi niñita

y me subí al coche donde me taparon la boca y me ataron de pies y manos con cinta canela. Después de esto, el señor se subió al coche y la mujer también. Inmediatamente que comenzó a manejar el coche, la mujer le preguntó: “¿qué vamos a hacer con la señora” y él le dijo “la matamos y la tiramos en una barranca.”

Yo pensé en mis hijos y comencé a pensar cómo podría liberarme las manos. Me agaché y con cuidado me quité el masking tape de la boca y después busqué con que defenderme y me acordé que en mi bolsa traía un cortaúñas con navaja. La saqué y la tuve entre mis manos. Como a las seis y media llegamos a una barranca que está a orilla de carretera por Las Palmas. El señor se bajó y abrió la puerta de atrás donde yo estaba. Ahí me enseñó fotografías que él traía de varios miembros de mi familia. Hasta entonces me di cuenta que todo esto había sido planeado con anticipación y que tenían tiempo siguiéndome. El hombre me dijo que si no lo obedecía en todo, mi familia lo iba a pagar muy caro. Después me tomó de los cabellos, yo lo ataqué con el corta uñas y después empecé a gritar pidiendo auxilio.

Cuando llegaron los policías, ellos cambiaron toda la historia, dijeron que la niña era su nieta y que yo les había pedido un aventón y que cuando me subieron al carro intenté quitarles a la bebe. Todo era mentira, no podía creer que ahora trataran de culparme a mí. Yo les dije que buscaran en los registros del Hospital Civil y que ahí encontrarían la información sobre mi parto y que podían revisarme y confirmar que acababa de parir. Pero no me escucharon, me llevaron presa y la pareja se quedó con mi bebé. No me hicieron ningún análisis para comprobar que había parido y dicen que en el hospital no había ningún registro de mi ingreso. La doctora que me atendió no existía y no había ningún rastro de que yo había pasado por el hospital. Yo estaba confundida, no podía entender lo que estaba pasando, me llevó tiempo entender que me habían robado a mi hija, que todo estaba planeado para que yo terminara aquí, acusada de intento de homicidio. Me sentenciaron a siete años de prisión.

La Malquerida

Águila del Mar

iSoy la malquerida del que fue el amor de mi vida
soy la malmirada del terrible monstruo
arma de doble filo: sociedad!
Soy tejedora de mis sueños,
forjadora de mi propio destino

Soy esposa del que me quiera
Soy amante del que me desea
Soy hija proscrita, hija rebelde
coleccionista de amores
guerrera eterna, romántica
apasionada por excelencia.

Soy hermana de las águilas dispersas
cada una pendiente de su nido
amazonas templadas en el fuego.

Soy águila hermana de sangre presa,
cautiva con el alma en espera de emprender el vuelo.
Se crearon en mi ser, nacieron de mi alma.

Soy madre de la noche
Soy madre del día, niña sol, niña luna
princesa de un cuento, hada de una fábula
divina trinidad,
porque somos una sola, un solo espíritu
una sola carne

Soy

Te necesito

Susuki Lee Camacho

Querida Morelitos: que buen plan el que te estés preocupando: te diré, extraño tus regaños, las tardes en que solíamos comer juntas; no sabes como deseo ya verte de vuelta, no importa que te enfurruñes conmigo cuando te abrazo tan fuerte, tan fuerte que terminas por decir ¡oye!, me cortas el aire; yo me suelto riéndome a más no poder. También te debo una disculpa, ni siquiera vi el momento en que te ibas, que inconsciente, pude estar ahí para al menos desearte ¡suerte! Digo, por lo menos, ahora me resta pedirte una cosa, que te apures a recuperarte y te vengas a acompañarme, como esas veces que la pasábamos juntas, ya quiero verte.

De veras *abue*, dime, con quien bromearé si tú no estás, así que no tardes, aunque no lo sepas, ya morimos por verte de nuevo, te necesito restablecida a la voz de ya, ¿ok? Te queremos no se te olvide.



Mira, si te apuras aún encontrarás en buen estado mi sorpresa que preparé para tu llegada, confío en que, mientras te recuperas, volverás más fuerte como de 15 años, ja ja ja. No tardes, te quiero, espero tu regreso con ansias, *abue*.

Me duelen...

Alejandra Reynoso

La adolescente Alejandra está en la orilla del apantle y su mamá le dice: que hermosa te ves hoy, veo que cada día que pasa tu cuerpo va cambiando. Mamá no sé qué me pasa, me duelen mis chichitas cuando me acuesto en la barda a tomar sol. Es parte de la naturaleza, a todas las mujeres nos crecen, no te preocupes, pronto se te quitará, no permitas que te las toquen porque te dolerán más.

Nunca olvidaré que mi mamá me dijo esa tarde que soy bonita.

9. Sol: Acabas de perder todo, ¡que Dios te bendiga!

Águila del Mar



Al paso de los años, miradas y recuerdos ocultos observan y cobran vida en la historia de una mujer común en un lugar común. Su nombre Sol, esposa y madre de familia. Mar impredecible que cautivaba con sus ocurrencias el corazón de su esposo; momentos inolvidables.

Hombre correcto, dictador de su propia verdad, en su afán por someterla a ideas conservadoras y crearle una imagen de “perfecta esposa” olvidaba que ella era dueña de una rebeldía impulsiva. Aunque sus ideas y costumbres no eran compatibles, no les impedía

amarse de la manera en que lo hicieron y me atrevo a decir que de una forma descomunal.

Sol cometió muchas locuras en nombre del inmenso amor que le tenía su esposo. Una de esas locuras fue crear una imagen camaleónica de ella misma; todo lo contrario a los gustos conservadores de él.

Su esposo tenía jornadas pesadas de trabajo de oficina. No había tiempo para darse un respiro para Sol. Él se merecía un descanso, un regalo que le demostrara la profunda admiración que ella

le tenía. Consiguió un pequeño trabajo que le permitió ahorrar lo suficiente para sus planes. Compró un atuendo íntimo muy provocativo, rentó el mismo cuarto de hotel donde estuvo por primera vez con él. Todo estaba ya listo.

Un cuerpo joven antes de la entrega, contemplaba su semblante frente al espejo. Se mira sonriente vestida con un hermoso atuendo negro, piel para este sueño. Maquillaje para la ocasión y un delicioso aroma llamado Tentación, llamado *Suzette*. Toma el teléfono, marca a la oficina de él. -¿Sol?, amor, ¿cómo estás?

-¡No! No soy tu esposa. -¿No? entonces ¿quién es usted? Me llamo *Suzette* y estoy a tu servicio por el día de hoy, algo así como tu dama de compañía, te veo en una hora afuera de tu oficina.

Sin decir más, Sol cuelga, termina los últimos detalles y se dispone a salir. Llega la hora. El hombre afuera de la oficina observa por todos lados, baja los escalones y *Suzette* lo sorprende con un beso candente, susurrándole al oído “deseo tu desnudez”. -Sol, ¿por qué te vestiste así? Sabes que no me gusta. Lo besa y hace señal de silencio. Oye, ya te dije que no soy tu esposa, además ella no sabe nada, ¿o sí? ¿A dónde vamos?, pregunta él. Ven, tomemos un taxi.

Camino al hotel continuaron los besos y caricias provocando espasmos en sus sexos, el aire se torna en deseo, en un susurro *Suzette* pregunta: -¿Me veo mal? El hombre la observa de arriba abajo. -No, me encanta. ¿Sólo para mí? Sí, sólo para ti.

En los pasillos del hotel, los murmullos de amor profanaban los silencios. *Suzette* y su amante rozaban sus muslos tocándose con malicia. Entran a la habitación. Ésta lo empuja tirándolo en la cama. ¿Sabías que en este cuarto estuve por primera vez con mi esposa? ¿Sí? ¿Qué tan buena amante es tu mujer? La mejor. Ella está aprendiendo conmigo y yo con ella.

Suzette sirve una copa y dándosela a beber, pregunta: ¿La amas? Mucho, es lo mejor, mi máspreciado tesoro. Ella y mis hijas.

Con besos, *Suzette* toma el control, comienza a desvestirse, dejando a la vista lo que cubría sus partes más íntimas con encajes

negros, él roza sus muslos, sus pechos, listo para poseerla. Hicieron el amor hasta el cansancio, repitiéndole una y otra vez cuánto la amaba y ella susurraba lo mismo por él. Fue una noche inolvidable para los dos. Cuando él despertó, había una nota en la cama: “Espero y nos volvamos a ver algún día. *Suzette*”.

Él llega a su casa y Sol lo recibe con una sonrisa. Hola amor, ¿cómo te fue?, ¿trabajaste toda la noche? Se acerca a ella, la abraza por detrás, dándole un beso en el cuello, unas lágrimas brotan de sus ojos. Eres maravillosa. Tú también. Vamos, báñate, ya está tu agua. Siéntate a desayunar, ordena. ¿Las niñas? Están durmiendo. Él se asoma a su cuarto y las besa con ternura de papá. El amor se respira en el aire de esa habitación.

Sol guardó el recuerdo de *Suzette* en un cajón. El tiempo pasó, el amor se fue enfriando; “todo torrente se congela”, la pasión se hizo hielo. Todavía ninguno de los dos sabe qué pasó.

El emperador no supo manejar su poder. Nuevas aspiraciones y mejor puesto. Nuevas relaciones sociales, cenas de protocolo donde la esposa era el orgullo de él. Ella, hundida en la soledad, suspirando por un “te amo”, un beso sorpresa, una flor, una palabra, una sola palabra sólo para ella.

Pero él se lleno de ambición, de más poder, de más fuerza. Llegaron los golpes, las ofensas, las llegadas tarde. Por cada ofensa, un arreglo floral; por cada golpe, una joya, un celular y hasta un *nextel* para que ella, Sol, no tuviera ninguna excusa para no contestar e informar a papi dónde se encontraba y con quién. Llegó al extremo de temblar de miedo y rabia con su sola presencia. Si algo salía mal, todo, absolutamente todo, era culpa de ella.

Se estaban haciendo mucho daño. Un día ella se enteró que la engañaba con otra mujer. El dolor y rencor se apoderaron de su corazón; ¿qué hice mal?, se preguntaba una y muchas veces.

Un demonio fue creciendo en ella. Comenzó un juego muy peligroso, que más tarde la llevaría a caer en un laberinto difícil de salir: conoció a otro hombre, se refugió en él. Sus caricias y besos la hicieron vivir, soportando el silencioso infierno, vivir una doble

vida. Engañarse a sí misma dos veces. Ella sentía una pasión infernal y por esa pasión llegó al extremo de retar a su propio marido. Como una perra se defendía a sí misma, a sus hijas y a su pasión, ya no más golpes. ¡Ya no!

Ahora la indiferente era ella. Había cobrado una fuerza extraordinaria y a través de una sonrisa transmitía alegría que salía de su corazón y provocaba en su esposo celos enfermizos. Un día Sol encontró a su esposo acariciando el atuendo de *Suzette*, sus ojos enrojecidos no podían ocultar la nostalgia de aquellos momentos vividos. Deja mis cosas, dijo ella, arrebatándole las prendas íntimas. Él, en silencio, salió rumbo al trabajo.

Una llamada rompe los pensamientos de Sol. Por el identificador sabía que era él. ¿Qué quieres? Hace tiempo conocí a una mujer llamada *Suzette*. ¿Y...? Quiero volver a verla. Pero, *Suzette*, murió. ¡No!, yo sé que no, dile que la espero en el parque que ella conoce. Sol entendió el mensaje, pero no sabía qué hacer: serle fiel al amor o a la pasión. Los rostros de sus hijas tristes de tanta violencia, la convencer de que tal vez ésta podría representar una oportunidad de volver a ser una familia de nuevo. Saca el atuendo de *Suzette*, caminando nerviosa lo observaba y pensaba qué hacer con la esposa intachable o la mujer que ha vuelto a vivir. Un mensaje a su celular rompe el silencio: "Hola preciosa, estoy pensando en ti. Llámame cuando puedas. Art."

No pudo evitar el llanto. Sol vivía atormentada. Sentía que le iba a ser infiel al hombre que deseaba con locura. Tomó una decisión. Compró todo lo necesario para la ocasión. Complementándolo con un liguero, unas medias sensuales y un elegante corset que hacía de su apariencia una mujer más madura, más mujer. Un pantalón entallado y una blusa escotada que por sí misma incita a tocar. Una *Suzette* totalmente diferente.

Llega puntual a la cita, observa a los lados, cuando un hombre se acerca, era él y en su mano, traía un papel. Hola, hace mucho... Sí, hace mucho... ¿Recuerdas esta nota? Sí. ¿Recuerdas lo qué dice? Sí, pero vamos a hablar del precio de mis servicios.

Desconcertado él, pregunta: ¿cuál va a ser el precio por volver a estar contigo? Barato: la libertad de tu esposa; déjala ir con sus hijas. ¿Ella me quiere dejar? Sí, sería lo mejor para los dos. Si la dejas ir, te prometo la noche que jamás olvidarás. Creo que es el pago justo a mis servicios. Está bien, responde él. Acercándola a su pecho mientras que de los ojos de ella brotan lágrimas, la toma del brazo diciéndole: Todavía recuerdo ese día, ¿tú, no? Sí, también.

Con un beso sellaron el pacto. La besó con pasión y ella no pudo contenerse más. Las lágrimas brotaban. Se dirigieron al hotel, a la misma habitación y al entrar en ésta, había flores por todos lados. Él le sirve una copa y dice: Cuéntame de ti, ¿eres casada? Sí, tengo una familia. ¿Hijos? Dos niñas. ¿Y tú esposo? Ella evita su mirada y decide no contestar. Te pregunté por tu esposo. ¿Eres feliz? Con mirada de coraje, le contesta: No, no soy feliz. Lo fui hace mucho tiempo. ¿Lo amas? No me preguntes por favor. Él la abraza y con llanto le reitera la pregunta: ¿Lo amas?, ¿lo amas? Ella no pudo soportar la presión: Sí. ¡Sí! Ahora yo quiero saber: ¿si él me ama a mí? ¿Qué te dicen mis ojos? No lo sé, dímelo tú: ¿él me ama?

No le contesta y sigue besándola, comienza a hacerle el amor con una pasión desenfrenada; ella toma su celular, enciende la cámara y comienza a hablar y dice: Este momento queda plasmado y cada vez que veas este video recordarás a una mujer llamada *Suzette*. Sosteniendo la cámara hacen el amor, filmando paso a paso, caricias, besos, gemidos. Parecía una competencia de quién era el mejor. Sol, en su mente, por momentos, imaginaba que le hacía el amor al otro y eso la hacía desatarse más.

Deseaba pertenecerle más al otro que a su propio esposo. Su cabeza era un huracán de pensamientos: amor, odio, pasión, engaño, traición. Él se quedó dormido. Ella sacó una navaja, se acercó a él, pero no pudo matarlo, no pudo, la escondió. Se acostó junto a él. Lo observaba cómo dormía, hasta que ella misma se quedó dormida. Él despertó, la acariciaba y la observaba, con una voz silenciosa repitió todavía: te amo, todavía te amo, eres el amor de mi vida, mi Sol. Ella alcanzó a escuchar sus palabras, sentía remordimiento por

amar a otro hombre. Despierta sin decir nada, se baña, se viste y al salir: Se acabó el momento. Espero y te haya gustado, ahora quiero mi pago. Él sólo la observa sin decir nada y comienza a vestirse.

Salen del hotel. Toman un taxi, van en silencio pensativos. Se miraban y saben que todo está dicho. Al llegar a la casa, él la empuja. Estaban solos. Las niñas dormían en casa de su abuela. Sol enfurecida se lanza sobre de él, golpe tras golpe desangraban sus corazones ya heridos. Jamás te vas a ir de mi lado, ¿me estás escuchando maldita puta? Te quieres largar, irte con ese imbécil. Sol se defendía como podía hasta que quedó inconsciente. Al despertar, estaba tirada en el suelo, su cuerpo herido, no podía moverse, Sol ya no quería vivir, no tenía fuerzas. Su resentimiento la hizo tomar pastillas tratando de envenenarse; ya no quería vivir más.

Sol abre los ojos. Lo primero que observa es la luz de una lámpara y el murmullo de voces. ¿Ya despertó? ¿Sol, amor, cómo te sientes? Mira a su agresor como un demonio enfurecido lleno de rabia. Hijas, mamá despertó. Mami, ¿qué te pasó?, ¿te duele? No puede contener las lágrimas y con voz quebrada contesta: Sí, un poco, pero no se preocupen, estoy bien. Seca sus lágrimas con suaves caricias. Mami, ¿quién te pegó? Antes de contestar, su esposo interviene: A mamá la asaltaron; los ladrones la golpearon. Pero no se preocupen, mamá está bien, está aquí con nosotros y no se va a ir, ¿verdad, amor? Todos estábamos preocupados por ti, no sabíamos dónde estabas.

Se dio cuenta que él ya había inventado una fabulosa historia. Con mirada sarcástica, en su mente repetía: maldito, que buen actor eres; me las vas a pagar, te juro que me las vas a pagar.

La preocupación de su familia era evidente: Hija, ¿qué te pasó?, le pregunta su padre. No, no quiero hablar, no me pregunten nada por favor. Alterada, no pudo contenerse más y rompió en llanto. Él ordena a su suegro: Déjenla descansar, yo la voy a cuidar. Ella no está bien, tiene los nervios destrozados, llévate a las niñas. Al cerrar la puerta, él pregunta a Sol: ¿Por qué lo hiciste, eh? Ella no responde. Te pregunté por qué lo hiciste. Ella no contesta, sólo lo observa

retándolo. No me mires así, estúpida. La toma de los cabellos y del cuello. Si insistes en largarte te meto a la cárcel o yo mismo te mato. Escúchame bien, eres mi esposa, ¿lo oyes?, mi esposa. Entiéndelo, yo soy hombre y puedo hacer todo lo que yo quiera, ¿escuchaste bien? Ahora vas a obedecerme. El profundo rencor que Sol tenía, se transformó en odio a muerte.

Pasaron los días, enloquecida planea cómo hacerlo pagar. La mejor manera, mandarlo a golpear, pensó. Un juego cada vez más peligroso. Pero el camaleón toma forma y colores distintos. Frente a él, era una esposa sumisa, obediente, con el color de la pureza y el sufrimiento. A sus espaldas, el demonio enfurecido, clamando venganza; el color de la desgracia.

Tras sus dudas, estaba la pasión por el hombre que deseaba. A cada instante se preguntaba: ¿Qué es lo que realmente quiero? Piensa, Sol, piensa. ¿Estás segura de lo que quieres hacer?, ¿qué tal si se les pasa la mano y lo matan?, ¿vas a cargar con su muerte por el resto de tu vida? Mírate, ya no tienes vida propia, eres un desastre. Tus hijas te necesitan. ¿Qué hacer? Dios, ayúdame.

Después de mucho pensar, se decide demandarlo y acude a la Procuraduría de la Mujer y la Defensa del Menor. La atiende una mujer amablemente. Sol comienza a relatarle el problema su situación por demás insostenible. Tiempo atrás había acudido a la misma Procuraduría, a denunciar los malos tratos de su esposo,



pero la funcionaria que la atendió le dijo que no tenía una prueba contundente de los golpes y de la infidelidad, que no se podía hacer nada, ya que era trabajador de gobierno y sostén familiar; y que no era ni la primera ni la última esposa engañada y golpeada. Aún no se había reformado la ley para protección de la mujer.

La mujer escuchó atenta y levantó el acta correspondiente, con esto ya te puedes ir a tu casa y llevarte a tus hijas. Demanda el divorcio y la pensión de las niñas. Ahora con la nueva Ley de los Derechos de la Mujer no estás obligada a seguir soportando más humillaciones. Al escuchar esto, Sol sintió un gran alivio.

Pronto seré libre, por fin tendré mi paz, pensó. Ahora mi historia será distinta. Venderé mi casa y me iré lejos con mis hijas, empezaremos de nuevo. Sol toma su celular y llama a una amiga muy querida por ella. Hola. Discúlpame que te moleste, pero estoy

Sol cometió muchas
locuras en nombre del
inmenso amor que le
tenía su esposo

en el banco. Por favor pasa a la escuela por mis hijas, y paso por ellas a tu casa. Gracias.

Terminando con su diligencia, Sol toma un taxi rumbo a la casa de su amiga. Su corazón y conciencia se invadía de sentimientos, miedos,

preguntas, pero también de decisiones contundentes y en silencio decretaba: Ya no puedo seguir con este plan macabro. He gastado dinero, fuerzas, he descuidado a mis hijas y no he conseguido nada, solamente hacerme más daño. No como, no duermo, esperando el momento de verlo acabado y no es lo que realmente deseo. Sólo quiero mi paz, no una doble vida. Debo dejar la pasión y el amor. Aprender a salir adelante frente a una sociedad que hiere con el filo de su crítica. Como muchas, no seré ni la primera ni la última fracasada que construyó su hogar en cimientos de arena, que al derrumbarse dejan a la vista la terrible y cruel realidad. Donde lo único que importa es el valor de ser mujer; pero yo ni eso soy. Me he convertido en una piltrafa humana; me doy lástima a mí misma. Pero ya no más, aprenderé a quererme, a valorar lo que realmente tiene valor: mis hijas.

Al llegar a la casa de su amiga: Hola. ¿Y mis hijas? Tu cuñada pasó por ellas y no quiso dejarlas venir conmigo. En ese momento llega otra amiga, con cuyo destino su vida se vería entrelazada. Le dice: Sol, ¿se te hizo tarde, no pasaste por tus hijas?, ¿cómo vas con tu marido? Mi tío quiere saber si sigue buscando o no. ¿De qué hablan?, ¿buscar qué?, ¿qué se traen?, pregunta la otra amiga. Sol contesta segura de sí: No te preocupes, ya no quiero nada. Quiero irme lejos con mis niñas. Ya lo demandé y me dará el divorcio quiera o no. Venderé mi casa y así pondré un negocio. ¿Y tu amor...? Él tiene una familia y ese es su lugar. He soñado con estar con él, pero eso nunca podrá ser, porque yo no quiero destruir a una familia como lo hicieron conmigo, con la mía. Las llamadas de la amante de mi esposo son cada vez más descaradas y más ofensivas. Se atrevió a insultar a mis hijas. Me enteré por ella misma de su relación con mi esposo. Que se quede con ella, los dos son iguales. Él es un canalla y ella... Bueno, estoy contenta; ya me voy, tengo que preparar de comer y hacer el aseo de mi casa. Gracias, amiga.

Al salir rumbo a su casa, su cómplice la alcanza. ¡Sol!, ¡espérame!, ¿tienes tarjeta de teléfono? Sí, ¿vas a llamar? Voy a pedir a mi taxista exclusivo. Se detienen en un teléfono público, cuando un carro se detiene. Es el esposo de Sol.

La amiga de Sol toma los documentos y los esconde mientras él dice enfurecido: ¿Qué haces aquí, dónde estabas? Sol, aterrada, no sabía qué decir. Disculpa, yo le pedí la tarjeta a tu mujer para llamar y la entretuve. Tú cállate, maldita vieja. ¿Tú eres su tapadera, verdad? Y tú me las vas a pagar. ¡Súbete!, ¡súbete al carro! No le hagas nada. Sol, Sol. El esposo de Sol arranca su carro, se dirige a un callejón solitario, se detiene y golpea a Sol. Dime dónde estabas, ¿con tu amante, verdad?, ¿ya te revolcaste con él? Dímelo. Ella se defiende: ¡Déjame maldito! Yo no soy como tú, jamás te he engañado ni le he pertenecido a otro. No soy una perra como tú. Con un golpe de puño cerrado, le contesta: ¡Cállate!, y dime ¿por qué no fuiste por las niñas y mandaste a tus amiguitas?

Arranca el carro de nuevo y se dirige a casa. Ahí estaban las niñas angustiadas. ¡Mamá!, ¡mamá!, ¡ya no quiero que papá te pegue!, ¡ya no le pegues, papá! Él, incontrolable, la jala del brazo y se encierra con ella en un cuarto. Maldita perra, mis hijas están llorando por tu culpa. Por última vez te lo voy a preguntar: ¿dónde estabas? Fui a demandarte. Termíname de golpear para que vean realmente quien eres. No sabes cuanto te odio. Él, sorprendido y sin decir nada, sale de la casa. Se detiene pensativo durante un buen rato.

Sol intenta recuperar recuperar la calma para tranquilizar a sus hijas. Les prometo que es lo último que van a ver. Ya no más golpes, ya no verán esto que las lastima. Perdónenme por permitir que esto se convierta en un infierno. Pero él regresa en el momento en que ella estaba dándoles de comer. Él la observa retadoramente, y dice: Sol, ven. Vamos a hablar. Está bien, vamos a la recámara. ¿Qué quieres, Sol? No podemos seguir así. Quiero irme, ya lo sabes. Tú y yo no podemos estar juntos. Esto no es una familia, no es vida. Quiero irme lejos, rehacer mi vida de nuevo. ¿Con él? Él no está en mis planes. No quiero una relación ahora.

Después de discutirlo por horas; llegaron a un acuerdo mutuo. Está bien, Sol, vete donde quieras, pero yo iré a verte una vez por mes. Por mis hijas te voy a apoyar. Y una última condición: te vas a ir cuando ellas salgan de la escuela, en vacaciones. Esas son mis condiciones. Está bien, pero no quiero que me maltrates en todo este tiempo. Los días transcurrían lentamente. Los dos se mostraban considerados. Él llegaba con regalos sorpresa para ella y para las niñas. A cualquier hora llegaba a casa; tal vez para vigilarla y para que no tuviera contacto con otro hombre. Ella tenía un objetivo: seguir con sus planes, irse lejos. Aunque a veces su amante la llamaba, Sol evitaba contestarle.

La inseguridad de su esposo era evidente. Checaba sus llamadas buscando pruebas de la infidelidad. Ella de pronto sentía que las cosas se podían arreglar. Pero no. No quería dar marcha atrás, su decisión estaba tomada y la fecha se acercaba.

La última llamada que recibió Sol de la amante de su marido, fue una tarde. ¿Bueno?, contesta Sol. ¿Crees que me ganaste? Hola, puta de mi marido, ¿cómo estás? Ya me estabas preocupando. Creí que te habías muerto. Mira, dice la amante, idiota, “la que ríe al último...” Ya lo sé, “...ríe mejor”. Esa frase ya me la sé. Escúchame bien: quédate con él, es tuyo, ¿qué más quieres? Es tu premio. Te juro que me las vas a pagar. Sol, con una sonrisa maliciosa, cuelga y sigue con sus labores.

En las noches, cuando su esposo llegaba de trabajar, preguntaba con insistencia: ¿Cómo te fue?, ¿a dónde fuiste? Luego tenía que cumplir con sus obligaciones conyugales como una buena esposa. Sol creía que tenerlo contento, sin contradecirlo, era lo más recomendable y así evitar problemas. Pero no se daba cuenta que su vida estaba por dar un giro. La desgracia estaba tocando a su puerta.

Una mañana, al dejar a sus hijas en la escuela, recibe una llamada. Bueno, sí, diga. ¿Seño-

ra Sol?, oye al otro lado. Sí, perdón, ¿quién habla, quién es usted? Soy la persona que quedó en hacerle el trabajo que quiere. Necesito verla. Sol, sin decir más, temerosa, cuelga. Se dirige a la casa de la amiga que era cómplice de su plan. Toca la puerta. ¡Hola, Sol!, ¿por qué traes esa cara? Me acaba de llamar un hombre y no sé quien es. ¿Cuál? No sé. Qué es la persona que me va a hacer el trabajo, pero ya no quiero nada. ¿Y tu tío? No está. ¿A qué hora llega? No lo sé, tranquilízate. No me puedo calmar. Tengo miedo, estoy asustada.



Por favor, cuando llegue tu tío pregúntale quién es ese tipo, que hable con él y le diga que ya no me moleste, que no quiero nada. Sí, amiga. Cálmate, cuando llegue mi tío hablo con él. Ya sabe que te arrepentiste. Me voy, pues mi esposo me tiene vigilada y no quiero que me pase lo que viste aquel día.

Sol continuó con sus actividades. Ya por la tarde recibió una misteriosa llamada: ¿Diga?, ¿quién habla? Usted ya sabe; tengo que verla, es urgente. Oiga, no lo conozco. Señora, dijo con tono amenazante, soy un hombre con el que no se juega, la espero en la casa de su amiguita. Colgaron. El miedo invadió a Sol. El tipo las ha llamado a las dos; tienen miedo. Por teléfono, la amiga dice: Creo que fue un error buscarlo, le voy a decir a mi tío. Quedan muy desconcertadas, no saben qué hacer.

Al anoecer el esposo de Sol llega a la casa: ¿cómo te fue?, bien, ¿qué hiciste?, ¿dónde fuiste? No hice nada especial, no salí. Voy a prepararte el agua para que te bañes. Sí, voy a ver a mis hijas. Al entrar a la recámara, Sol descubre a su esposo revisando su celular y su bolso. ¿Qué haces? Dame la clave de tu celular. No. ¿Por qué no, Sol? Porque es personal. Él la amenaza cuando ella se niega: no quiero discutir ni pegarte, ¿te sigue hablando tu amante, verdad? Ella se da vuelta, pero él la jala, la tira sobre la cama. Logra someterla. ¿Qué ocultas? Nada. Mírame cuando te hablo, ¿por qué debes dinero? ¿Qué?, ¿cómo sabes? Sé todo de ti, no sabes todo lo que puedes encontrar en Internet. Ahí están todos tus movimientos bancarios. Ahora sólo dime, ¿dónde y en qué te gastaste ese dinero?

Sol debía dinero a casas de préstamos, mismo que había utilizado buscando pruebas de infidelidad y buscando gente que pudiera darle una golpiza a su marido. Su sed de venganza fue entorpeciéndola y se dedicó a cometer error, tras error. Parecía que su marido tenía pacto con el diablo, pues jamás le pasaba nada, y nadie se atrevía a tocarlo. En defensa dijo: Yo no te pido explicaciones de tus retiros. Sol le explica que ayudó a su amiga a pagar gastos médicos de su madre enferma. ¿Tú cómo sabes si es cierto que su mamá está enferma? Él se burló de ella, la llamó Madre Sol de Calcuta y se

ofreció a saldar sus cuentas, siempre y cuando deje de ayudar a sus “amiguitas”.

El miedo y el cargo de conciencia no la dejaron dormir en toda la noche. En la mañana su amiga le llamó para decirle que unos tipos estaban en su casa y que querían verla. Sol fue a casa de ella. Al llegar, la amiga le indica que están en el cuarto del tío. Uno de los tipos le dice: hasta que tengo el gusto de conocerla. ¿Qué quiere conmigo? Ya lo sabe, hacerle el trabajito. Mire, en este momento no tengo dinero, ya no deseo nada y no tengo para pagarles; perdón, gracias. Estoy endeudada hasta el cuello. El tipo pareció no escucharla y volvió a las amenazas. Le explicó que con él no se juega y que no hay forma de echarse para atrás. Como no tiene dinero, si lo madreamos usted lo tendrá curar; qué le parece si mejor lo secuestramos. ¿Cómo cree? No tengo dinero. No se trata de eso, su marido tiene relaciones y podemos sacar mucha lana. Piénselo y cualquier cosa nos avisa.

En ese momento, Sol estaba muy arrepentida. Se dio cuenta que era una venganza absurda, pues a fin de cuentas era el padre de sus hijas. La nostalgia la invadió y la llevó a rechazar cualquier trato con el maleante: Lo único que quiero es que nos deje en paz. Si quiere dinero, lo conseguiré, pero por favor déjenos en paz. El tipo le reiteró que mejor lo pensara y que supiera que había mucha gente que ofrecía dinero por la cabeza del marido de Sol. Mucha gente odia a ese cabrón, por algo será. El tipo volvió a amenazar: Sé quienes son sus familiares, así que piénselo, insistió. Sol quedó aterrada y salió de la casa de su amiga sin escucharla.

En casa, Sol se lamentaba de su error. Lloró por sus idioteces que la habían llevado a una situación muy complicada. En el corredor de su casa se encuentra la imagen del Señor de la Misericordia, que por tradición se quedaba nueve días en cada casa y que por azares del destino en esos momentos compartía la pena con Sol. Lo observó detenidamente y comenzó a orar. La primera oración después de mucho tiempo de no hacerlo.

Al ir por sus hijas, recibió otra llamada del tipo quien le advirtió: Sólo para comentarle que la tengo vigilada y que no vaya a intentar ir a la policía o hacer alguna pendejada, porque le digo a mi gente que se la chinguen. Por favor, ya déjeme, pinche viejo. Después de colgar sentía sobre sí todas las miradas de la gente. Estaba desquiciaba. Apresurada llevó a las niñas a casa, que en ese momento sentía como el lugar más seguro.

Después de comer con sus hijas, empezaron a llegar personas para rezar por el novenario del Cristo de la Misericordia. Poco a poco fueron llegando, primero su padre, luego su suegra y sus vecinas. Su padre le advirtió que la sentía rara. Sol le contestó que tenía problemas, pero que no preocupara. Ven a casa, para que hablemos, le dijo su papá.

Al llegar la noche, Sol se encontraba en espera de su esposo. A ratos lloraba, recordaba muchas etapas de su vida, lo mucho que le dolió perder a su madre. Abrió la caja donde estaba su vestido de novia y muchos de esos momentos hermosos llegaron a su mente.

Después de golpearla, la viola sin
importarle que estuviera menstruando.

Dos veces abusó de ella esa noche.
Durante esos instantes, Sol se sentía muy
degradada. Lloraba amordazada, sin
poder defenderse. El asco invadía sus
sentidos y en su mente

Deseaba huir con sus niñas, pero la conciencia no la dejaba tranquila. Estaba en un callejón sin salida. En eso llegó su esposo, le pidió de cenar. Cenaron en silencio. Fue una noche horrible, sin que pudiera conciliar el sueño. Las palabras del tipo rezumbaban en su cabeza. Al siguiente día ella se quedó en la puerta mirando cómo se alejaba su marido. Sintió un nudo en la garganta. Siguió su rutina. Después de dejar a las niñas en la escuela otra llamada más del tipo,

quien la citó en la escuela de los arquillos, sin darle oportunidad de negarse. La amiga le llamó al celular para contarle que el tipo también la había amenazado junto con sus hijos. Sol le contó de la cita con el maleante. La amiga involucró al tío el mediador.

Sol toma un taxi que la deja cerca del lugar. Camina hacia la escuela. Se siente vigilada y oye que le dicen: Siga caminando, yo le digo donde debe detenerse. Mire, deme tiempo para reunir una cantidad razonable y se la entregué a cambio de que me deje en paz. Pero yo no voy a secuestrar a mi marido. Eso pensé que me iba a decir, Sol, pero las reglas del juego son otras, las mías. En ese momento el tipo le arrebató sus pertenencias, su dinero, su celular, sus llaves y la abrazó apuntándole por un costado con una navaja. Así que camine sin hacer tanto pancho. Déjeme por favor, suplicó ella. Es demasiado tarde, si hubiera aceptado, todo sería diferente.

Entre los individuos que acompañaban al maleante, se encontraba el tío de su amiga que sólo se limitaba a decirle que todo iba a salir bien y que no se preocupara. No voy a dejar que te pase nada, pero también coopera.

Tomaron un taxi. Sol iba callada, desesperada por gritar. En ese momento, Sol era oficialmente secuestrada. Llegaron a un lugar solitario, un enorme terreno donde se encontraban unas cuevas. Del celular de Sol salió la primera llamada para pedir rescate, pues en él se encontraban los teléfonos de su esposo, de sus amigos y familiares. Con palabras altisonantes del secuestrador que insultaban al esposo de Sol, exigió 50 mil pesos por el rescate de ella. Al cortar la comunicación, Sol fue llevada a una de las cuevas y en el interior fue amarrada a una piedra. Para ella el tiempo pasaba lentamente y el frío húmedo de la cueva entumecía su cuerpo. Había momentos de un eterno silencio; en otros se escuchaban los murmullos de los secuestradores.

Inesperadamente, uno de los secuestradores la desata: Sol, creo que usted ya se va. Al parecer su marido ya tiene el dinero. Le dije que todo iba a salir bien. Ahora la voy a llevar a un teléfono para que hable con él, porque quiere saber que usted está viva.

La subieron a una camioneta y después de varias vueltas llegaron a un teléfono público. El hombre saca un papel y comienza a marcar: Aquí está tu mujercita, habla con ella, pero no se te ocurra pasarte de listo. Sol le suplicó que se fuera con las niñas. El tipo le arrebató el teléfono y le exige al marido el rescate. Continuaron su camino. A ella la cubrieron con una chamarra y una gorra para taparle el rostro. Llegando la noche, la camioneta se estacionó cerca de una parada de rutas. Cada uno de los cómplices del secuestrador se fue a puntos estratégicos, esperando la llegada del esposo de Sol. El punto acordado era un panteón que se encontraba sobre la carretera, donde llegó él. Se estacionó, se bajó y aventó una bolsa negra. El secuestrador se dio cuenta de inmediato que la policía ya estaba involucrada en el rescate. Decidieron huir. La hicieron tirarse al interior de la camioneta. Llegaron a otro teléfono. El secuestrador se bajó a llamar. Tras varias mentadas de madre se logró poner de acuerdo con el esposo de Sol.

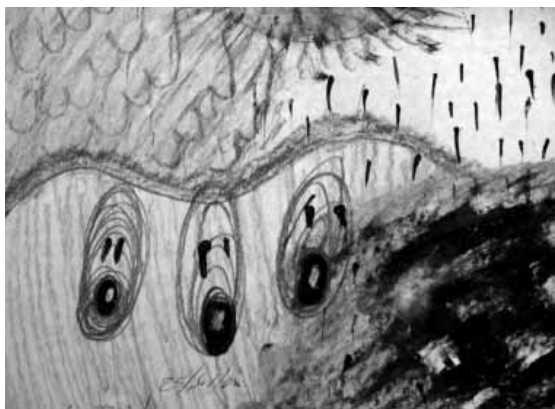
Nuevamente fue llevada a la cueva y esperaron en ese lugar hasta la madrugada, volvieron a abordar la camioneta y fueron al nuevo lugar donde se entregaría el rescate. No había nadie esperando. Sus cómplices vigilaban desde puntos estratégicos. Tu marido piensa que soy su pendejo. No piensa en el peligro que te expone. Sol en silencio, preguntándose porque no venía por ella. Amaneció y el rescate nunca llegó. Durante el día Sol fue llevada a una casa, pero antes de llegar se encargaron de vendarle los ojos. Al llegar fue metida a un cuarto. Vendada de los ojos, amarrada de pies y manos, tirada en el suelo. Pasaba horas adolorida y entumida. Lo único que deseaba es que la pesadilla acabará. Uno de los secuestradores entraba periódicamente a darle de comer.

Sol lloraba, suplicaba a Dios, para que esto acabará pronto. Estaba preocupada por sus hijas y su esposo. Anhelaba verlos de nuevo, en eso sintió que algo le escurría por sus partes íntimas. Supuso que estaba menstruando. Ya en la noche, el secuestrador entra al cuarto de forma violenta; la golpea y dice: Tu pendejo marido se cree muy listo, ¿sabes qué hizo? Tiene a toda la policía buscándote,

¿qué el pendejo no te quiere ni siquiera tantito?, ¿no sabe todo el peligro que corres? No tiene todo el dinero, sólo 30 mil y no puede reunir más. Piensa que soy pendejo, pero le voy a dejar un bonito recuerdo contigo.

Después de golpearla, la viola sin importarle que estuviera menstruando. Dos veces abusó de ella esa noche. Durante esos instantes, Sol se sentía muy degradada. Lloraba amordazada, sin poder defenderse. El asco invadía sus sentidos y en su mente le pedía a Dios que eso acabara pronto. Mientras el hombre la penetraba violentamente, ella se bloqueaba y le pedía a Dios que su familia estuviera bien. Tirada en el piso, quedó ultrajada, con el olor de su violador impregnado en la piel y con marcas de chupetones en senos y espalda con la intención de darle un mensaje a su marido.

Después hubo otro intento de rescate; Sol nuevamente habló con su esposo. Él en una actitud despotista la hizo sentir que no le importaba. El secuestrador le ordenaba a Sol que le pidiera el dinero a su esposo,



pero ella se concretaba a pedirle que huyera con las niñas. Esta actitud rebelde le costaba a Sol más golpes. Ante el fracaso y la desesperación, el maleante llamó al padre de ella para que presionara con el rescate. Fue llevada a una casa abandonada, en plena construcción, cerca de una señora que al parecer era tía del secuestrador. Él, engañando a la señora, presentó a Sol como la mujer que él se había robado para vivir con ella.

Sol todo el tiempo estaba vigilada por el resto de la banda. No podía platicar con nadie. Pasaron tres días. El silencio del

secuestrador estaba desquiciando a sus cómplices. Al cuarto día discutían los secuestradores, había que conseguir algo. Ella estaba desesperada. Las ataduras de sus manos y sus pies ya estaban ocasionando daños. En ese momento el secuestrador llegó a verla: -Sol, no sabes cuánto lamento que tu esposo no te quiera. Si te quisiera ya te hubiera rescatado, pero no le importas, ¿quieres volver con tu familia? Sí, por favor, déjame ir. Cálmate y escúchame. Tu puto marido tiene a mi gente y ya sabe quién soy. Las personas que tienen detenidas no saben nada de esto. Son tres mujeres y dos hombres. La estúpida de tu amiguita los entregó. Esa pendeja me las va a pagar porque había un acuerdo. Lo que quiero que hagas es que te presentes en la Procuraduría y denuncies un secuestro. Tal vez te presenten fotos mías. Tú dices que no soy el secuestrador; describe a otra persona. Si te muestran a las personas que tienen detenidas, tú dices la verdad, que no las conoces. Si haces lo que te digo, te prometo que no te molestaré jamás. ¿Tu marido quiere encontrarte?, pues te voy a entregar con él. Si no haces las cosas como te estoy diciendo, y para las 11 de la mañana mi gente no está libre, te juro que mato a tu familia.

Al siguiente día, antes del amanecer, Sol fue llevada a la Procuraduría, tal y como habían quedado. Sol se presentó a denunciar el hecho. Mientras rindió su declaración, había judiciales observándola. Estaba muy nerviosa y sentía que la cabeza le iba a estallar. En ese momento entra el comandante, le avienta unas fotos y comienza a gritarle. Los judiciales empiezan a golpearla. Mira, pendeja, tengo a tus pinches cómplices. Tu amiguita te entregó. Ocho judiciales golpeaban a Sol de manera despiadada y salvaje.

La amarran a una silla, entra el jefe de su marido, le dice: ¿Sabes quién soy?, contesta, maldita perra. Sí, el jefe de mi esposo. Mira, tengo en línea a tu marido, ¿no quieres hablar con él?, te lo paso. ¡Pídele perdón! Al ver que Sol no reacciona y se queda callada, él dice: Aquí tengo a la perra de tu mujer y no te quiere pedir perdón. Prefiere defender a su amante, el secuestrador. Ya le dije que una de tus hijas está secuestrada, pero ni así quiere entregarlo. Como lo dijo su amiguita, te cambió por un viejo.

Sol al escuchar esas mentiras trata de pararse para ir encima al hombre. ¡Mentiroso!, le grita. ¡Ah, que valiente!, realmente eres valiente. ¿Sabías que tu amiguita te entregó? Nos dijo todo. Lo que no sabe es que cavo su propia tumba y la tuya también. Yo me encargaré de que te refundan en la cárcel muchos años.

Oye, tu esposa no te quiere pedir perdón. El jefe de su marido pone el altavoz y puede escucharlo diciendo: Esa maldita puta va a saber de que soy capaz. Después de una tremenda golpiza, los judiciales obligaron a Sol a firmar muchas hojas y la bajaron a los “separos”. Ella estaba, como dicen, “muy bien recomendada” en la Procuraduría, pues su esposo tenía buenas influencias ahí. Le fabricaron una declaración como de 30 hojas, donde ella reconocía que era una loca desquiciada. La insultaban. Ella se sentía perdida. Una y otra vez le decían que como mínimo pasaría 10 años en prisión. El informe que daba fe de todas las lesiones que le ocasionaron los judiciales se perdió. Estaba aislada, sin contacto con nadie. Sólo le permitieron hablar cinco minutos con su padre que la fue a ver. Él creía en las versiones que le habían inventado: Hija no llores, enfrenta lo que hiciste y ten resignación. Acabas de perder todo. Que Dios te bendiga. Sol entendió entonces que su familia jamás la perdonaría.

Madrugada en el Cereso de Atlacholoaya, Morelos: a las 2 horas. Una camioneta llega. Una enorme puerta se abre. Sol baja esposada, junto con su amiga y otras tres acusadas de extorsión, secuestro, asociación delictuosa y violación. Al recibirla, las custodias del lugar, no sabían que tan peligrosas eran las nuevas. Un viento corría acariciando el rostro de Sol, mientras que la enorme puerta se cerraba. La libertad quedaba afuera. El cautiverio inicia en un lugar llamado “Ingresos”; aisladas por completo del resto de la población.

La primera visita que Sol recibió fue la de su padre y sus hermanos, unidos en un profundo dolor. Les costaba resignarse a que Sol, la chiquita de la familia, se quedara en un lugar como ese. Su padre decidió luchar para sacarla, siendo víctima de abogados

corruptos y vendidos, bajo el poder del esposo de Sol. Era una guerra: el divorcio necesario, la pelea por las propiedades, las niñas. Un infierno más para Sol y para su familia. Lágrimas y más lágrimas.

Al mes de que Sol fue encerrada, su marido tuvo una hija con otra mujer. Esta mujer se encargó de terminar de destruir a Sol; se convirtió en la nueva dueña y señora de su casa y su familia.

Vino una lucha constante de las niñas por ver a su madre. Sol fue aprendiendo a tener paciencia y resignación. A aguantar el dolor al ver el rostro cansado de su padre de 70 años. Se dedicó a trabajar y ganar un sueldo muy por debajo del valor de su trabajo. Se convirtió en una mujer que aprendió a ser escoria; en un lugar donde reina la que es más inteligente y puede herir con el filo de su lengua, como las hienas carnívoras y mentirosas.

Se acostumbró a ese nuevo lugar, donde los atardeceres son siempre iguales. Sin espacio a donde ir, sin más opción que caminar alrededor de la cancha y en cada paso ir encontrándose con viejos recuerdos y sensaciones del exterior.

Un lugar donde los hombres delincuentes, que viven al lado, escriben versos mareadores. Donde al tercer día de conocer a una mujer ya la quieren, a la semana la aman y al mes darían la vida por ella porque es la mujer de su vida, pero al mismo tiempo, mandan cartas a otras.

Sol aprendió a amar a los hombres cuervos y a evadir sus muestras de amor eterno. Manteniendo un pacto carnal con una escoria sentenciada a la castidad. Aprendiendo también de las que llevan un siglo ahí adentro y todavía creen en Dios. Reafirmando que la lealtad no se encuentra en los diccionarios del Cereso: porque es una palabra censurada.

Se refugia en su cuaderno y en su pluma. Imaginando, haciendo poesía y escribiendo su propia historia, hasta el día en que pueda salir de este lugar. Cargando con una condena de 12 años y seis meses, por un secuestro de amor.

El derecho femenino a la palabra escrita

Elena de Hoyos

“Dar voz a l@s que no son escuchad@s”



Desde la primera vez que atravesé el umbral del edificio que alberga a las internas, me impactaron las medidas de seguridad, las múltiples revisiones, esclusas, registros. Todo indica que quién entra, difícilmente sale. Pero lo que me sigue impresionando cada vez que entro y salgo, es la que llaman cortina de entrada, una pesada reja corrediza que se distingue por tener una lámina metálica recortada en forma de figura femenina de más de dos metros, en cada una de sus caras. Cuando la reja se abre o cierra a mi paso, miro a esta figura

escindida y reflexiono en como las vidas de las que pasan por este lugar se escinden. La idea que sugieren estas figuras, es que la mujer que entra ya no es ni será la misma que fue al cruzar este umbral, la sociedad le otorga una identidad distinta, un estigma.

A pesar de mi nerviosismo inicial, la entrevista con las autoridades es relajada y amistosa. En un aula que se usa para múltiples actividades, me acompañaron a la entrevista con cuatro o cinco mujeres que entonces participaban en el Círculo de Escritores en el área varonil. Su interés me llena de emoción, están ansiosas por

tener su propio taller de escritura. Fui atrapada por sus ojos brillantes y expresiones esperanzadoras. El clima de esta primera reunión estuvo cargado de expectativas y auspicios favorables, no mentían las miradas de simpatía y complicidad inmediata. Iniciamos con 15 internas, de las casi 200 habitantes de la sección femenil del Cereso. A lo largo de los ocho primeros meses, interactuaron en el taller alrededor de 25 internas.

A finales de 2007, no había antecedentes de trabajo de género. Esto propició mucho entusiasmo: “hacer visible lo invisible, al hablar de las cosas que nadie habla pero que todas sabemos”. Junto con ellas se establecieron los objetivos y las reglas del taller: confidencialidad, puntualidad y honrar el espacio del taller para mantenerlo y aprovecharlo de la mejor manera. Les sorprendió enormemente que yo realizara los ejercicios y al igual que ellas, me mostrara en mis escritos, eso ayudó a que se abrieran de inmediato. Me conmovieron la dificultad y las lágrimas para expresar el autoaprecio. En ese momento hice conciencia de mi capacidad para percibir la gran cantidad de bondad y belleza que existía en ese lugar y de la alquimia interna que sucedía cuando ellas se miraban en mis ojos.

Al visitar la biblioteca, que comparte espacio con un área escolar, constaté la carencia de libros de interés, el poco cuidado del espacio y lo inapropiado y caduco del acervo.

El entusiasmo es creciente, la intensidad de los textos va subiendo, las internas se están atreviendo a mostrarse a través de la escritura, las revelaciones son estremecedoras, plenas de fuerza y alegría o dolor. La emoción está presente. Hay temas cargados de energía, la sexualidad, la culpa, la vergüenza, la familia, los hijos e hijas, el divorcio. La escritura permitió darles voz a los jueces internos para resignificar las situaciones en las que se sentían mal consigo mismas. “La reclusión no es un castigo, es un proceso de readaptación, dicen algunas con esperanza.” Se habla de encontrar en la cárcel una gran libertad. Cada una va avanzando en la exploración de sí misma y la confianza va creciendo entre el grupo,

inmediatamente se tienden lazos. También me comienzan a contar los porqués de su estancia aquí.

Una de ellas, que había sido interrumpida por un amargo llanto al leer sus textos en sesiones anteriores, llegó sonriente y llena de esperanza después de haber hablado de sus culpas. Enfrentar y nombrar las culpas, es una manera de expiación a través de la escritura.

Una joven de rostro jovial, Águila del Mar, me entrega un cuaderno con la narración de la cadena de hechos que la llevaron a la cárcel. Comencé a leer ávidamente desde la carretera, en los semáforos, cuando llegué a casa no podía parar, necesitaba seguir leyendo aún antes de ir a saludar a mi hija. Me bebí el texto hasta la última palabra. No pude más que sobrecogerme con el dolor y la impotencia que la llevaron a ser víctima y culpable de su propia imposibilidad como mujer, ante un mundo hostil a sus necesidades y reclamos. ¿Cómo poder ayudarla a recuperar su poder y a que se haga responsable de su vida?

Muchas veces somos las mujeres las que permitimos el abuso, pero el miedo es un factor paralizante, transitamos esclavas de un patriarcado a otro, en relaciones basadas en el miedo y la opresión. Cuando una mujer es maltratada y tiene miedo, se vuelve una víctima fácil, ella misma se victimiza. A veces, la reclusión se convierte en una manera de salvarse de la desesperación y el daño que se provocan a sí mismas.

Todas son hermosas y coquetas. Una de ellas, desenfadada, expresa que después de caer en reclusión, no hay nada peor que pueda pasarle. Cuenta su historia con gran sinceridad y valentía, es capaz de reírse de sí misma, tiene un gran sentido del humor y nos hace reír a todas. Otras veces también la he visto opacada y derrotada por la incertidumbre y la desesperación.

Muy pronto, una de las internas me entrega dos cuadernos con los ejercicios completos. Su sueño es que sus textos sean publicados. Lo veo muy posible y próximo. Es inminente la publicación de un volumen con estas experiencias.

Hay una más reservada. Se nota que no pertenece al grupo hegemónico; escucha con los ojos húmedos. Es de las que han hecho las revelaciones más atrevidas, ella misma se sorprende de mostrarse tan expuesta y se repliega.

Los textos nos han hecho llorar y reír alternadamente. Se comunican emociones muy profundas de manera fresca y conmovedora. Disfrutan de escribir y lo hacen muy fluidamente. Se atreven a mirarse tal como son y a expresarlo. Son capaces de rescatar lo positivo de la experiencia de reclusión. Algunas de ellas parecieran ser más libres adentro del reclusorio que afuera.

Tenemos una semana de vacaciones en la que me trastorna una cascada de sentimientos encontrados. Hay miedo, mucho miedo de las fuerzas oscuras, de lo inefable de la maldad. También hay una enorme afinidad como mujeres. Me doy cuenta de que somos iguales, todas hemos estado en situaciones equivocadas, con las personas equivocadas, en momentos equivocados, pero ellas han sido capturadas y recluidas. Me siento útil, productiva, emocionada por la labor, veo una gran cantidad de posibilidades de crecimiento personal junto con el de ellas.

Hay desconfianza entre ellas para abrirse y ser más específicas. Algunas no quieren compartir sus escritos. Otras están muy animadas a publicar y hacen bromas con respecto al anonimato. Les llevé varios libros de donaciones y los escogieron con interés. Sin embargo no tienen suficiente lugar en su espacio personal para guardarlos.

Existe mucho entusiasmo acerca de la futura publicación y por continuar el taller. Me piden que entre en contacto con el Patronato para la readaptación, a fin de asegurar el seguimiento de esta actividad. Hablamos del concepto de solidaridad femenina y el acompañamiento. Hago una lectura acerca de la rivalidad femenina. Se muestran reflexivas y optimistas. Me cuentan sus sueños de tener una mejor vida al interior y su entusiasmo es rebosante ante el éxito de la puesta en escena de su pastorela. Se les ha ofrecido representarla fuera del penal y eso las motiva significativamente.

„Los ejercicios del taller provocan una profunda reacción emocional en algunas de ellas y los escritos son cada vez más sinceros y profundos, así como el acompañamiento en la toma de conciencia que deviene de la escritura.

La entrevista es completamente exitosa. La coincidencia de intenciones con el presidente del Patronato para la readaptación por el empleo, es inmediata y nos damos cuenta de que puedo llevar a la práctica muchas de las iniciativas que tienen en mente, como un boletín o la publicación de las memorias de las mujeres. Los nombres que proponen las talleristas para las obras son ingeniosos y plenos de creatividad y optimismo:

Buscando la libertad;
Mujeres en el exilio; Almas de hierro; Cuando baje la marea o Viviendo con mis muertos. Así como: Sobresaliendo entre sombras; Prisionera de amor; Relatos en prisión; Tiempos de guerra (como la obra de Alejo Carpentier); La renovación de las águilas; Mujer de fuego; Los idilios del Sol; Antes de que la cajeta... Son muchas las propuestas: Mi verdadera libertad entre cuatro paredes; La



oscuridad de mi pasado y la luz de un presente; Verdad absoluta; Un paso adelante; Fuerza interna; Vida interior; Relatos desde el interior. Me parece justo haber mencionado todas las propuestas. Proponen escribir sus experiencias para prevenir a los jóvenes para que no delincan.

Nuestro primer conflicto se da a causa de la falta de confidencialidad, logramos abordarlo de manera abierta diciendo nombres y

abriendo la expresión del sentimiento; el resultado es reconocer que al sentirse vulnerables se endurecen y se defienden. Integramos la experiencia y liberamos la tensión que hubiera podido provocar un escalamiento del conflicto.

Se abren cada vez más puertas para que yo esté en la cárcel desde una posición de privilegio, es decir, entrando y saliendo. Trabajando desde afuera con otras mujeres, en un proyecto que llamo “Hermanas en la sombra” que pretende hacer visibles a estas mujeres en prisión y tender lazos de solidaridad con el mundo externo para reintegrarlas a la sociedad.

El Patronato me contrata como coordinadora de comunicación y cultura. En un principio se me otorgan absolutas facilidades para publicar una gaceta de nombre *Y ahora qué sigue...*; que se procesa en la imprenta propiedad del Patronato al interior del Cereso varonil. Esta revista alcanza la publicación de 19 números con un tiraje de dos mil ejemplares mensuales que se distribuyeron en el área varonil, femenil, a familiares y en instituciones.

Asimismo, un grupo de feministas editoras que habían sido invitadas tanto a leer sus textos como a escuchar los de las internas, propusieron dedicar un número de la revista de periodismo con enfoque de género *Enaguas zurcidas*, exclusivamente con los textos del taller. En una segunda etapa del taller se involucraron con las internas en el proceso de edición de sus propios textos. El resultado de este trabajo fueron tres mil ejemplares de una revista ilustrada que fueron distribuidos tanto al interior del Cereso femenil como en el varonil y en diversas dependencias gubernamentales y en foros nacionales de reinserción social.

La vida carcelaria está llena de experiencias cotidianas, oníricas, fantasiosas, de nostalgia del mundo de afuera. La escritura ayuda a desmenuzarlas, a registrar los cambios, a hacer catarsis emocional, a profundizar en el aprendizaje. El arte es una nave en la cual las mujeres que escriben, navegan para salir de su encierro y ser escuchadas por el mundo exterior, es un vehículo para alcanzar una libertad figurada, que no por ello menos real.

La primera vez que leí fuera del penal un texto de una participante del taller en el Cereso, experimenté la sensación de ser portadora de un mensaje en una botella, o mejor, como si en ese momento la escritora encarcelada, estuviese fuera de su encierro, compartiendo sus pensamientos más íntimos, conectándonos con su dolor o celebrando la alegría del autodescubrimiento.

Al mismo tiempo que la introspección es ineludible, también lo es la alteridad; la convivencia con otras, sus semejantes y paralelamente tan disímiles compañeras de exilio. “Yo, no soy como las otras” es una frase que se escucha a menudo, la necesidad de diferenciarse, de compararse, de desentenderse de su sombra a través de excluir a las otras, es una constante.

Mi gran sueño de inspirar a las mujeres en prisión, a crear círculos de mujeres sabias, donde se comparta sabiduría y conocimiento, así como remedios para el desamor, el abandono y el miedo, ha sido en gran medida realizado por el taller “Historias de vida”, que conduce Aída Hernández, con quien he construido una alianza en la pasión por hacer algo, aunque fuese mínimo, por sacudir la indiferencia de la sociedad ante la injusticia que se vive cotidianamente en los penales.

Cuando Aída entró en contacto conmigo, mi preocupación era la de abarcar a un mayor número de internas, ya que las que se habían interesado inicialmente, se involucraban en otras actividades, y aunque se acercaron algunas nuevas, el taller comenzaba a desintegrarse.

Además de la gaceta *Y ahora qué sigue...*, desde el Patronato podía organizar actividades culturales, desde luego, sin ningún presupuesto asignado, pero la generosidad de los artistas y la curiosidad por tener una experiencia en el medio carcelario, me permitió apoyar a las internas con diversos cursos y talleres artísticos, además de algunos de crecimiento personal.

Utilizando al arte como una herramienta de inclusión social, fue posible crear un Programa de Cultura Escrita en el Cereso, que se consolida a partir de talleres literarios con enfoque de género tanto en el femenino, como en el varonil, la publicación de la gaceta y la

visita de diversos personajes del arte y la literatura que participaron de manera altruista a través de un programa impulsado desde el Patronato con el nombre de “La cultura nos vincula”.

A través de los talleres de autoestima para mujeres mayores de 50 años y de autocuración, pude hacer un corte vertical en la población y saber de mujeres que tenían cinco o 10 años sin salir de sus celdas a las áreas comunes, o mujeres con discapacidad que no reciben una atención especializada ni siquiera en sus más elementales necesidades como un aparato auditivo o las que no tienen visita, que son más de 65% y no tienen para comprar medicinas. Qué decir de la atención médica o psicológica con una sola psicóloga para más de 200 mujeres y una enfermera, ya que el médico sólo asistía ciertos días de la semana, desde luego insuficientes para la demanda. El Patronato subsanaba algunas de estas necesidades con las utilidades de la industria penitenciaria, sin embargo, éste fue extinto por causas políticas en septiembre de 2009, fecha en que se suspendió la publicación de la gaceta mensual, sin que nadie se preocupara por mantener esta actividad que permitía a l@s intern@s ser escuchad@s en el exterior.

De las tantas funciones que tiene la escritura en el encierro, creo que una de las fundamentales es la expiación del dolor y la vergüenza, la alquimia transformadora. El encuentro con la escritura, representa un cauce para que fluya la tremenda carga de pesar y tristeza que se lleva dentro. Esto es patente cuando las mujeres que en un principio exigían anonimato, ahora están dispuestas a mostrar su identidad, orgullosas de contribuir a la conciencia de otras mujeres en situación de violencia. La escritura es un medio de recoger los pedacitos y volverlos a unir en el proceso de escribirnos. Después de la tormenta, viene la calma, la luz al final del túnel, reencontrarse con los sueños y las ilusiones para continuar la vida, aun dentro de un centro penitenciario.

La escritura hermana a las mujeres. Nos descubrimos en la pupila de la otra, nos redime ser miradas. Conforme se van descubriendo a las personas a través de sus historias, crece la sensación

de que podríamos ser nosotras la que estuviésemos en sus zapatos, la inverosimilitud de la realidad es apabullante.

La experiencia de publicar sus textos en los 19 números de la gaceta, así como fragmentos de algunas de las historias que componen este libro, les dio la certeza de que no había nada en ellas indigno de ser mostrado y, no sólo eso, sino el sentido profundo que cobra su experiencia de vida, al ser compartida con otras mujeres que se miran en ellas.

Escribir representa lavar el estigma y crear una identidad inédita; resignificar los hechos a la luz de la mirada interior. Desde el propio centro, gozar el derecho a la palabra escrita, construir cimientos de mujeres respetables, mujeres valiosas, capaces de expandir la conciencia propia y la de otras y otros a través de sus escritos. Renovadas mujeres que proclaman su grandeza como creadoras de realidades posibles y dueñas de su destino, mujeres sabias y atrevidas, que empuñan la palabra como emblema de libertad y autorresponsabilidad.

Las personas que viven en situación de cárcel, gozan en teoría, de todas sus garantías individuales y derechos humanos tanto como cualquiera de nosotr@s. Sin embargo, la satisfacción de las necesidades humanas más elementales, está en manos del criterio y la eficiencia de las instituciones dedicadas a custodiar a estas personas al interior de las prisiones, llevando a cabo la función de readaptación social o reinserción, como se le nombra últimamente.

Las mujeres privadas de su libertad, viven de muchas maneras y en mayor medida que la población varonil, la violencia por omisión de oportunidades para tener acceso al ejercicio de sus derechos humanos.

Cada vez que se aborda el tema de las mujeres en prisión, se menciona la carencia de información y documentación sobre el tema, la invisibilización de éstas, no sólo hacia la sociedad en general, sino como tema de investigación. Es muy valioso que se comience a establecer un rubro destinado a abordar esta problemática, como es la intención de este libro.

Asimismo, si se habla de reinserción, ésta consiste en un proceso dinámico que requiere de la interacción de las y los sujetos a ser reinsertados, por lo cual es fundamental conocer su opinión e ideas sobre la forma en que este ritual de separación temporal de la sociedad tendrá lugar, para que la reinserción se dé de manera adecuada. El mirar dentro de las cárceles puede ofrecernos información que permitiría el diseño de estrategias y acciones destinadas a lograr una mejoría en la seguridad pública y el sistema de justicia en beneficio de la sociedad en su conjunto.

Es importante abordar los temas relacionados a las prácticas discriminatorias contra las mujeres reclusas, su relación con el exterior, con la familia, la visita íntima, la provisión de ayuda médica, la arquitectura de las instalaciones, la situación de las madres encarceladas y los programas educativos y laborales con contenidos estereotípicos, además de la infantilización de la mujer por la cultura machista latinoamericana, que la considera incapaz de definir su propio rol y su destino. El abordaje de estos temas no desde una perspectiva académica, que las estudie como “casos”, sino desde su propia voz, escuchar la versión del supuesto “enemig@ derrotad@” del que la sociedad se mantiene a salvo.

La infantilización de las mujeres se intensifica una vez que la mujer se encuentra bajo el control estatal. Puede decirse que el Estado de alguna manera canaliza estas actitudes estereotípicas que afectan a la mujer reclusa en todo momento de su vida, hasta en los aspectos más íntimos, mientras que en el mundo exterior, por lo menos, la mujer tiene la posibilidad de controlar algunos de estos elementos. Si bien, el conocimiento de estos aspectos proporciona el contexto de esa violencia por omisión y ayuda a entender mejor el ambiente en que se produce.

Dentro de las cárceles, por ejemplo, el trabajo y el entrenamiento ofrecido a los hombres se orientan más hacia la obtención de trabajo remunerado al cumplir su sentencia, en tanto que para las mujeres los programas se centran en tareas domésticas, a pesar de que en muchas familias la principal fuente de ingresos familiares es la mujer.

La mujer, una vez condenada a prisión, deja de ser miembro de la sociedad y pierde todos los derechos vinculados a ese estatus. Por lo tanto, la opinión pública también tiende a considerar que la o el preso no merecen condiciones adecuadas de vida, lo que implicaría, entre muchos otros aspectos, la atención médica, la maternidad, celdas decorosas, visitas, educación, trabajo digno, recreación, acceso a los medios de comunicación y desde luego, actividades culturales.

Aquellas mujeres que han sufrido violaciones a sus derechos, generalmente no las denuncian por desconocimiento de los mismos, temor a perder beneficios, ser sujetas a represalias o castigos por parte de las autoridades. (Este temor coincide con el miedo reportado por las mujeres detenidas o encarceladas en el sistema penal; denunciar significa perjudicar su juicio, apelación o seguridad personal).

Con las afirmaciones anteriores no pretendo generalizar el comportamiento de las autoridades penitenciarias. Así como se da un comportamiento negligente y discriminatorio, también existen personas conscientes de la situación de las mujeres en reclusión que gestionan apoyos, generalmente de instancias externas, para mejorar las condiciones de vida al interior del penal, como es el caso de la licenciada Margarita Ríos, actual directora del área femenil, quien ha mejorado, en la medida sus posibilidades, algunos aspectos. Estos detalles hacen una gran diferencia en el ánimo de las que tienen que construir su hogar en una cárcel, ya que hay alguien que “ve por ellas”.

Sin embargo, me atrevería a decir que mientras menos se sepa de las condiciones que se viven en el interior de las cárceles, la impunidad de las prácticas de explotación humana se mantiene vigente.

Es por esto que considero no sólo necesario, sino imprescindible, crear espacios para que estas mujeres puedan expresarse y romper la mordaza de oprobio que pesa sobre su existencia.

Mariposa

Alejandra Reynoso

Soy una mariposa con muchas ganas de aprender a volar y de explorar el mundo; espero que las autoridades me ayuden a conseguir armas para enfrentarme a los problemas del mundo y esas armas se consiguen en los *talleres* que nos imparten. Las autoridades nos quitan los talleres, nuestra mente trabaja negativamente porque no tenemos trabajos y nos hacen que pensemos en los problemas, desesperarnos y hacernos violentas/agresivas y luego nos quieren someter con tranquilizantes y con eso nos mantienen dormidas o como zombis, sin tener noción del tiempo, por eso cuando tenemos muchos talleres no tenemos tiempo de pensar en los problemas.

Desencanto desde Atlacholandia

Águila del Mar

Un amanecer en el Cereso no es lleno de luz. No veo salir el sol, es más, ya no me interesa. Aquí se convierte en rutina. Dios regala el sol para todos, pero a los deserrados nos deja de importar la luz del sol, cuando ya se tiene el corazón muerto. Las mujeres somos hienas mordiéndonos sin desangrarnos. Veo compañeras riendo como animales glamorosos, en una lucha de lengua a lengua. La vencedora hace presa a su adversaria, para al final destrozarla. Tantas mujeres indígenas ancianas rechazadas por falta de cultura, sucias ante los ojos de la sociedad prisionera. Mujeres indígenas sin modales. No escuchadas porque no saben hablar con diplomacia. Todo esto encontré al llegar a un lugar llamado Atlacholandia.

Nunca te des por vencida

Miranda

Yo me sentí tan grande como las estrellas. Por el simple hecho de que contaba con el grande amor y ternura de mi abuelo, sentía esa ternura cuando me miraba. Siempre lo recuerdo por ese amor, con el que día a día me iba a cuidar y a la vez recuerdo cuando apenas tenía cuatro años y me dijo yo quiero que te cuides mi dulce porque para mí no eres Angelita, eres y seguirás siendo ese dulce que me quita la amargura, aquella amargura por la que me ha hecho pasar tu padre, por el simple hecho de ser un padre borracho, lleno de amargura y tristeza, pero tu mi gran ángel dulce, llena de entusiasmo, que das aquella vida al hogar. Mi dulzura, no desmayes y sigue adelante. Recuerda, nunca te des por vencida. Lucha y sigue todo lo que deseas. Lo lograrás y serás aquella luz de mi camino, que no me olvidaré jamás de ti, de los desprecios que tu padre te hace. No hagas caso de nada, todo en la vida lograrás, para tu bien y el de toda la familia.



Bajo la sombra del guamúchil nos habla de la experiencia de mujeres indígenas y mestizas (casi todas de origen rural) presas en el área femenil del Cereso Morelos, donde alrededor de 200 mujeres y 15 niños han sido aislados de la sociedad, por un sistema de justicia que ve en el castigo y en el encarcelamiento, una solución ante la incapacidad de un modelo social, que con la exclusión y la pobreza ha contribuido a producir la criminalidad.

Bajo la sombra del guamúchil. Historias de vida de mujeres indígenas y campesinas en prisión, se terminó de imprimir en octubre de 2010, en los talleres de Impresiones Editoriales F. T., S. A., calle 15, manzana 42, lote 17, Colonia José López Portillo. La impresión de un mil ejemplares se hizo sobre papel bond de 90 g. para interiores con fuentes Palatino Linotype y Calibri en 16, 15, 12, 11 y 10 puntos; y papel couche de 250 g. para exteriores. Cuidado de la edición: Elena de Hoyos y Rocato.